

WAVERLEY,
ó
AHORA SESENTA AÑOS.

NOVELA HISTÓRICA

POR

SIR GUALTERIO SCOTT.

TRADUCIDA DEL ORIGINAL INGLÉS

POR

D. JOSÉ MARÍA HEREDIA.

TOM. II.

MÉJICO.

IMPRESA DE GALVAN A CARGO DE MARIANO AREVALO,

Calle de Cadena número 2.

1833.

WAVERLEY,
ó
AHORA SESENTA AÑOS.

— 000 —
CAPITULO PRIMERO.

Una cacería, y sus consecuencias.

SERA este capítulo corto ó largo? Hé aquí una cuestion en que tú, lector benévolo, no tienes voto, por mucho que te interesen sus consecuencias; así como probablemente nada te importa en un impuesto de nueva creacion, sino la friolera de tener que pagarlo. Mejor librado sales sin duda en el caso presente, pues aunque me asisten facultades arbitrarias para disponer mis materiales como mejor me parezca, no podré ponerte demanda porque no tengas á bien leerme. Vamos, pues, al caso. Es verdad que los anales y documentos que tengo á la vista dicen poquísimos de esta cacería montañesa; pero en otras mil partes me sobran materiales para describirla. Aquí tengo muy á mano al viejo Lindsay de Pitscottie con su cacería de Athole, y su „palacio de madera verde, con todas las clases de bebida que pueden hallarse en la corte y en el campo, como cerveza, vino, moscatél, malvasía,

hipocrás y *aquavite*; con pan de cebada, pan de trigo, pan de gengibre, ternera, carnero, cordero, venado, ganso, *jechon*, capon, conejo, grulla, cisne, perdiz, pató, &c. &c. &c.” sin olvidar las „costosas camas, bajilla y mantelería”; y por último, „los excelentes mayordomos, astutos panaderos, y cocineros y reposteros admirables, con dulces y otras golosinas para los postres.” Podrían enumerarse además otros primores de aquel festin montañés, cuyo esplendor indujo al legado pontificio á reformar la opinion que hasta entonces habia tenido de que Escocia era el último pais del universo. Pero sin tiranizar mas tiempo á mis lectores, ó desplegar mi prodigiosa erudicion, habré de contentarme con tomar un solo incidente de la memorable cacería de Lude, conmemorada en el Ensayo ingenioso de Mr. Guun sobre la Harpa Caledonia, y continuar mi narracion con cuanta brevedad permita mi estilo natural de composicion, que participa de los que los estudiantes llaman parafrástico y ambagitorio.

Aquella cacería solemne se dilató como tres semanas, por varios motivos. Waverley pasó este intervalo en Glennaquoich con grandísimo gusto, pues cada dia se iba robusteciendo la impresion que le hizo Flora en su primer entrevista. El carácter de Miss Mac-Ivor era el mas propio para fascinar á un jóven de imaginacion novelesca. Sus modales, su conversacion y sus talentos poéticos y músicos realzaban con varias formas el influjo de sus eminentes gracias personales. Aun cuando lo animaba un humor jovial, la creia él superior á las hijas ordinarias de Eva,

pareciéndole que apenas se dignaba pensar un instante en los pasatiempos y galanterías, que forman para otras mugeres una ocupacion exclusiva. Con el trato de aquella encantadora, ocupando el dia en cazar, y la noche en música y baile, estaba Waverley cada dia mas satisfecho con su generoso huésped, y mas enamorado de su hechicera hermana.

Llegó por fin el plazo determinado para la gran cacería, y Waverley partió con el caudillo para el punto de reunion, que distaba un dia de camino al norte de Glennaquoich. En esta ocasion acompañaron á Fergus unos trescientos hombres de su clan, bien armados y vestidos con sus mejores galas. Sometióse Waverley al estilo del pais, hasta adoptar los calzones cortos, zapatos y gorra como el mejor traje para el ejercicio que le esperaba, y que lo exponia ménos á llamar la atencion como extranjero cuando llegase al punto de reunion general. En este los aguardaban ya varios gefes distinguidos, á todos los cuales fué presentado solemnemente Waverley, y recibido por ellos con mucha cordialidad. Sus vasallos y miembros de su clan, que tenian por un deber su asistencia en tales ocasiones, eran tantos, que casi formaban un pequeño ejército. Aquellos auxiliares activos se dispersaron en una vasta extension de terreno, formando un círculo, que estrechándose despues gradualmente, hizo replegar á los venados en multitud hácia la barranca central en que los aguardaban los caudillos y otros cazadores principales. Entretanto, estos personajes distinguidos *vivaqueaban* entre los floridos

brezales, envueltos en sus capas; modo de pasar una noche de verano que no disgustó á Waverley.

Muchas horas despues de salido el sol, conservaban todavia los cerros y pasos inmediatos su aspecto ordinario de soledad y silencio, y los gefes y sus asistentes se divertian con varios pasatiempos, entre los cuales no se olvidaban „los goces de la concha,” como dice Ossian. „Otros estaban sentados aparte en algun cerro lejano,” tan empeñados probablemente en discutir política y noticias, como los espíritus de Milton en disputas metafísicas. Al fin se empezaron á oír y ver señales de que se acercaban los venados. Resonaban de valle en valle muchos gritos lejanos, segun se iban acercando unas á otras las varias partidas de montañeses que avanzaban hácia el punto central, trepando peñas, pasando arroyos, y rompiendo matorrales, y obligaban á los asombrados ciervos y á otros animales monteses á concentrarse en un espacio mas reducido por huir de ellos. De cuando en cuando estallaba algun fusilazo, y lo repetian mil ecos. Mezclóse luego al coro el ladrido de los perros, que iba siendo mas y mas fuerte. Por último, empezaron á dejarse ver las avanzadas de los venados, y segun saltaban por el paso de dos en dos y tres en tres, mostraban su destreza los caudillos en distinguir á los mas gordos, y derribarlos con sus escopetas. Fergus manifestó notable habilidad en aquel ejercicio, y aun Eduardo tuvo la fortuna de llamar la atencion y excitar los aplausos de los cazadores.

En esto apareció el grueso de los venados á la

entrada de la barranca, estrechándose unos á otros, y formando una falange formidable, en que sus cuernos aparecian tras de las peñas como un bosque deshojado. Era grandísimo su número, y los cazadores mas experimentados empezaron á temer, viendo el ímpetu desesperado que trician: los venados mas grandes venian por delante en aquella especie de columna, y miraban azorados al grupo de hombres que les cerraba la salida de la barranca. Sin embargo, por todas partes comenzó la obra de destruccion: soltáronse los perros y los cazadores, y por donde quiera estallaban tiros. Desesperados los ciervos, hicieron por fin una tremenda carga sobre el panto en que se habian situado los cazadores mas distinguidos. Corrióse en Gaélico la voz de que se acostasen boca abajo; pero Waverley, á cuyos oidos ingleses no penetró aquella orden precautoria, iba ya á ser victima de su ignorancia del idioma antiguo en que se habia comunicado. Fergus vió su peligro, y saltando sobre él, lo echó al suelo de un empujon al llegar ya sobre ellos toda la manada furiosa. Como el ímpetu de esta ora del todo irresistible, y las heridas que infieren los cuernos del venado son peligrosísimas, debemos creer que la actividad del caudillo salvó entonces la vida á su huésped, al que detuvo con fuerza en aquella postura, hasta que pasaron sobre ellos todos los venados. En seguida intentó Waverley levantarse; pero se encontró con varias contusiones graves, y al examinarlo con mas atencion, se vió que tenia una fuerte lujacion en una pierna.

Aguose con tal accidente el júbilo de la concurrencia, aunque los montañeses, acostumbrados á lances semejantes y preparados para ellos, no habian sufrido el menor daño. Casi en un instante formaron una enramada, bajo la cual pusieron á Eduardo sobre un lecho de hojas. El cirujano, ó el que tomó las funciones de tal, parecia unir los caracteres de médico y conjurador. Era un montañes viejo y ahumado, con una barba cana, venerable, y cuyo único vestido consistia en un saco de barragan, que cerrado por delante, le servia de chaqueta y calzones. Acercóse á Eduardo con grandes ceremonias; y aunque nuestro héroe temblaba de dolor, no quiso proceder á operacion alguna que lo aliviase, hasta que dió tres vueltas al rededor de su lecho, moviéndose como el sol, de oriente á poniente. Esta operacion que se llamaba hacer el *deasil*, parecia reputarse por el facultativo y los asistentes como requisito importantísimo para el éxito de la cura; y Eduardo, á quien su dolor habia quitado el habla, y que no veia la posibilidad de otro auxilio, tuvo que someterse á ella en silencio.

Terminada como correspondia tan augusta ceremonia, el anciano Esculapio sangró á Eduardo muy diestramente con una ventosa, y murmurando en voz baja una especie de rezo en Gaélico, procedió á hervir al fuego ciertas yerbas, con las cuales formó una cataplasma. Fomentó despues con aquel cocimiento las partes ofendidas, sin dejar de murmurar oraciones ó ensalmos, en que solo pudo distinguir Waverley las palabras *Gaspur-Melchor-Baltasar-max-prax-fax*, y otras

de igual gerigonza. Los fomentos le aliviaron muy pronto el dolor y la hinchazon, lo que nuestro héroe imputó á la virtud de las yerbas ó al efecto de la frotacion, aunque todos los presentes lo atribuyeron con unanimidad á los ensalmos que habian acompañado á las operaciones del facultativo. Hicieron entender á Eduardo que todos aquellos ingredientes se habian recogido en la luna llena, y que al tomarlos el herbolario recitaba uniformemente cierta plegaria, que podria traducirse de este modo;

Salve, sacrosanta yerba,
nacida en tierra sagrada,
pues en el monte Olivete
fuiste primero encontrada!
Las contusiones alivias
y las heridas tambien:
en el nombre de la Virgen
del suelo te cogeré.

Eduardo notó con alguna sorpresa que aun Fergus, á pesar de su educacion y luces, parecia coincidir con las ideas supersticiosas de sus compatriotas, ó porque juzgaba impolitica la manifestacion de incredulidad en lo que todos creian, ó mas probablemente, porque, como muchos que no meditan sobre tales materias, tenia en su ánimo un fondo de supersticion que balanceaba la libertad de sus expresiones y conducta en otros casos. Por lo mismo Waverley no quiso disputar sobre la forma de su curacion, ántes bien recompensó al profesor de medicina con una liberalidad superior á sus mas batagüenas esperanzas. Con

esto el pobre anciano prorumpió en tantas bendiciones incoherentes, inglesas y gaélicas, que Mac-Ivor escandalizado por el exceso de su gratitud, le interrumpió exclamando: „Maldito seas mil veces,” y le empujó fuera de la enramada.

Cuando Waverley quedó solo, el abatimiento que le habian causado el dolor y el cansancio (pues habia sido recio el ejercicio de todo aquel dia), le causaron un sueño profundo, aunque calenturiento, debido tambien en parte á una opiata que le administró el viejo montañés, con algun cocimiento de las yerbas que formaban su farmacopea.

Apénas amaneció el siguiente dia, se trató de ver qué se determinaba con el estropeado cazador, pues ya se habia logrado el objeto de la reunion, y veian aguadas sus diversiones por aquella funesta casualidad, que causó el mayor sentimiento á Fergus y á sus amigos. Mac-Ivor dispó las dudas, haciendo preparar una litera de ramas, que llevaban sus gentes con tal destreza y cuidado, que hace muy probable fuesen ascendientes de los robustos celtas que tienen hoy la dicha de llevar á diez casas en una noche á las bellas de Edimburgo, en sus elegantes sillas de manos. Cuando Eduardo se vió elevado en sus hombros, no pudo ménos de admirar el singular efecto que producía la disolucion de aquel campamento rural.

Cada una de aquellas varias tribus se reunía al toque rústico de su clan nativo, llevando á la cabeza á su caudillo patriarcal. Algunas, que empezaban ya á retirarse, aparecian hondeando por los cerros, ó bajando por las barrancas, y el eco

de sus gaitas se perdía á lo léjos. Otras presentaban todavía un cuadro movible en aquella breve llanura, formando grupos variados, entre los cuales ondeaban sus plumas y capotes sueltos al viento de la mañana, y sus armas resplandecían al brillo del sol naciente. Los mas de los caudillos vinieron á despedirse de Waverley, y á expresarle sus afectuosas esperanzas de que pronto volverian á verse; pero Fergus abrevió las ceremonias de aquellas despedidas. Reunida por fin y formada su gente, empezó Mac-Ivor su marcha, pero no hacía el rumbo que ántes habían traído. Insinuó á Waverley que la mayor parte de la gente que entónces le seguía, debía emprender una expedicion lejana, y que él tendría que ir con ellos la mayor parte del camino, despues que hubiese dejado á Waverley en casa de un caballero, que estaba seguro le dispensaría las mayores atenciones, aunque no tardaría en volver á buscarlo.

Sorprendió á Waverley que Fergus nada le hubiese dicho sobre esta nueva expedicion cuando salieron juntos á la cacería; pero su situacion no le permitia hacer muchas preguntas. La mayor parte de los clanistas se adelantaron á las órdenes del anciano Ballenkeiroch y Evan Dhu Maccimbich, al parecer muy entusiasmados y alegres. Quedáronse unos cuantos para escoltar á su caudillo, que marchaba junto á la litera de Eduardo, y lo asistía con el cuidado mas afectuoso. Como al medio dia, despues de una jornada penosísima para Waverley por el modo en que lo llevaban, el dolor

de sus golpes y la aspereza del camino, llegó á la casa hospitalaria de un caballero pariente de Fergus, quien le habia preparado todas las comodidades compatibles con el sencillo método y hábitos de vida que entónces eran universales en las montañas. Eduardo admiró una reliquia de la sencillez primitiva en aquel anciano septuagenario. No usaba mas trage que el que le proporcionaba su hacienda: lo formaba la lana de sus ovejas, tejida por sus criados, y teñida en forma de barragan con las tintas que ofrecian las yerbas y arbustos de los cerros inmediatos. Sus hijas y criadas le tejian la ropa blanca del lino que próducian sus tierras; y su mesa, aunque surtida con variedad y abundancia de cacería y pescados, no presentaba un solo artículo que no fuese producido en ellas.

Aunque no pretendia para sí derecho alguno de poder patriarcal ó vasallage, obtenia la proteccion y alianza de Vich Ian Vohr y otros caudillos audaces y emprendedores, que le protegian en aquella vida tranquila que amaba. Es cierto que los jóvenes nacidos en sus tierras solian abandonarlas para ir á servir á otros superiores mas activos; pero algunos arrendadores y criados viejos meneaban sus canosos cabellos cuando oian censurar á su señor de poco animoso, y decian que „cuando el viento calla, cae suavemente la lluvia.“ Este buen anciano cuya, caridad y hospitalidad no tenian límites, habria recibido á Waverley con boadad, aunque fuera el último rústico sujon, puesto que en su estado necesitaba de socorro y asistencia. Empero fue-

ron imponderables los incesantes y afectuosos cuidados que prodigó al huésped y amigo de Vich Ian Vohr. Aplicáronse nuevas cataplasmas á la pierna ofendida, y salieron á los nuevos ensalmos. Por fin, despues de manifestar un interes que acaso tenia motivos mas poderosos que el deseo de ver á Waverley restablecido, se despidió Fergus de él, diciéndole que dentro de pocos dias estaria de vuelta en Tomanrait, y esperaba que para entónces se hallaria Waverley en disposicion de montar una de las jacas montaÑesas de su huésped para volver á Glennaquoich en ella.

Cuando al siguiente dia se le presentó el buen anciano, supo Eduardo que su amigo habia marchado ántes de amanecer, llevándose á toda su comitiva, ménos á Callum-Beg, su page favorito, que habia quedado con el objeto de asistir á Waverley. Al preguntar este á su patron si sabia donde habia ido Fergus, el anciano le miró fijamente con una ronnisa melancólica y misteriosa, que fué su única respuesta. Insistió Waverley en su pregunta, á la que respondió su huésped con un refran antiguo.

El que envió mensageros al infierno
averiguaba lo que bien sabia.

Iba á continuar, pero Callum-Beg intervino con sobrada insolencia (en concepto de Eduardo), diciendo en su gerigonza medio montaÑesa que „el *Cean Kinne* no queria que el *Sassenagh Duinhe* wasall hablara mucho, pues le haria daño.” De esto infirió Waverley que podria ofender á su amigo con preguntar á un extraño el objeto de una

expedición que él no había tenido á bien comunicarle.

No detendrémos al lector con los pormenores de la convalecencia de nuestro héroe. Al sexto dia estaba ya levantado, y podia caminar con el auxilio de un baston, cuando llegó Fergus con unos veinte hombres de su tribu. Parecia contentísimo, felicitó á Waverley por su mejoría, y viendo que ya podia montar á caballo, le propuso que se volvieran luego á Glennaquoich. Waverley convino gustoso; porque la imágen de su bella dama habia hermosado sus cavilaciones y sueños en toda su enfermedad. Púsose, pues, en camino con Fergus y sus mirmidones, que marchaban á su lado, separándose tal cual vez para tirar á algun venado ó gallo silvestre. Apresurose la palpitation en el pecho de Waverley al acercarse á la antigua torre de Ian nan Chaistel, y al divisar la gallarda figura de su señora que se adelantaba á recibirlos.

Apénas la distinguió Fergus, empezó á gritar con su buen humor acostumbrado: „Princesa incomparable, abrid las puertas al mal ferido moro Abindarraez, que viene á vuestro castillo conducido por Rodrigo de Narvaez, alcaide de Antequera; ó si os parece mejor, abridlas al famoso Marques de Mantua, doliente companero de su moribundo amigo Valdovinos del monte. ¡En paz descanse tu alma, Cervantes! Sin valerme de tí, ¿cómo pudiera yo acomodar mis expresiones á los oidos novelescos á quienes las dirijo?

Acercóse Flora, y saludando á Waverley con mucho afecto, le manifestó que sentia mucho su

accidente, cuyos pormenores habia ya oido, quejándose de que su hermano no hubiera tomado mas precauciones para poner á cubierto á su huésped de los peligros consiguientes á la diversion en que lo habia empeñado. Apresuróse Eduardo á disculpar al caudillo, quien ciertamente le habia salvado la vida con bastante peligro suyo.

Pasadas las saluciones, dijo Fergus á su hermana tres ó cuatro palabras en Gaélico. Al punto se agolparon lágrimas á sus ojos; mas parecian hijas de devocion ó de júbilo, pues miró al cielo y juntó las manos, como en una expresion solemne de gratitud ó deprecacion fervorosa. Despues de aquella pausa que duraria un minuto, presentó á Eduardo algunas cartas venidas de Tully-Veolan durante su ausencia, y al mismo tiempo entregó otras á su hermano, con tres ó cuatro números del Mercurio Caledonio que entónces era el solo periódico existente al norte del Tweed.

Ambos se retiraron á examinar su correspondencia, y muy luego vió Eduardo que la suya contenia cosas interesantísimas.

CAPITULO II.

Noticias de Inglaterra.

Las cartas recibidas por Waverley hasta entónces de sus parientes de Inglaterra, no eran de tal naturaleza que requiriesen una mencion particular en esta historia. Su padre le escribía con la pomposa afectacion de un hombre demasiado abrumado con los negocios públicos para tener tiempo de

atender á los de su familia. De cuando en cuando mencionaba algunos personajes de Escocia, con los que deseaba se relacionara su hijo; pero Waverley, ocupado hasta entónces con los pasatiempos que habia encontrado en Tully-Veolan y Glennaquoich, no habia hecho caso de aquellas indicaciones vagas, principalmente cuando las distancias, el poco tiempo de su licencia &c., le presentaban disculpas atendibles, en caso necesario. Empero las últimas epístolas paternas de Mr. Ricardo Waverley, contenian ciertas insinuaciones misteriosas sobre el poder y opulencia que estaba en vísperas de adquirir, y que asegurarian á su hijo una promocion muy rápida, si queria permanecer en la carrera de las armas. Las cartas de Sir Everardo eran de un tenor muy diferente. Eran cortas, porque el buen Baronet no era de los corresponsales ilimitables, cuyas epístolas ocupan todo un pliego, de manera que no dejan lugar para poner el sello y sobrescrito; pero eran tiernas y afectuosas, y rara vez concluian sin alguna alusion al caballo de nuestro héroe, alguna pregunta sobre el estado de su bolsillo, y algun deseo especial de saber de los reclutas que habian salido con él de Waverley-Honour. La tia Raquel siempre le encargaba tuviera presentes sus principios religiosos, cuidase de su salud, se guardase de las nieblas escocesas, que, según le habian dicho, empapaban á los ingleses; que nunca saliera de noche sin capote, y sobre todo, que siempre usase rona interior de franela.

Mr. Pembroke solo escribió á nuestro héroe una carta; pero equivalente en tamaño á seis de

las que se usan en estos tiempos degenerados, que en la moderada extension de diez páginas en folio, de letra muy metida, contenia un extracto de otro gran volumen manuscrito, que venia á ser un suplemento en que constaban todas las cosas *addenda, delenda et corrigenda* en los dos tomos enormes que habia regalado á Waverley. Consideraba que aquel epitome era solo una sopita para acallar la curiosidad hambrienta de Eduardo, hasta que hallase ocasion de remitirle en cuerpo y alma el volumen, que era muy abultado para ir por el correo, y al que pensaba acompañar ciertos opúsculos interesantes, recién publicados por un librero amigo suyo, con quien mantenía una especie de correspondencia literaria, en virtud de la cual se recargaban de infinita morralla los estantes en la biblioteca de Waverley-Honour, y venia cada año una cuenta, que rara vez quedaba sumada con ménos de tres números en línea, de la cual resultaba que Sir Everardo Waverley de Waverley-Honour, debía tanto á Jonatas Grubbet, librero. Tal habia sido hasta entónces el estilo de las cartas que venian de Inglaterra para Eduardo; pero las que recibió en Glennaquoich tenían un carácter diferente y de mucho mayor interes. Aunque yo las insertase íntegras, no podria entenderlas bien el lector, sin echar ántes una ojeada sobre lo interior del gabinete inglés en el periodo que nos ocupa.

Los ministros de aquel tiempo se hallaban divididos en dos bandos, ocurrencia que á la verdad no es muy rara: el más débil que compensaba con el empeño de sus intrigas su inferioridad verdade-

ra, habia adquirido últimamente algunos prosélitos, y con ellos la esperanza de suplantar á sus rivales en el favor del soberano, y de vencerlos en la cámara de los comunes. Entre otros, habian tenido por conveniente valerse de Mr. Ricardo Waverley. Este honrado caballero habia adquirido cierto nombre y crédito en la vida pública, y aun ganádose para muchos el concepto de ser un político profundo con un tono grave y misterioso, una atencion incesante á la etiqueta y esencia de los negocios, y una rara facilidad de formar discursos largos y pesados con verdades de Pero-Grullo y lugares comunes enredados en una gerigonza técnica que ocultaba su vaciedad: no era ciertamente de esos oradores brillantes, cuyos talentos se evaporan en chistes y tropos retóricos; pero poseia cualidades sólidas para los negocios, de honra y provecho, como dicen las señoras al escoger sus vestidos, por lo que debia ser utilísimo para el uso comun y ordinario de aquellos embrollones políticos.

Habiase hecho tan general esta opinion, que el partido ministerial mencionado ántes, despues que sondeó á Ricardo Waverley, quedó tan satisfecho de sus ideas y talentos, que en caso de realizar la revolucion que intentaba en el ministerio, se propuso darle en el nuevo arreglo una colocacion notable, no á la verdad en el primer rango, pero sí muy superior en emolumentos é influjo á la que entónces disfrutaba. Ricardo no pudo resistir á una proposicion tan tentadora, aunque el blanco principal del ataque dispuesto por los nuevos aliados, era un personage que le habia

dispensado su proteccion, y á cuyos intereses habia permanecido fiel hasta entónces. Por desgracia un movimiento prematuro frustró aquel bello plan de ambicion. Todos los empleados que tenian parte en él, y vacilaron en someterse á una renuncia voluntaria, recibieron el aviso desagradable de que el rey no necesitaba ya de sus servicios; y respecto de Ricardo Waverley, cuya falta consideraba el ministro mas grave por la ingratitude y perfidia de su manejo, acompañó á sus dimisorias ciertas expresiones duras de afrenta y menosprecio. El público, y aun el partido en cuya desgracia participaba, tomaron poco interes en la ruina de aquel político interesado y egoista, que se retiró al campo con la reflexion consoladora de haber perdido á la vez su crédito, su opinion, y lo que al ménos le era igualmente sensible, sus sueldos.

La carta que con tal motivo escribió Ricardo Waverley á su hijo, era una obra maestra en su clase. Aun el mismo Arístides jamas habia sufrido tamaña injuria. En todos sus párrafos habla de un monarca injusto y de una patria ingrata. Citaba sus largos servicios y sacrificios generosos, aunque los primeros estaban repagados con los sueldos que habia percibido, y no podia adivinarse en qué consistian los segundos, á no ser en la abjuracion que hizo de los principios aristocráticos de su parentela, no por conviccion, sino por interes y codicia. Al concluir, se exaltaba tanto su resentimiento con el vigor de su propia elocuencia, que no podia contener algunas expresiones vagas é impotentes, en que amenazaba

vengarse, y prevenia finalmente á su hijo diese un testimonio de que no le era indiferente aquel agravio, con renunciar su empleo luego que recibiese aquella carta, añadiéndole que lo mismo deseaba su tío, del cual recibiría igual prevencion.

Por consiguiente, abrió luego Waverley la carta de Sir Everardo. Parecia que el infortunio de su hermano habia borrado en su noble pecho la memoria de sus diferencias pasadas; é ignorando que la desgracia de Ricardo habia sido realmente una consecuencia justa y natural de sus intrigas frustradas, el bueno y crédulo Baronet solo veia en ella un ejemplo nuevo y atroz de la injusticia del gobierno. Añadia que era cierto, y no debía disimularse ni aun á Eduardo, que su padre no habria sufrido aquel insulto que recaia por primera vez en un miembro de su familia, si no se hubiera espuesto á él aceptando un empleo bajo el gobierno existente. Añadia Sir Everardo que estaba seguro de que ya veia y sentia Ricardo toda la magnitud de su yerro, y que tomaba á su cargo cuidar de que aquella desgracia no le privase de recursos pecuniaros. Bastaba que un Waverley hubiera sufrido una injuria pública; pues el perjuicio de sus intereses lo podia remediar fácilmente el cabeza de la familia. Empero, tanto Ricardo como él, opinaban que Eduardo, representante de la familia de Waverley-Honour, no debía permanecer en una situacion que lo exponia tambien á recibir agravios semejantes á los inferidos á su padre. Encargaba, pues, á su sobrino, que en la primera oportunidad que se presentase dirigiera su renuncia

al ministerio de la guerra, añadiendo que no se necesitaban muchas ceremonias donde habian gastado tan pocas respecto de su padre. Concluia con mil expresiones afectuosas para el Baron de Bradwardine.

La tia Raquel hablaba en su carta de un modo mas claro todavia. Consideraba la desgracia de su hermano Ricardo como la justa pena de la apostasia con que habia prestado juramento á un intruso, olvidándose de lo que debia á su monarca legitimo, aunque desterrado; concesion que su abuelo Sir Nigel Waverley no quiso hacer ni al parlamento revolucionario ni á Cromwell, aunque su fortuna y vida se hallaban en el peligro mas inminente. Esperaba que su caro Eduardo seguiria las huellas de sus mayores, librándose cuanto ántes de la señal de servidumbre que le habia impuesto la familia usurpadora, y contemplaria los infortunios de su padre como un aviso del cielo, para conocer que toda aberracion del camino de la lealtad lleva en sí propia su castigo. Concluia saludando á Mr. Bradwardine, y encargaba á Waverley la dijera si Miss Rosa tenia ya suficiente edad para usar unos zarcillos preciosos que la destinaba en prendas de su afecto. Tambien preguntaba la buena señora si Mr. Bradwardine tomaba todavia tanto polvo de tabaco, y era tan infatigable para bailar, como cuando estuvo en Waverley-Honour, treinta años ántes.

Estas cartas excitaron altamente la indignacion de Waverley, como debia esperarse. La frivolidad de sus estudios no le habia permitido fijarse en una opinion política que pudiese contrapesar

los impulsos de ira que le causó la justa ofensa que suponía se había inferido á su padre. Eduardo ignoraba del todo la causa verdadera de su desgracia: sus hábitos no le habían inducido jamás al exámen de las cuestiones políticas de su tiempo, ni estaba en disposición de observar las intrigas en que tan activamente se había complicado su padre. El influjo de las personas que trataba en Waverley-Honour hizo que sus impresiones accidentales sobre los partidos existentes en aquella época fuesen poco favorables á la dinastía reinante y á su gobierno. No vaciló, pues en adherirse al resentimiento que manifestaban las personas que tenían mas derecho á dirigir su conducta mucho mas cuando recordaba la vida fastidiosa del campamento, y el papel inferior que hacia entre los oficiales de su regimiento. Si en el particular hubiera tenido la menor duda, habria bastado para su decision la siguiente carta de su comandante, que por su brevedad insertaré al pie de la letra.

„Muy Señor mio: sin obtener el efecto que esperaba, he extendido mas allá de lo que debia una indulgencia que la luz natural, y aun mas la del cristianismo, nos mandan tener, con errores que pueden ser hijos de la juventud é inexperiencia. En consecuencia me veo forzado en la presente crisis á valerme del único medio que aun me resta. Os mando, pues que dentro de tercero dia despues de la fecha de esta carta, os presenteis en este campamento; y de no verificarlo, daré cuenta al ministerio de la guerra de que os hallais ausente sin licencia, y tomaré otras providencias que

deben seros desagradables, como tambien á vuestro obediente servidor.—J. G.—Teniente coronel comandante del regimiento de dragones número.—

Hirvió la sangre á Eduardo en las venas con la lectura de esta carta. Desde su niñez se hallaba acostumbrado á disponer de su tiempo con libertad casi absoluta, adquiriendo asi hábitos que tanto en esta parte como en otras le hacian durísimas las reglas de la disciplina militar. Habiase tambien figurado que no lo sujetarian á ellas rigurosamente, y la indulgencia con que hasta entónces lo habia tratado su gefe, le habia confirmado en tal opinion. Tampoco habia ocurrido, en su concepto, motivo alguno para que su comandante, sin otro aviso ni antecedente que las insinuaciones mencionadas al fin del capítulo 14, hubiese tomado tan súbitamente un tono tan áspero de autoridad dictatorial, que Eduardo aun reputaba insolente. Combinándolo con las cartas últimas de su familia, no pudo ménos de suponer que su objeto era hacerle sentir en su situacion actual el peso de la misma autoridad que habia cargado sobre su padre, y que aquellos eran efectos de un plan combinado para deprimir y degradar á todos los miembros de la familia Waverley.

Por lo mismo, inmediatamente escribió Eduardo unos cuantos renglones muy secos á su comandante, dándole gracias por sus atenciones pasadas, y manifestándole su sentimiento de que le hubiera borrado su memoria, tomando para con él un tono tan duro. El estilo de su carta y lo que Eduardo reputaba su deber en la crisis actual, le exigian

que renunciara su empleo, en cuya virtud le incluía la renuncia formal de un puesto que lo había sujetado á tan desagradable correspondencia, y rogaba al coronel G. se sirviese transmitirla á las autoridades competentes.

Concluida aquella magnánima epístola, sintió Waverley alguna incertidumbre sobre los términos en que debía extender su renuncia, y resolvió consultar á Fergus Mac Ivor. Observaremos de paso que los hábitos prontos y decisivos de pensar, hablar y obrar que distinguían al jóven caudillo, le habían dado considerable ascendiente sobre el ánimo de nuestro héroe. Aunque dotado por lo ménos con igual fuerza mental, y sin duda con mucho mejor talento, cedía Eduardo á la actividad audaz y decisiva de una mente ejercitada ya por el hábito de obrar por un sistema preconcebido y regular, y que poseía un conocimiento vasto del mundo.

Cuando Eduardo encontró á su amigo, aun tenía este en la mano el periódico que acababa de leer, y se adelantó á recibirlo con el embarazo de un hombre que tiene que dar malas noticias. ¿Acaso vuestras cartas, capitán Waverley, confirman las desagradables nuevas que encuentro en este papel?"

Púsole en la mano el periódico que hablaba de la desgracia de su padre en los términos mas duros, copiados probablemente de algun diario de Londres. Al fin del párrafo había esta indicacion notable.

„Entendemos que este Ricardo que tales cosas ha hecho, no es el único ejemplo del vacilan-

te honor [*Wavering Honour*] de W-v-r-l-y H-n-l.
 Vease la Gaceta de hoy."

Con ansiedad inexplicable ocurrió Eduardo al lugar citado, y halló que decía: „Eduardo Waverley, capitán en el regimiento de dragones de—dado de baja por ausente sin licencia;" y en la lista de las promociones militares del mismo regimiento descubrió este otro artículo: „Teniente Julio Butler, á capitán, en lugar de Eduardo Waverley, dado de baja."

Sintióse nuestro héroe abrasado con el resentimiento que un insulto no merecido y al parecer premeditado debía inflamar en un pecho idólatra del honor, al verse hecho objeto de injusta persecucion y afrenta. Al comparar las fechas de la carta de su coronel y del artículo en la Gaceta, percibió que había realizado literalmente su amenaza, sin averiguar si Eduardo la había recibido, ó estaba dispuesto á obedecer su orden. Todo, pues, indicaba un plan combinado para degradarlo ante el público; y la idea de haberse esto realizado, le llenó de emociones tan amargas, que después de varias tentativas para ocultarlas, se arrojó por fin en los brazos de Mac-Ivor, y prorrumpió en lágrimas de indignacion y vergüenza.

Cualesquiera que fuesen los defectos del cau-dillo, no era uno de ellos la indiferencia respecto á los agravios de sus amigos; y sentia un interés profundo y sincero en favor de Eduardo, aun prescindiendo de otros planes suyos con que le ligaba aquel afecto. Los procedimientos que lastimaban á Eduardo parecian igualmente incomprendibles á Fergus. Este sabia muy bien los

motivos que Waverley ignoraba para que se le hubiese dado la órden perentoria de reunirse al regimiento. Pero que el comandante, sin detenerse á examinar los motivos de una demora necesaria, y contradiciendo su prudencia y honradez notorias, hubiese procedido de un modo tan extraño y duro, era para él un misterio impenetrable. Sin embargo, consoló á nuestro héroe lo mejor que pudo, y comenzó á dirigir su ánimo hácia la venganza de su honor ofendido.

Eduardo adoptó sin vacilar aquella idea. „Llevaréis un recado mio al coronel G., querido Fergus, y os quedaré perpetuamente reconocido?”

„Ese, respondió Fergus, es un servicio de amistad, que no dudaria prestaros, si pudiera ser útil, ó tendiera á vindicar vuestro honor; pero en el caso presente, dudo que vuestro comandante acepte el desafio por haber tomado providencias, que si bien son durísimas y ofensivas, no salen de la órbita estrecha de sus deberes. Además, G. es un perfecto hugonote, y ha adoptado ciertas ideas sobre que tales encuentros son pecaminosos, de las que no ha de separarse, principalmente cuando su valor conocido le pone á cubierto de cualquiera imputacion desfavorable. Por último, yo . . . yo . . . si he de hablaros con franqueza, tengo razones poderosísimas en estos momentos para no acercarme á ninguno de los campamentos ó guarniciones militares del gobierno actual.”

¿Conque me habré de estar tranquilo y sereno, despues de la injuria que he recibido?”

„¡Lejos de mí tan vil parecer, amigo mio! Pero

quisiera que os vengaseis de la cabeza, no de la mano; del gobierno tiránico y opresor que os ha dirigido tan premeditados y reiterados insultos, y no de los agentes miserables que han servido á su maligna voluntad."

„¡Del gobierno!"

„Sí: de la casa usurpadora de Hanover, á la que jamas habria servido vuestro noble abuelo y ántes habria recibido del mismo demonio un salario de oro encendido."

„Pero del tiempo de mi abuelo acá, han poseido el trono dos generaciones de esa dinastía."

„Cierto; y porque nuestra paciencia les ha dado tanto lugar de que muestren su carácter nativo, y porque vos y yo hemos vivido sumisos y quietos, cediendo á las circunstancias, hasta aceptar empleos suyos, dándoles así ocasion para que nos deshonren con una destitucion pública, ¿no debemos ya resentir injurias que nuestros padres solo temieron, y que nosotros experimentamos? ¿O es ménos justa la causa de la infeliz familia Stuart, porque sus derechos hayan recaido en un heredero, que está inocente de los cargos políticos hechos á su padre? ¿No recordais los versos de vuestro poeta favorito?

Si libre renunció Ricardo el trono,
no pudo abandonar mas que lo suyo,
ni arrebatár á un hijo sus derechos.

Ya veis, caro Eduardo, que soy tan capaz de citar versos como Flora. Pero vamos, despejad esa frente sombría, y dejad á mi cargo enseñaros el noble camino de pronta y gloriosa venganza.

Busquemos á Flora, que acaso tendrá que darnos mas noticias de lo ocurrido en nuestra ausencia. Veréis cuanto se alegra al veros libre ya de la servidumbre que sufríais. Mas ántes añadid una postdata á esa carta, expresando el tiempo en que recibisteis la primera órden de vuestro coronel calvinista, y vuestro sentimiento de que la precipitacion de sus procedimientos no os dejó anticipar á ellos vuestra renuncia. Con eso dejadlo que se avergüence de su injusticia.”

Cerrose, pues, la carta, incluyendo la renuncia formal de la capitania, y Mac-Ivor la despachó en union de algunas otras suyas con un mensajero especial, á quien previno las echase todas en la estafeta mas inmediata de los llanos.

CAPITULO III.

Explicacion.

No habia sido impremeditada la indicacion que hizo el caudillo respecto de Flora. Habia observado con gran satisfaccion el afecto naciente de Waverley á su hermana, y no veia obstáculo alguno para su union, sino el empleo que tenia en el ministerio el padre de nuestro héroe, y el hallarse este sirviendo en el ejército de Jorge II. Estos embarazos estaban ya removidos, y de un modo que parecia abrir la puerta para que el hijo por lo ménos tomase otro partido. Bajo cualquier otro aspecto era convenientísimo aquel matrimonio, que parecia asegurar la felicidad y fortuna de su herinana á la que amaba tiernamente. En-

sanchábasele el corazón al considerar la importancia que él debía adquirir á los ojos del ex-nomarca, á quien habia dedicado sus servicios, al aliarse con una de las familias inglesas antiguas, ricas y poderosas, cuyo debilitado afecto á la familia Stuart importaba tanto á esta que reviviese. A tan lisonjero plan no percibía Fergus ya obstáculo alguno. La inclinacion de Waverley era evidente: su persona gallarda y su génio análogo al de Flora, no le permitian temer dificultad por parte de esta. A la verdad, sus ideas hereditarias de autoridad patriarcal y las que adquirió en Francia sobre el modo de casar á las mugeres, le hubieran hecho mirar como el obstáculo mas insignificante cualquiera oposicion de su hermana, á pesar del amor que la tenia, aunque la meditada union fuese ménos ventajosa.

Lleno de estos pensamientos, pasó Fergus con Waverley á buscar á Miss Mac-Ivor, no sin la esperanza de que la agitacion que en aquel momento sentia su huésped le inspirase valor para abreviar lo que él llamaba „La novela del galanteo.“ Encontraron á Flora con sus fieles compañeras Una y Catalina, ocupada en preparar ciertos diges que parecieron á Waverley cintas de boda. Disimulando lo mejor que pudo la agitacion de su ánimo, preguntó con qué plausible motivo hacia Miss Mac-Ivor aquellos preparativos tan vastos?

„Para la boda de Fergus, respondió ella sonriéndose.“

„De veras! Pues me ha guardado muy bien el secreto. Y ¿quién es la dichosa? Espero que me permitirá servirles de padrino.“

„No os corresponde tal encargo.“

„Pero ¿quién es la novia?“

„No os dije días ha que Fergus no pretendia mas dama que la gloria?“

„Con que segun eso, Miss Mac-Ivor, me reputais incapaz de acompañarlo en el camino del honor?“ dijo nuestro héroe, poniéndose como grana.

„En tan bajo concepto me teneis?“

„Léjos de ello, capitán Waverley, anhelaría que pensárais como nosotros, y solo usé la expresion que os ha ofendido; porque en vez de esa uniformidad, os presentais como enemigo nuestro.“

„Hermana, ya pasó ese tiempo; y puedes dar á Eduardo Waverley (que ya no es capitán) los parabienes debidos por estar libre del yugo del usurpador, simbolizado en ese infausto y lugubre emblema.“

„Sí, dijo Waverley, arrancándose del sombrero la cucarda, el rey que me dió esta divisa ha tenido á bien quitármela de un modo que me deja poquisima causa para echar ménos su servicio.“

„Bendito sea Dios por ello! exclamó la entusiasta; y ojalá fuera bastante ciego para tratar con igual indignidad á cuantos hombres de honor le sirven, y tendria yo ménos motivo de afligirme cuando ya la lucha se acorcal“

„Ea pues, hermana mia, reemplaza esa cucarda ominosa con otra de color mas alegre. Creo que las damas de antaño acostumbraban armar á sus caballeros, y enviarlos á buscar aventuras gloriosas.“

„Sí, Fergus; pero cuando ya los aventureros habian pesado bien la justicia y el peligro de sus em-

presas. Mr. Waverley se halla en este momento muy agitado por emociones recientes para que yo lo precipite á resolver en un negocio de tal consecuencia.

Habíase alarmado Waverley á la idea de adoptar la divisa de lo que la mayoría del reino reputaba rebelion; mas sin embargo le fué muy sensible la frialdad con que recibió Flora la propuesta de su hermano. „Percibo, dijo con alguna amargura, que Miss Mac-Ivor considera indigno de su favor al caballero.”

„No, Mr. Waverley, replicó ella con gran dulzura. ¿Por qué habia de rehusar al digno amigo de mi hermano un don que estoy repartiendo á toda su tribu? Muy satisfactorio me seria que todo hombre de honor se alistase en la causa que abraza mi hermano. Pero él ha tomado sus medidas con los ojos abiertos. Desde la cuna ha consagrado su vida á esta causa, y su voz es sagrada para él, aun cuando lo lleve á la tumba. Mas ¿cómo puedo querer que vos, Mr. Waverley, tan nuevo en el mundo, tan léjos de cuantos amigos pudieran aconsejaros y debieran dirigiros, en un momento de indignacion y de pique, os comprometais en tan desesperada empresa?”

Fergus, que no comprendia estas delicadezas, se paseaba por el aposento mordiéndose los labios, y luego dijo con una sonrisa forzada: „Bien, hermana mia; te dejaré que desempeñes tu nuevo encargo de mediadora entre el Elector de Hannover y los súbditos de tu legítimo soberano y bienhechor,” y salió del cuarto.

Siguióse una penosa pausa que al cabo rompió

Miss Mac-Ivor. „Mi hermano es injusto, dijo, porque no puede sufrir la menor contradicción á los proyectos que le inspira el zelo de su lealtad.”

¿Y no participais vos de su ardimiento?

„¡Yo!—Dios sabe que el mio excede al suyo, si es posible. Pero no me arrebatara como á él la agitacion de los preparativos militares, y los infinitos pormenores necesarios á la actual empresa, hasta olvidar los grandes principios de justicia y verdad en que se funda; y estoy segura de que estos solo pueden promoverse con medidas francas y justas en si mismas. En mi humilde opinion, querido Mr. Waverley, no es uno ni otro el aprovechar vuestra agitacion presente para induciros á un compromiso irreparable, sin que hayais examinado la justicia ó peligro que envuelve.”

„Incomparable Flora! exclamó Waverley tomándola una mano; cuánto necesito de una direccion como la vuestra!

„Mr. Waverley, dijo Flora retirando suavemente su mano, hallará siempre mucho mejor consejero dentro de su mismo pecho, cuando quiera escuchar sus nobles inspiraciones.”

„No, Miss Mac-Ivor, no me atrevo á esperarlo; mil circunstancias fatales me han hecho una criatura de fantasia y no de razon. Si osara yo esperar, si pudiese imaginar siquiera que os dignarais ser para mí una amiga afectuosa, indulgente, que me ayudarais á reparar mis yerros, mi vida futura....”

„Basta, basta, señor mio: vuestro gozo por haber escapado de un enganchador Jacobita os hace exgerar demasiado la gratitud.”

„No, querida Flora, no os burleis mas de mí: bien penetráis los afectos que casi involuntariamente acabo de expresaros; y pues he roto la valla del silencio, dejadme aprovechar mi audacia.... O, con vuestro permiso, podré decir á vuestro hermano....?”

„Nada, nada! os lo suplico.”

„¿Qué decis? ¿hay alguna dificultad funesta? ¿alguna predisposicion....?”

„Ninguna, Mr. Waverley. Debo á mí misma el deciros, que sobre este particular jamas he pensado en persona alguna.”

„Acaso el poco tiempo que llevais de tratarme.... Si Miss Mac-Ivor se dignase darme tiempo de....”

„Ni aun tengo esa excusa. Vuestro carácter es tan franco....en fin, es tal, que á nadie permitirá engañarse respecto de su fuerza ó flaqueza.”

„¿Y por esa flaqueza me despreciáis?”

„Perdonad, Mr. Waverley, y recordad que ha media hora aun existia entre nosotros una barrera insuperable para mí, pues jamas he podido mirar bajo otro aspecto que el de un simple conocido, á un oficial que sirva al Elector de Hanover. Permitidme, pues, que medite un poco sobre un asunto tan inesperado, y dentro de una hora podré justificáros la resolucion que tome con razones que si no os fueren gratas, sean al ménos justas y satisfactorias.” Dicho esto se salió Flora, dejando á Waverley en libertad para que meditara sobre el modo con que habia recibido ella su declaracion.

Antes que pudiese poner en claro si sus obsequios eran ó no gratos á Flora, entró Fergus en el aposento. „Ea pues; Waverley, *à la mort!* exclamó. Vaya, venid conmigo al patio, y veréis un espectáculo preferible á los mejores pasos de vuestras novelas. Cien fusiles, amigo mio, y otros tantos sables que me acaban de remitir unos amigos fieles, y doscientos ó trescientos muchachones que casi pelean por apropiárselos. . . . Pero, ¿qué teneis? Un verdadero montañes diria que teneis mal de ojo. ¡O será que esa necia mocosa ha consternado vuestro espíritu?—No hagais caso de ella, querido Eduardo; las mas entendidas en todo su sexo no saben palabra del modo con que debemos gobernarnos en el mundo.”

„En verdad, cafo amigo, respondió Waverley, que solo puedo acusar á vuestra hermana de ser demasiado racional y sensible.”

„Pues si eso es todo, por un luis de oro me atrevo á aseguraros que no le durará veinte y cuatro horas ese capricho. Ninguna muger conserva su racionalidad en tan largo periodo; y si no lo llevais á mal, yo os respondo de que Flora será tan necia mañana, como todas las de su sexo. Es preciso, querido Eduardo, que aprendais á tratar las mugeres *en mousquetaire.*” Diciendo esto cogió á Waverley del brazo, y se lo llevó á que viera sus preparativos militares.

CAPITULO IV.

Sigue el mismo asunto.

Fergus Mac-Ivor poseía demasiado tacto y delicadeza para renovar el punto que había interrumpido. Tenía, ó aparentaba tener la cabeza tan llena de fusiles, sables, gorras, cartucheras y vestuarios, que Waverley no pudo por algun rato llamarle la atención á otros asuntos.

„Parece, Fergus, que muy pronto vais á entrar en campaña, pues tomáis con tanto calor estos preparativos marciales.”

„Cuando os hayais resuelto á ir conmigo, lo sabreis todo; porque si no es así, lo que se os diga puede perjudicaros.”

„¿Y qué de veras intentais sublevaros contra un gobierno establécido, con fuerzas tan insignificantes? Esa es locura positiva.”

„*Laissez faire à Don Antoine.* Yo sabré cuidar-me. Por lo ménos haré lo que Conan, que jamas llevó un porrazo sin dar otro. No querría, sin embargo, me creyeseis tan majadero que me moviese ántes de ver una oportunidad favorable: no á fe; no soltaré mi perro hasta que salte el venado.— Pero en fin, ¿os unís con nosotros, y entónces todo lo sabreis?”

„¿Cómo puedo hacer eso yo, que hasta hoy he conservado un empleo, cuya aceptación implicaba una promesa de fidelidad y un reconocimiento de la legalidad del gobierno?”

„Una promesa imprudente no es una esposa de acero, y puede uno quitársela de encima; especialmente cuando se dió por engaño, y se ha pagado con insultos. Pero si no os podeis resolver inmediatamente á emprender una venganza gloriosa, volveos á Inglaterra, y ántes que paseis el Tweed, oiréis noticias que revolverán el mundo, y si Sir Everardo es un caballero viejo y guapo, como dicen algunos de nuestros honrados amigos del año de 1715, pronto os proporcionará una compañía de caballería mas brillante y una causa mejor que la que habeis perdido.”

„Pero vuestra hermana, Fergus?”

„Hiperbólico demonio! cómo afliges á este desdichado! Qué! ¿no podeis hablar mas que de mugeres?”

„Hablemos con formalidad, querido amigo. Conozco que la dicha de mi vida futura pende de la respuesta que dé Miss Mac-Ivor á lo que osé decirle esta mañana.”

„¿Y hablais de veras, ó estamos en la tierra de las novelas y ficciones?”

„De veras, muy de veras. ¿Cómo suponéis que sea yo capaz de chancearme en tales asuntos?”

„Pues entónces os digo muy de veras que me alegro muchísimo de saberlo; y tengo tan alto concepto de Flora, que vos sois el único inglés por quien pudiera decirlo. Pero ántes de que me apreteis la mano con tanto fervor, hay que ver otras cosas. ¿Aprobará vuestra familia que os enlaceis con una noble pordiosera montañesa?”

„La situacion de mi tío, sus opiniones generales, y su indulgencia uniforme para conmigo, me

autorizan á decir que en este particular solo buscará el nacimiento y las cualidades personales. Y ¿dónde las podré hallar unidas con tal excelencia como en vuestra hechicera hermana?"

„Oh! en ninguna parte! *cela va sans dire*.— Pero tambien deberéis consultar á vuestro padre."

„Sin duda, pero su rompimiento reciente con el gobierno disipa mis temores de que se oponga, mucho mas cuando estoy seguro de tener en mi tio un abogado celoso."

„Aunque no somos católicos intolerantes ni fanáticos, acaso la religion...."

„Mi madre era católica romana, y nunca se lo llevó á mal mi familia.—No penseis en mis amigos, querido Fergus, y dirigid mas bien vuestro influjo en mi favor á donde pueda necesitarse mas para vencer obstáculos, quiero decir, á vuestra amabilísima hermana."

„Mi amabilísima hermana, como su amante hermano, se inclina á tener su voluntad propia y decisiva, á la cual teneis que sujetaros en el caso presente; pero no os faltarán mis empeños ni mis consejos. En primer lugar, os haré una advertencia: la lealtad es la pasion dominante de Flora, y desde que pudo deletrear un libro ingles, ha estado enamorada locamente de la memoria del bizarro capitán Wogan, que abandonó el servicio del usurpador Cromwell para unirse á las banderas de Carlos II, marchó con unos cuantos dragones desde Londres á las montañas donde se unió con Middleton, que sostenia su partido, y al fin murió gloriosamente defendiendo la causa real. Decidla que os enseñe los versos que ha hecho

sobre su historia y muerte, que os aseguro han sido muy celebrados. En seguida . . . — Mas creo que he visto pasar á Flora, y que va con direccion á la cascada. Seguidla, pues, seguidla! No deis tiempo á la guarnicion para que se afirme en sus propósitos de resistencia. *Alerte à la muraille.* Buscad á Flora, que os resuelva luego, y Cupido vaya con vos, miéntas yo marchó á tratar de cartucheras y tahalies."

Dirigióse Waverley á la barranca, agitado por una palpitation ansiosa. El amor y toda su comitiva poética de esperanzas, temores y deseos, se mezclaba con otros afectos de naturaleza ménos definible. No podia ménos de recordar la mutacion que aquella mañana habia producido en su suerte, y la complicacion de circunstancias que le esperaba. La aurora le habia visto poseedor de un empleo distinguido en la honrosa carrera de las armas, y con un padre que al parecer se elevaba rápidamente al favor de su soberano: todo se habia disipado ya cual sueño; veíase infamado, desgraciado su padre, y habia venido á ser por lo ménos involuntario confidente, si no cómplice, de planes tenebrosos, profundos, llenos de peligros, y que debian producir la subversion del gobierno á que tan recientemente habia él servido, ó la destruccion de todos los que habian participado en ellos. Aunque Flora prestase oido favorable á sus amores, ¿podian esperar una terminacion feliz entre el tumulto de una insurreccion inminente? ¿Podria él proponerla que abandonase á Fergus, su hermano tan querido, y retirándose con él á Inglaterra, esperase como espectadora distante, el buen

éxito de su empresa, ó la ruina de todas sus esperanzas y fortuna? O al contrario, ¿se debería empeñar sin mas auxilio que el de su brazo en los planes precipitados y peligrosos del caudillo, dejarse arrebatado por él en todos sus movimientos impetuosos y desesperados, renunciando casi la facultad de juzgar ó decidir sobre la rectitud ó prudencia de sus acciones? Esta segunda alternativa era poco grata al orgullo secreto de Waverley. Empero no quedaba otro recurso, á no ser que Flora rechazara sus obsequios, lo que no podia pensar sin agonía mental en la exaltacion que experimentaba su ánimo. Atormentado por la consideracion del porvenir incierto y peligroso que tenia delante, llegó por fin á la cascada, junto á la cual estaba sentada Flora, como Fergus habia pensado.

Estaba sola, y luego que vió acercarse á Waverley, se levantó y le salió al encuentro. Eduardo intentó promover una conversacion indiferente y ordinaria, pero le fué imposible. Flora pareció al principio tan embarazada como él; pero cobró mas pronto su firmeza, y fué la primera que volvió al asunto de su última entrevista, lo que fué de agüero poco favorable á las pretensiones de nuestro héroe. Mr. Waverley le dijo: „Me parece muy importante no dejaros en duda sobre mis sentimientos.”

„Oh! no os apresureis á decirme los, á ménos que sean los que temo no deber esperar por vuestro semblante y tono. Dejad que el tiempo.... mi conducta futura.... el influjo de vuestro hermano....”

„Perdonadme, Mr. Waverley. Yo incurriria en mi propia censura si os ocultara por mas tiempo la sincera conviccion en que estoy de que jamas puedo miraros sino como un amigo muy estimado. Os haria la mayor injusticia si os disimulara mis sentimientos por un instante solo. Veo que os aflijo, y me es muy doloroso; pero mas vale ahora que despues, y es mejor mil veces, Mr. Waverley, que sufrais un disgusto momentáneo, y no las prolongadas pesadumbres que resultan de un matrimonio desigual é imprudente!”

„¡Gran Dios! ¡pero por qué preveis tales consecuencias de una union en que el nacimiento es igual, la fortuna favorable, y, si me atrevo á decirlo, semejantes las inclinaciones, cuando no preferis á otro, y aun expresais una opinion favorable al hombre que despedis?”

„Sí, Mr. Waverley, tengo de vos esa opinion favorable, y tanto que si bien querria callar los motivos de mi resolucion, os los diré, si exigis esa prueba de mi estimacion y confianza.”

Sentóse en una peña, y colocándose junto á ella Waverley, la pidió con la mas viva ansiedad aquella explicacion que ofrecia.

„Apénas oso, dijo Flora, descubrir os mis afectos, porque difieren mucho de los comunes á las personas de mi edad y sexo; y apénas me atrevo á tratar de los que creo teneis, porque temo ofenderos, cuando solo quisiera consolaros. Desde mi niñez hasta hoy, solo he tenido un deseo, y es la restauracion de mis reales bienhechores á su legítimo trono. No puedo expresar os la devocion de mis afectos en este particular, y os confesaré fran-

camente que ocupa mi ánimo en grado tal, que excluya de él todo pensamiento de lo que comunmente llaman tomar estado. Viva yo para ver el día de esa feliz restauracion, y una choza montañesa, un convento de Francia ó un palacio ingles, me serán igualmente indiferentes para lo futuro!"

„Pero, idolatrada Flora, ¿por qué es incompatible con mi ventura vuestro zelo entusiasta en favor de la familia desterrada?

„Porque buscáis ó debeis buscar en el objeto de vuestro cariño un corazon que cifre su principal deleite en aumentar vuestra felicidad doméstica, y corresponder á vuestro amor, aun con el entusiasmo de una heroína de novela. Flora Mac-Ivor pudiera contentar, si no hacer feliz, á un hombre de sensibilidad ménos viva, y de carácter ménos tierno y exaltado; porque pronunciadas una vez las palabras irrevocables, jamas olvidaria los deberes que habia contraído."

„Y por qué, por qué, Miss Mac Ivor, os reputaréis tesoro mas precioso para quien sea ménos capaz que yo de amaros y de admiraros?"

„Porque el tono de nuestros afectos seria mas conforme, y porque su sensibilidad ménos delicada no exigiria una correspondencia de entusiasmo que me es imposible. Pero vos, Mr. Waverley, os fijaréis en la idea de ventura doméstica que sea capaz de pintaros vuestra imaginacion, y cuanto no llegue á esa representacion ideal, os parecerá frialdad ó indiferencia; al paso que mi entusiasmo por el triunfo de la familia real, os parecerá una defraudacion de la correspondencia debida á vuestro cariño."

„Mas claro, Miss Mac-Ivor, no podeis amarme.”

„Pudiera estimaros, Mr. Waverley, igualmente acaso mas que á cualquier hombre de los que he conocido; pero no amaros como vos mereceis. Por vuestro mismo interes no debeis desear tan peligroso experimento. La muger con quien os unais debe tener afectos y opiniones que se amolden á los vuestros. Sus estudios deben ser los vuestros; sus deseos, sus sentimientos, sus esperanzas, sus temores, deben mezclarse todos con los vuestros. Ella debe realzar vuestros goces, participar de vuestras penas, y alegrar vuestra melancolia.”

„Y vos, Miss Mac-Ivor, que tambien sabeis describir una union venturosa, ¿por qué no podréis ser la persona misma que pintais?”

„¿Es posible que no me hayais entendido? ¿No os dije ya que las sensaciones mas vivas de mi mente se hallan inmutablemente fijas en un acontecimiento, en el cual solo puedo influir con mis fervientes oraciones?”

„Y accediendo á mis votos ¿no podriais aun favorecer la causa á que os habeis consagrado? Mi familia es rica y poderosa, inclinada por sus principios á la casa de Stuart, y si una oportunidad favorable....”

„Una oportunidad favorable! inclinada por sus principios....!—¿Y adhesion tan mezquina puede haceros honor, ó ser satisfactoria á vuestro legitimo soberano! Inferid por mis sentimientos actuales cuánto deberia sufrir viéndome ligada con una familia que sujeta á fria discusion los derechos que yo juzgo mas sagrados, y no los crée dignos

de su apoyo, sino cuando ya sin él se hallen próximos al triunfo!"

„Vuestras dudas, replicó Waverley sin vacilar, son injustísimas respecto de mí. Cuando yo abraze una causa, sea la que fuere, osaré sostenerla entre los mayores peligros, con igual decision á la del mas valiente que por ella desenvaine su espada.”

„No lo dudo, respondió Flora. Pero consultad á vuestra razon y buen juicio, mas bien que á una inclinacion producida en vuestro pecho por el encuentro de una jóven agraciada en una situacion solitaria y novelesca. El papel que hagais en este grande y peligroso drama debe ser resultado de vuestra conviacion libre, y no de un afecto precipitado y probablemente pasagero.”

Waverley quiso replicar, pero le faltó la voz. Los sentimientos de Flora justificaban la fuerza de su afecto; porque aun su lealtad, aunque exagerada y entusiasta, era generosa y noble, y desdeñaba el uso de medios indirectos para servir á su causa.

Despues que anduvieron en silencio un corto espacio, continuó Flora la conversacion. „Una palabra mas, Mr. Waverley, ántes que dejemos para siempre este asunto; y perdonad la osadía con que la doy el tono de consejo. Mi hermano Fergus desea con ansia que os unais á él en su empresa actual. No lo hagais: vuestros esfuerzos aislados no podrian asegurarle el triunfo, y participariais inevitablemente de su ruina, si Dios la tiene decretada. Tambien vuestra honra padeceria un perjuicio irreparable. Permitidme, pues su-

plícaros que os volvais á vuestro país; y cuando públicamente os veais libre de todo vínculo para con el gobierno usurpador, confío que hallaréis motivos y oportunidad para servir eficazmente á vuestro injuriado soberano; poniéndoos al frente de vuestros subalternos y adherentes naturales, como vuestros nobles abuelos, y mostrándoos representante digno de la casa de Waverley-Honour."

"Y si tuviera la fortuna de distinguirme, ¿no podría esperar...?"

"Dispensad que os interrumpa. Solo nos pertenece el tiempo presente, y yo solo puedo manifestaros con candor mis sentimientos actuales: sería trabajo inútil aun el conjeturar las alteraciones que en ellos podría producir una serie de sucesos demasiado favorables, para que deban esperarse. Pero estad seguro, Mr. Waverley, de que despues de la honra y dicha de mi hermano, por ningunas otras oraré con mas sinceridad que por las vuestras."

Al concluir estas palabras se apartó de él, pues habian llegado ya al punto en que se dividian los dos senderos. Waverley llegó al castillo entre un tumulto de pasiones encontradas. Evitó el hallarse á solas con Fergus, porque se conocia incapaz de sufrir sus burlas, ni de negarse á sus solicitudes. La rústica algazara de los convites que seguia dando Mac-Ivor á su clan, le sirvió en cierto modo para embotar sus reflexiones dolorosas. Cuando terminó el banquete, empezaba á considerar el modo con que debia tratar á Miss Mac-Ivor, despues de la explicacion intere-

sante y penosa de aquella mañana. Mas no se presentó Flora. Centellearon los ojos de Fergus cuando anunció Catalina que su señora no salía de su cuarto aquella tarde, y él mismo partió á buscarla; mas parece que sus esfuerzos fueron inútiles, pues volvió con el rostro inflamado, y manifiestos síntomas de enojo. Pasóse el resto de la tarde y noche sin que ni Fergus ni Waverley tocasen el punto que ocupaba la mente del último, y acaso de ambos.

Retirado por fin Eduardo á su aposento, procuró resumir los acontecimientos del día y sus resultados. Era evidente que Flora persistía por entónces en su negativa. Mas ¿no podría esperar éxito mas favorable cuando las circunstancias le permitieran renovar su galanteo? ¿El entusiasmo de lealtad que en aquel momento no dejaba lugar á pasiones mas dulces, sobreviría con toda su fuerza exclusiva á la victoria ó desgracia de las actuales maquinaciones políticas? Y en tal caso, ¿podría esperar que el interes que ella misma le confesaba tener en favor suyo, se convirtiese en un afecto mas ardiente? Esfórzose á recordar todas las palabras de Flora, y todas las miradas y gestos que las habian dado valor, y acabó por encontrarse en el mismo estado de incertidumbre que al principio. Era ya muy tarde cuando el sueño vino á calmar el tumulto de su ánimo, despues del dia mas doloroso y agitado de su vida.

CAPITULO V.

Una carta de Tully-Veolan.

Por la mañana, cuando la agitacion mental de Waverley habia ya cedido al sueño, vino á deleitar el suyo cierta música, pero no la voz de Selma. Imaginábase restituído á Tully-Veolan, y que oia cantar en el patio á Davie Gellatly aquellos maitines que eran por lo comun los primeros sonidos que le despertaban cuando era huésped del Baron de Bradwardine. Las notas que sugerian aquella vision iban siendo mas y mas fuertes, hasta que Eduardo despertó atónito. Sin embargo, la ilusion no parecia completamente desvanecida. Hallóse en la fortaleza de Ian nan Chaistel, pero no le fué posible desconocer la idéntica voz de Davie Gellatly, que seguia el canto bajo de su ventana. Curioso de saber el motivo que habia determinado á Mr. Gellatly á emprender una excursión tan lejana, empezó Eduardo á vestirse de prisa, durante cuya operacion continuaba la música de Davie, variando mas de una vez su trono.

Cuando Waverley acabó de vestirse y salió, encontró á David asociado con dos ó tres de los numerosos holgazanes montañeses que siempre adornaban con su presencia las puertas del castillo, y estaba danzando y haciendo cabriolas alegremente, al compas de las tonadas que silvaba. Continuó con este doble carácter de bailarín y músico, hasta que un gaitero ocioso que obser-

vaba su zelo, obedeció al grito unánime de *Señ sus* (¡toca!), y le alivió de la última parte de su tarea. Mezcláronse entónces en la danza viejos y jóvenes, segun podian hallar compañeras. La presencia de Waverley no interrumpió el ejercicio de Gellatly, aunque con algunos gestos, guiñadas y cortesias, procuró hacerle entender que lo habia conocido. En seguida, mientras parecia mas afanado en sus brincos y vueltas, y en tocarse con los dedos en la cabeza, prolongó de repente su paso oblicuo, hasta llegar junto á Eduardo, y sin perder el compas de la música, como los arlequines de las pantomimas, le puso una carta en la mano, y continuó sin intermision ni pausa sus evoluciones saltatorias. Waverley advirtió que el sobrescrito era de letra de Rosa, y se retiró á leerla, dejando al fiel portador que continuara su ejercicio, hasta que él ó su gaitero se cansasen.

Sorprendióle mucho el contenido de la carta. Originalmente decia al principio: *Querido Señor mio*; pero la primera palabra se habia raspado luego cuidadosamente. Darémos lo demas en el mismo language de Rosa.

„Temo dar un paso impropio con dirigirme á vos; pero á ningun otro puedo encargar que os comunique algunas cosas ocurridas aquí últimamente, y que creo indispensable sepais. Perdonadme si en esto hago mal, porque ¡ay! Mr. Waverley, no tengo ya quien me aconseje, mas que mi propio corazon: mi querido padre se ha marchado, y solo Dios sabe cuándo podrá volver á protegerme y ampararme. Probablemente vos ha

sabido que á consecuencia de algunas malas noticias de las montañas, se han librado órdenes para prender á varios caballeros de estas inmediaciones, y entre otros á mi amado padre. A pesar de todas mis lágrimas y ruegos para que se entregase al gobierno, se juntó con Mr. Falconer y algunos otros señores, y se fueron todos hácia el norte, con cosa de cuarenta hombres de á caballo. Así no me apuro tanto por su seguridad inmediata como por lo que puede seguirse, pues estos alborotos empiezan ahora. Pero todo esto no os interesa, Mr. Waverley, y solo creí gustariáis de saber que mi padre se habia escapado, en caso de haber oido que estaba en riesgo.

Pero al otro dia de haberse fugado mi padre, vino un destacamento de soldados á Tully-Veolan, y trataron muy mal al Bailió Macwhaeble; pero el oficial estuvo muy cortes conmigo, diciéndome que su deber le obligaba á buscar las armas y papeles que hubiese. Mi padre lo habia prevenido, llevándose todas las armas, ménos las antiquísimas inútiles que estaban colgadas en la sala, y poniendo en salvo todos los papeles. Mas ¡oh Mr. Waverley! ¡cómo habré de decirlos que os buscaban apretadamente, y preguntaron cuándo habíais estado en Tully-Veolan, y dónde estabais ahora! El oficial se ha ido con su tropa, pero han quedado en casa cuatro hombres y un cabo, como de guarnición. Hasta ahora se han portado muy bien, porque nos vemos forzados á tenerlos contentos. Pero estos soldados han dejado entender que os veréis en mucho peligro si os cogen; no puedo re-

sol verme á repetir las infamias que dicen de vos, porque estoy segura de que son embustes; pero vos sabreis mejor lo que debéis hacer en el caso. Los que se fueron se llevaron preso á vuestro criado con vuestros dos caballos y todo lo que dejasteis en Tully-Weolan. Espero que os protegerá Dios, y volveréis sano y salvo á Inglaterra, donde me habeis dicho varias veces que no se permiten violencias militares, ni que los clanes se hagan la guerra, sino que todo se hace por una ley igual, que protege á las personas inocentes y pacíficas. Espero que veréis con indulgencia la libertad que me tomo al escribiros, cuando me parece, aunque tal vez sin fundamento, que están comprometidas vuestra honra y seguridad. Estoy segura de que mi padre aprobaria el que os escribiese, ó al ménos lo creo así; porque Mr. Rubrick ha huido á refugiarse en casa de su primo en el Duchran, para no estar en riesgo con los soldados y los whigs, y el Bailío Macwheebie dice que no gusta de meterse en negocios ajenos, aunque yo no creo sea intrusion lo que en un tiempo como este pueda servir al amigo de mi padre. A Dios, capitán Waverley: ya no volveré á veros probablemente, porque seria muy impropio el invitaros á que volviéseis á Tully-Weolan en estas circunstancias, aun cuando los soldados se marchasen; pero siempre recordaré con gratitud la bondad con que estuvisteis enseñando á tan triste discípula, y vuestras atenciones para con mi amadísimo padre. Quedo vuestra reconocida y servidora.—Rosa Comyne Bradwardine.

P. S. Espero me pongais un renglon con Da-
Tom. II.

vie Gellatly, solo para decirme que habeis recibido esta, y cuidaréis de vuestra seguridad; y perdonad si por vuestro mismo bien os suplico no os enredeis en ninguna de estas infaustas intrigas, sino que á la mayor brevedad posible os volvais á vuestra casa y á vuestro dichoso pais. Mis expresiones á mi querida Flora y á Glennaquoich. ¿No es Flora tan linda y de tanto mérito como os dije?"

Así terminaba la carta de Rosa Bradwardine, cuyo contenido sorprendió y enterneció á Waverley. Que el Baron hubiese incurrido en la sospecha del gobierno, cuando se movian los partidarios de la casa de Stuart, parecia solo una consecuencia natural de sus predilecciones políticas; mas no podia comprender como él, Waverley, era tambien objeto de iguales sospechas, cuando hasta el dia anterior jamas habia abrigado ni un pensamiento doméstico contra la prosperidad de la familia reinante. Sus huéspedes en Tully-veolan y Glennaquoich habian respetado sus compromisos con el gobierno existente, y aunque tenia datos accidentales para contar al Baron y al caudillo entre los caballeros descontentos que todavia eran numerosos en Escocia, con todo, ántes que su destitucion le separase del ejército, no habia tenido motivo para suponer que preparaban alguna tentativa inmediata y hostil contra el gobierno. Veia, sin embargo, que á ménos de resolverse de una vez á abrazar la propuesta de Fergus Mac-Ivor, le importaba muchísimo salir cuanto ántes de aquellas inmediaciones sospechosas, y presentarse en algun parage donde su conducta pudiera examinarse imparcial y satisfacto-

piamente. Determinóse á tomar este partido, siguiendo el consejo de Flora, tanto por esto como porque sentia inexplicable repugnancia á tomar parte en la plaga de la guerra civil. Cualesquiera que fuesen los derechos originales de los Estuardos, su razon le dictaba que ya pudiese ó no Jacobo II perder los de su posteridad, habia perdido justísimamente los suyos, por la voz unida de la nacion entera. Despues de aquel periodo habian regido cuatro monarcas á la gran Bretaña con paz y gloria, sosteniendo y aumentando en el exterior el lustre de la nacion, y en el interior sus libertades. ¿Deberia, pues, trastornarse un gobierno tan bien establecido por tantos años, y hundir á un reino en todos los horrores de una guerra civil, para restablecer en el trono á los descendientes de un rey que lo habia perdido por culpa suya? Por otra parte, si su conviccion final de la justicia de aquella causa, ó los mandatos de su padre ó tio lo hacian decidirse por los Estuardos, todavsa necesitaba vindicar su honor, probando que miéntras sirvió al monarca reinante no habia dado paso alguno al efecto, como falsamente parecia insinuarse.

La tierna sencillez de Rosa y su anhelo por su seguridad, el considerar su abandono, y el terror y los peligros á que se hallaba expuesta, hicieron fuerte impresion en su ánimo, y al punto la escribió, dándola gracias en los términos mas expresivos por su afectuoso cuidado, manifestándole el mayor interes por su suerte y la de su padre, y asegurándole de que él no se hallaba en peligro. Los afectos que en él produjo aquella ocupación

cedieron muy luego á la necesidad de despedirse de Flora Mac-Ivor, acaso para siempre. El dolor de esta reflexion fué para él inexplicable, porque el carácter elevado y noble de Flora, su consagracion á la causa que habia abrazado, unida á su escrupulosa rectitud sobre los medios de servirle, habian justificado ante su juicio la eleccion de sus pasiones. Pero el tiempo urgía, la calumnia estaba desgarrando su reputacion, y cada hora de tardanza la proporcionaba nuevos medios para destruirla. Debía, pues, partir al instante.

Con esta resolucion buscó a Fergus, y le comunicó la carta de Rosa y su determinacion de ir al punto á Edimburgo, buscar allí alguna de las personas de influjo á quienes lo habia recomendado su padre, y poner en sus manos sus descargos contra cualquier acusacion que le hubiesen hecho.

„Vais á meter la cabeza en la boca del Leon,” respondió Mac-Ivor. Aun no comprendéis la severidad de un gobierno azorado por temores justos y por el convencimiento de su ilegitimidad ó inseguridad. Al fin tendré que sacaros de algun calabozo en el castillo de Stirling ó en el de Edimburgo.”

„Mi inocencia, mi clase, la intimidad de mi padre con Lord M.—, el general G.—.&c. bastarán á protegerme.”

„Ya veréis que sucede todo lo contrario: haré hacer á esos caballeros con cuidado de sí propios. Por último, ¿queréis tomar el capote montañés, y quedaros un poco de tiempo conmigo entre nieblas y cuervos, sirviendo á la mejor cau-

sa en que jamás se desenvainó espada alguna?"

„Por muchas razones, querido Fergus, debeis excusarme."

„Bien: si os empeñais en ello, ciertamente os hallaré ejercitando vuestros talentos poéticos en hacer elegías á una mazmorra, ó en investigaciones de anticuario para descubrir alguna geroglífico púnico en la clave de alguna bóveda primorosamente arqueada. ¡O qué decís de *un petit pendement bien joli*, contra cuya desagradable ceremonia no os aseguro, si os encontráis con alguna cuadrilla de whigs armados?"

„¿Y por qué me han de tratar así?"

„Por cien razones poderosísimas: primera, que sois inglés; segunda, que sois un caballero; tercera, que sois un prelatista abjurante; y cuarta, que ha mucho no han tenido oportunidad para ejercitar vuestros talentos en esa materia. Pero no me pongais esa cara tan triste, todo se hará en el santo temor de Dios."

„Bien; debo correr mi suerte."

„Conque por fin ¿estais determinado?"

„Lo estoy."

„El que es porfiado se sale con la suya.—Pero no podeis ir á pie, y yo no he de necesitar caballo, pues debo marchar á pie á la cabeza de los hijos de Ivor: os llevaréis, pues, al castaño Dermidio."

„Si quereis vendérmelo, os lo agradeceré muy mucho."

„Si vuestro altivo corazón inglés repugna un préstamo ó un regalo, yo no repugnaré dinero cuando voy á entrar en campaña: su previsión,

veinte guineas. (Acuérdate, lector, que esto fué ahora sesenta años.) ¡Y cuándo pensais marchar?"

„Lo mas pronto será lo mejor."

„Decis bien, puesto que debeis iros, ó mejor dicho, quereis iros: yo os acompañaré hasta Bally-Brough en la jaca de Flora.—Callum-Beg, ensilla nuestros caballos y una jaca para tí, pues debes acompañar á Mr. Waverley y llevarle su maleta hasta—— (nombrando una poblacion pequeña), donde podrá tomar un caballo y un guia para seguir hasta Edimburgo. Pónte un traje de llanero, Callum, y cuidado que te amarres la lengua, si no quieres que yo te la corte: Mr. Waverley va en Dermidio." Volviéndose luego á Eduardo, le preguntó: „¿Qué no os despedireis de mi hermana?"

„Sin duda.... esto es, si Miss Mac-Iver me hace el honor de permitírmelo."

„Catalina, dí á mi hermana que Mr. Waverley desea mucho decirle A Dios ántes de dejarnos.— Pero Rosa Bradwardine.... es fuerza pensar en su situacion. Ojalá estuviese aquí.... — ¡Y por qué no? En Tully-veolan no hay mas que cuatro casacas coloradas, y sus fusiles nos vendrian perfectamente."

Eduardo no dió respuesta alguna á estas observaciones de Fergus: sus oidos las recibian; pero su alma estaba embebida esperando ver entrar á Flora. Abriose la puerta.... Era Catalina con las excusas de su señora, y sus deseos afectuosos por la salud y dicha del capitan Waverley.

CAPITULO VI.

Recibimiento de Waverley en los llanos, despues de su paseo por las montañas.

ERA ya medio dia cuando los dos amigos llegaron á la cumbre del paso de Bally-Brough. No debo pasar de aquí, dijo Fergus Mac-Ivor, que durante la jornada habia hecho esfuerzos inútiles para reanimar á su amigo. „Si mi descabezada hermana tiene alguna parte en vuestro abatimiento, creedme que os estima cual mereceis, aunque su anhelo presente por la causa pública no la permita pensar en otras cosas. Vuestros intereses quedan á mi cargo, y no os faltaré, con tal que no volvais á tomar aquella vil cuarda.”

„No temais eso, pues ya visteis de qué modo me la quitaron. A Dios, Fergus; no dejéis que vuestra hermana me olvide.”

„A Dios, Waverley: quizá pronto la oiréis mentar con otro título mas elevado. Volveos á casa, escribid cartas, y á la mayor brevedad posible juntad los amigos que podais. Si no me engañan mis avisos de Francia, pronto aparecerán huéspedes inesperados en la costa de Suffolk.”

De este modo se despidieron los dos amigos. Fergus se volvió á su castillo, y Eduardo, seguido por Callum Beg, que estaba ya transformado de piés á cabeza en un page de los llanos, continuó su camino para el pueblo de—

Agitaban á Eduardo los sentimientos doloro-

sos, aunque no del todo amargos, que producen en un amante joven la separacion y la incertidumbre. No sé si las señoras entienden todo el influjo de la ausencia, ni creo prudente inculcársela, no sea que se les antoje de nuevo deterrar á sus amantes, como las Clelias y Mandanes antiguas. Es cierto que la distancia produce en idea el mismo efecto que en la perspectiva física. Presta suavidad, redondez y doble gracia á los objetos; embota los puntos mas duros y ordinarios de los caracteres, y hace resaltar los contornos que indiquen sublimidad, gracia y belleza. Tambien en el horizonte mental hay, como en el natural, sus nieblas, que ocultan lo ménos grato en los objetos distantes, y sus luces gratas que derraman glorioso esplendor sobre los puntos á los que puede hacer favor una iluminacion brillante.

Waverley olvidó las preocupaciones de Flora Mac-Ivor en favor de su magnanimidad, y casi perdonó la indiferencia con que habia recibido la manifestacion de sus afectos, al recordar el objeto grande y decisivo que parecia llenar toda su alma. Quando su deber y gratitud la habian empenado con tal extremo en la causa de sus bienhechores, ¿cuáles no serian sus afectos hácia el hombre feliz que tuviera la dicha de excitarlos? Seguia luego la dudosa cuestion de si él podria ser ese hombre venturoso, cuestion que su imaginacion procuraba responder afirmativamente, conjurando todo lo que ella habia dicho en elogio suyo, con la adicion de un comentario mucho mas lisonjero de lo que el texto per-

mitia. Todo se reducía á lugares comunes, á expresiones ordinarias de cortesía; pero él lo fundía y alteraba á su gusto en aquellos sueños de su fantasía, que solo recordaban ventajosamente los puntos de gracia y dignidad que distinguían á Flora Mac-Ivor de la generalidad de su sexo, y no los que la eran comunes con ella. En fin, se hallaba Eduardo próximo á convertir en diosa á una joven bella, de talento y noble espíritu, y perdía el tiempo en fundar castillos en el aire, hasta que al bajar una cuesta pendiente, vió ante sí el pueblo de...

La crianza montañesa de Callum Beg (y entre paréntesis advertiremos que pocas naciones pueden gloriarse de tener tanta cortesía natural como los montañeses), no le habia permitido que perturbase las cavilaciones de nuestro héroe. Mas viendo que al divisar la poblacion se enderezaba en la silla, se le acercó algo mas Callum, diciéndole „que cuando llegasen á la posada, esperaba que su merced no dijera una palabra de Vich Ian Vorh, porque aquellas gentes eran furiosos whigs, mal rayo los parta!”

Waverley aseguró al prudente page que tomaría su consejo, y como ya distinguía, no un verdadero toque de campanas, sino un rumor semejante al golpeo de un martillo contra el costado de un caldero verde y mohoso que pendía boca abajo en una barraca, igual en tamaño y aspecto á una jaula de loro, erigida para adornar el ángulo oriental de un edificio que parecía un pajar viejo, preguntó á Callum Beg si era domingo.

„No puedo responderos con seguridad, pues el domingo rara vez pasa de Bally-Brough.”

Sin embargo, cuando entró al pueblo y se dirigió á la casa que tenia mas apariencia de posada, salió del pajar un torrente de viejas con vestidos de barragan y capotes colorados, que iban discutiendo los méritos comparativos del bendito jóven Jabesh Rentowel y del vaso escogido Maister Goukthrapple, en cuya vista aseguró ya Callum á su amo temporal „que ó era el mero domingo, ó el domingo chico del gobierno, que llamaban dia de ayuno.”

Apearóense en una posada que tenia por insignia un candelero de oro con siete brazos, adornado con un mote hebreo, para la mayor edificacion de los caminantes, y los recibió el huésped, hombre alto, flaco, de figura completamente puritánica, que parecia luchar con sus escrúpulos sobre si debia ó no dar posada á los que viajaban en aquel santo dia. Por fin, habiendo reflexionado probablemente que tenia en su mano multarlos por tal irregularidad, y que podian evitar tan justa pena con pasarse al meson de Gregorio Duncanson, cuya insignia distintiva era un montanes, condescendió el venerable Mr. Evenerzer Cruickshanks en admitirlos bajo su techo.

Dirigiose Waverley á esta santificada persona para que le buscara un guia de á caballo que le llevara su maleta hasta Edimburgo.

„¿Y de dónde venis? preguntó el del candelero.

„Os he dicho á donde quiero ir, y creo que ni el guia ni su caballo necesitarán mas instruccion que esa.”

„Hem! Hem! repuso el del candclero, algo desconcertado con aquel tapaboca. „Hoy es dia de ayuno general, señor mio, y yo no puedo ocuparme con tratos carnales en un dia como este, en que las almas deben estar humilladas, y volver sobre si los apóstotas, como dijo el digno Maister Goukthrapple; y cuando ademas, segun observó el precioso Maister Yabesh Rentowel muy bien, estaba la tierra cubierta de luto, al ver los pastos quemados, rotos y sepultados.”

„Buen amigo, si no podeis proporcionarme el caballo y guia que necesito, irá mi criado á buscarlos por otra parte.”

„Está muy bien! ¿Vuestro criado? Y ¿por qué no seguís el viaje con él?”

Waverley tenia en sí cortísima dosis del humor de un capitan de dragones, quiero decir, del humor que me ha protegido, cuando en alguna diligencia he topado con algun militar, que generosamente ha tomado á su cargo disciplinar á los sirvientes de las posadas, y ajustar las cuentas á los dueños. Sin embargo, durante su servicio militar habia adquirido nuestro héroe alguna parte de ese talento tan útil, que se le empezó á levantar seriamente con tan grosera provocacion. „Escuchad, señor mio: he venido aquí por mi comodidad, y no para contestar preguntas impertinentes. Decidme si podeis buscarme ó no lo que necesito; y en uno ú otro caso haré lo que me convenga.”

Mr. Ebenezer Cruickshanks se salió murmurando algunas palabras indistintas, sin que Eduardo pudiese penetrar si expresaban equiescen-

cia ó negativa. La huéspedada que era una mujer bien criada, quieta y laboriosa, vino á pedirle órdenes sobre la comida; pero rehusó dar respuesta alguna respecto del caballo y guía, pues parecia que la ley sálica se extendia á las caballerizas del candelero de oro.

Desde una ventana que dominaba el patio estrecho y oscuro en que Callum Beg desensillaba los caballos, oyó Waverley el siguiente diálogo entre el astuto page de Vich Ian Vohr y su huésped.

„Vos seréis del norte, jóven, ¿no es verdad?“ empezó el último.

„Decís muy bien, respondió Callum.“

„Y habeis hecho hoy una jornada larga, no?“

„Tan larga, que me vendria de perlas un buen trago.“

„Muger, trae acá el frasco pequeño.“

Despues de algunos cumplimientos propios del caso, el patron del candelero de oro, creyendo haber abierto el corazon de su huésped con aquella propiciacion hospitalaria, continuó su escrutinio.

„Mas allá del Paso ¿no teneis aguardiente mejor que este?“

„Yo no vivo mas allá del Paso.“

„Pues pareceis montañes por el acento.“

„No; soy de un lado de Aberdeen.“

„¿Y vuestro amo vino de Aberdeen con vos?“

„Sí; esto es, cuando yo salté de allá, respondió al impenetrable Callum Beg.“

„¿Y qué casta de sujeto es?“

„Creo que es uno de los empleados grandes“

del rey Jorge; á lo ménos, va para el Sur; y tiene harta plata, y nunca le regatea nada á ningun pobre, ni disputa por gastos de friolera."

"¿Necesita un guia de á caballo para Edimburgo?"

"Sí; y bien podeis buscárselo."

"¿Hem! podrémos apretarle la mano."

"¡Oh! no hace caso de eso."

"Bien, Duncan.... —¿No me dijiste que te llamabas Duncan?"

"No, hombre. —Jaime, Jaime Steenson, ya os lo dije ántes."

Este último quite acabó de rechazar á Mr. Cruickshanks, que aunque no muy satisfecho con la reserva del amo ni con la charlatanería del mozo, se contentó con hacer á la cuenta del meson y al alquiler del caballo un recargo equivalente al tamaño de su frustrada curiosidad. Tampoco olvidó para subir los precios la circunstancia de ser día de ayuno, y sin embargo, todo ello no importó mucho mas del doble de lo que debía ser justamente.

Poco despues anunció Callum Beg en persona á Waverley la ratificación del tratado, añadiendo „que el diablo viejo se disponia á ir él mismo con Duinhe-wasell."

"Eso, Callum, no será grato ni prudente, porque nuestro huésped parece curiosísimo; pero un caminante debe aguantar estos inconvenientes. Entre tanto, querido, toma esa friolera para que bebas á la salud de Vich Ian Vhor."

Los ojos de gavilan de Callum brillaron de gozo al fijarse en la guinea de oro con que acam-

pañó Eduardo sus últimas palabras. Apresuróse á guardar su tesoro, no sin maldecir el laberinto de unas faltriqueras de calzones sajones, ó *spleuchan*, como él las llamaba; y despues, como si creyera que aquella generosidad exigia de su parte alguna correspondencia, se llegó mas á Eduardo, y le dijo á media voz: „Si su merced crée que ese diablo viejo es algo peligroso, yo puedo componerlo fácilmente.”

„¿Cómo, y de qué manera?”

„Aguardándolo, respondió Callum, á poca distancia de aquí, y haciéndole algunas cosquillas con mi *skene-occle*.”

„*Skene-occlel* y ¿qué significa eso?”

Desabrochóse Callum la chaqueta, y señaló con gesto enfático el puño de una daga pequeña que traía oculta en el forro del chaleco. Waverley creyó que lo habia entendido mal; miróle á la cara, y en las bellas aunque asoleadas facciones de Callum descubrió la misma expresion de malicia con que un muchacho ingles de su edad hubiera enunciado el proyecto de robar un huerto.

„¡Dios mio! ¡Callum! ¿osarias quitarle la vida?”

„Sí, á fé, respondió el jóven facineroso, y creo que ya la ha tenido por demas, cuando piensa entregar á los hombres de bien que vienen á gastar dinero en su casa.”

Eduardo vió que nada ganaria con argumentos, y por lo mismo se limitó á prohibir á Callum toda violencia contra la persona de Mr. Ebenezer Cruickshanks, en lo que el page pareció convenir con la mayor indiferencia.

„El *Duinhe-wassel*, dijo, puede hacer lo que

guste; ese viejo pícaro jamás ha hecho daño á Callum. —Pero aquí está un papel del Tighearna, que me mandó entregar á su merced ántes que me volviese.”

La carta de Fergus contenia los versos de Flora sobre la suerte del capitán Wogan, de cuyo carácter emprendedor hace Clarendon una pintura muy bella. Habíase empenado al principio en el servicio del Parlamento, pero abjuró su partido cuando ejecutaron á Carlos I.; y sabiendo que el conde de Glencairn y el general Middleton habian levantado el estandarte real en las montañas de Escocia, se despidió de Carlos II., que entonces se hallaba en Paris, pasó á Inglaterra, juntó un cuerpo de realistas en las inmediaciones de Lóndres, y atravesó el reino que por tanto tiempo tenia ya dominado el usurpador, con marchas calculadas y ejecutadas con tal destreza y actividad, que unió sus pocos ginetes con el cuerpo de montañeses que habia tomado las armas. Despues de algunos meses de combates parciales, en que los talentos y el valor de Wogan le ganaron la mas alta reputacion, tuvo la desgracia de recibir una herida peligrosa, y no habiéndose podido curar oportunamente, acabó su breve y gloriosa carrera.

El político Fergus tenia razones bien obvias para querer presentar el ejemplo de aquel heroico jóven á Waverley, con cuya nóvelesca disposicion tenia peculiar coincidencia. Pero su carta hablaba principalmente de algunos encargos triviales que Waverley habia prometido enviarle de Inglaterra, y solo al fin halló Eduardo es-

tas palabras. Estoy enojado con Flora, por no habernos querido acompañar ayer; y puesto que os doy el trabajo de leer estos renglones, para que no olvidéis la promesa de remitirme de Lóndres la ballesta y aparejo de pescar, os incluiré sus versos relativos al sepulcro de Wogan. Sé que ha de enojarse por ello; pues si he de hablaros con verdad, la juzgo mas enamorada de la memoria de ese héroe difunto, que lo que probablemente lo estará jamas de ningun vivo, á ménos que siga las huellas del otro. Pero los caballeros ingleses de hoy guardan sus encinas para cubrir sus parques de caza, ó reparar las pérdidas de alguna tertulia, y no las invocan para ceñirse las sienes con ellas, ni para que abriguen sus sepulcros. Dejadme esperar que será una brillante excepcion de ellos un amigo mio muy querido, á quien daría gustosísimo otro título mas tierno.

El encabezamiento de los versos y su sentido, eran como sigue:

A UN ENCINO,

Que en el cementerio de— en las montañas de Escocia, señala el sepulcro del capitán Wogan, muerto en 1649.

Emblema de la antigua fé británica, bien pueden hondear sus nobles ramos con orgullo donde la lealtad reposa en brazos de la muerte, y ocupa el valor una tumba prematura.

Y tú, morador generoso del sepulcro, no sientas

que nuestro clima nos vede plantar sobre tus honradas cenizas las flores de otro cielo mas benigno.

Esas flores deben el ser al apacible mayo, se marchitan bajo un sol mas fiero, y desaparecen ante las tormentas invernales. ¡Cómo pudiera, pues, su mérito ser emblema del tuyo?

Tu corazon impávido se alzaba superior á las tempestades de la contraria fortuna, y tu corto y brillante papel empezó cuando la desesperacion cerraba ya el teatro.

Entónces cuando los hijos de Inglaterra abandonaban ya la gloriosa lucha, buscaste en los montes de Albyn una raza rústica que aun combatia, y se conservaba libre, indómita, en medio de su aspereza.

En tu hora final no escuchaste el llanto de tus deudos, ni las campanas imploraron al cielo por tu alma: tus dolientes fueron los encapotados Gaeles, y tu doble funeral fué el *pi-brock* estruendoso.

Empero, ¡quién trocará la vida mas larga, pasada bajo el sol de la fortuna, por la gloriosa aurora de la tuya, aunque se anubló ántes de llegar al medio dia?

Sea tuyo, pues, el árbol cuyas fuertes ramas desafian el fuego del verano y el horror tenebroso del invierno. Roma coronaba de encina las sienas de sus patriotas, y con su sombra defiende Albyn la humilde sepultura de Wogan.

Cualquiera que fuese el mérito real que te-
nían los versos de Flora Mac-Ivor, el entu-
Tom. II. 5

siasino que respiraban era muy propio para hacer impresion en el pecho de su amante. Waverley leyó los versos, los volvió á leer, los depositó en su seno, los sacó otra vez, y los fué leyendo uno por uno en voz baja y trémula con frecuentes pausas que prolongaban su delicia mental, como un epicúreo prolonga con sorbos lentos el goce de un licor delicioso. La entrada de Mrs. Cruickshanks, que traía los artículos sublunares de la comida y vino, apenas interrumpió aquella pantomima de afecto y entusiasmo.

Al fin aparecieron la desairada figura é ingrato semblante de Ebenezer. Aunque la estacion no requeria tales precauciones, la parte superior de su cuerpo estaba envuelta en un gran capote, ceñido sobre su casaca y chaleco, y coronado con una capucha enorme del mismo género, que cuando se calaba sobre la cabeza y sombrero, y se abotonaba por debajo de la barba, lo cubria completamente. Traía en la mano un gran látigo, cuyo puño estaba guarnecido de laton. Sus piernas sutiles nadaban entre un par de botas aseguradas por los lados con hebillas mohosas. Aparejado así, se presentó en mitad del aposento, y anunció su mision con la breve frase ordinaria: „Los caballos están listos.”

¿Conque vos mismo vais conmigo, huésped?

„Sí; hasta Perth: allí podréis tomar un guia para Edimburgo, si lo necesitais.”

Dijo, presentó á Waverley la cuenta que traía en la mano, y al mismo tiempo, sin que nadie

lo convidase, llenó un vaso de vino, y lo apuró devotamente, deseando que el cielo bendijera su viaje. Indignó á Waverley la impudencia de aquel hombre; pero como su conexion con él debia ser corta y prometia ser útil, no le dijo una palabra; y habiendo pagado la cuenta, trató de marchar al instante. Montó pues en Dermidio, y salió del Candelero de oro, seguido por la puritánica figura que hemos descrito, despues que á costa de algun tiempo y trabajo, y auxiliado por un poyo de mampostería inmediato á la puerta, logró elevar su persona sobre un fantasma de caballo ético, de aguzado lomo y prolongadisimo pescuezo, en cuyas ancas iba atada la maleta de Waverley. Aunque nuestro héroe no estaba de muy buen humor, le fué imposible contener la risa al mirar á su nuevo escudero, é imaginar el asombro que su presencia, trage y montura excitarian en Waverley-Honour.

La risa de Eduardo no se escapó al huésped del Candelero, que conociendo el motivo, duplicó la acritud en la levadura farisaica de su semblante, y resolvió entre sí hacer pagar muy caro de cualquier modo al jóven ingles el desprecio que parecia manifestarle. Tambien Callum estaba en la puerta, y gozaba con manifiesto regocijo el pasatiempo que brindaba la ridícula facha de Mr. Cruickshanks. Al pasar Waverley junto á él, se quitó respetuosamente el sombrero, y llegándose á su estribo, le encargó tuviese cuidado, no le fuera á jugar alguna de las suyas aquel diablo viejo.

Eduardo volvió á darle gracias por su afecto.

y diciéndole A Dios, apretó el paso, para que no le alcanzaran los gritos y silbidos que los muchachos dirigian á Ebenezer, viéndolo subir y bajar en los estribos, para évitar los desagradables efectos de un trote en aquella calle medio empedrada. Pronto se vieron á algunas millas del pueblo de—

CAPITULO VII.

Prueba que la falta de una herradura puede ser un inconveniente serio.

El tono y porte de Waverley, y sobre todo, el estado brillante de su bolsillo, y la indiferencia con que parecia mirarlo, impusieron algun respetillo á su compañero, y no le dejaron hacer tentativa alguna para entrar en conversacion. Ademas, le traían ocupado varias sospechas y planes interesados, que tenian íntima conexion con ellas. Caminaban, pues, en silencio, hasta que lo rompió el guia, manifestando que su caballo habia perdido una herradura, y que á su merced tocaba reponérsela.”

Este era una especie de reconocimiento, para ver si Waverley estaba dispuesto á dejarse estafar. „Me toca reponérsela! dijo Waverley, equivocando el sentido de la intimacion: „reponerle á tu caballo la herradura, tunante!”

„Indubitablemente, respondió Mr. Cruickshanks; aunque no hubo cláusula precisa al efecto, no es regular que yo pague los accidentes que sobrevengan á mi pobre caballo en el servicio de su merced. Con todo. si su merced....”

„Ah! quereis decir que yo debo pagar al herrador; ¿pero dónde hallaremos uno?“

Gozoso Mr. Cruickshanks al ver que su amo temporal no ponía objecion á su propuesta, le aseguró que en el pueblo de Cairnvreckan, donde iban á entrar, tenia un herrador excelente; „pero como era *profesor*, no clavaria un solo clavo para hombre alguno en domingo ó dia de ayuno eclesiástico, sino en caso de absoluta necesidad, por lo que llevaba un real por cada herradura.“ La parte que en concepto de Ebenezer era mas importante en aquella comunicacion, produjo poquísimo efecto en su oyente, quien solo pensaba á qué colegio perteneceria aquel profesor veterinario; no sabiendo que tal expresion servia para designar á las personas de rara santidad en su fe y costumbres.

Llegados á Cairnvreckan, distinguieron luego la casa del herrador. Como tambien servia de meson, tenia dos pisos, y alzaba con orgullo su techo cubierto de pizarras sobre las miserables chozas pajizas que la circuían. La herrería inmediata no indicaba en modo alguno el silencio y reposo sabático que auguraba Ebenezer, por la santidad de su amigo. Al contrario, golpeaban los martillos, rechinaba el yunque, bufaban los fuelles, y parecia estar en plena y activa operacion todo el aparato de Vulcano. Tampoco el trabajo era de naturaleza rural ó pacífica. El maestro herrero, llamado, según decía su rótulo, Juan Mucklewrath, trabajaba empeñosamente con dos oficiales, en arreglar, componer y habilitar porcion de fusiles, pistolas y sables

viejos, que yacian esparcidos con militar confusion en torno de su oficina. El colgadizo abierto en que se hallaba la fragua, estaba lleno de personas que iban y venian, como si recibieran y comunicaran noticias importantes; y una sola ojeada sobre las fisonomías de los que atravesaban la calle de prisa, ó se reunian en grupos, alzando los ojos y manos al cielo, anunciaba que alguna noticia extraordinaria agitaba el interes público de la municipalidad de Cairnvreckan. „Algunas noticias hay, exclamó el huésped del Candelero, echando ásperamente sobre la concurrencia su cara de linterna y caballo ético, algunas noticias hay, y si mi Criador lo permito, he de saberlas al instante.”

Waverley, con curiosidad ménos impetuosa que la de su criado, se apeó, y dió su caballo á un muchacho que andaba por allí de vagamundo. Acaso por la timidez de su genio en su primera juventud, tuvo repugnancia en preguntar á un desconocido sin examinar ántes su fisonomía y aspecto. Mientras él buscaba la persona á quien debia dirigirse, la bulla que lo cercaba le ahorró en cierto modo el trabajo de hacer preguntas. Todos repetian los nombres de Lochiel, Clanronald, Glengary y otros caudillos montañeses distinguidos, y mas que todos el de Vich Ian Vorh; y por la alarma general conoció luego que habian bajado á los llanos con sus tribus armadas, ó se temia que al punto lo verificasen.

Antes que Waverley pudiera saber mas pormenores, se apareció entre el tumulto una muger atlética, como de cuarenta años y de asperisi-

mas facciones, vestida cómo si trajera colgada la ropa de una percha, con las mejillas encendidas como grana en los puntos que no estaban cubiertos de mugre y hollin, y blaudiendo una criatura de dos años, la hacia bailar en el aire sin atender á sus gritos de pavor, y cantaba con toda la fuerza de sus pulmones:

Quiero á Cárlos, á Cárlos, á Cárlos,
quiero á Cárlos, al príncipe quiero.

„¿No escuchan, pícaros whigs, lo que les viene encima?

¿No escuchan, baladrones? Ahora lo veremos.

No sabeis, no sabeis lo que viene,
no sabeis, no sabeis lo que viene;
pero pronto venir lo veréis.”

El Vulcano de Cairnvreckan, que reconoció á su Vénus en aquella gozosa vacante, la miró con ceñudo y amenazador aspecto, mientras algunos senadores de la aldea se apresuraban á interponerse. „¿Cómo, muger! ¿es tiempo, es dia este para que andes cantando tus insulsas coplas? ¿Cuando el vino de la ira se derrama sin mezcla en la copa de la indignacion, el dia en que la tierra debe dar testimonio contra papismo y preladismo, y cuakerismo, é independencia, y supremacia, y erastianismo, y antinomianismo, y todos los errores de la Iglesia?

„Y ese es todo vuestro presbiterianismo, reputo la marimacho, pícaros, graznadores, desorejados! ¿Pensais que los montaneses harán caso de vuestros sinodos y presbiterios y banquillos

de arrepentimiento? ¡Malditos sean ellos! allí se han sentado muchas mugeres mas honradas que cualquier whig de la tierra. Aun yo....”

Aquí Juan Mucklewrath, que temia verla entrar en un pormenor de experimentos domésticos, interpuso su autoridad matrimonial. „¡Vete á casa, muger, mal rayo te parta! (¡qué diga yo tal cosa!) y vé disponiendo la cena.”

„Y tú, decrepito impertinente, replicó su amable compañera, cuya cólera que hasta entónces habia vagado por toda la concurrencia, entró violentamente en su canal ordinario, te estás ahí martilleando armas viejas, para mentecatos que jamas han de apuntarlas á un montañes, en vez de ganar pan para tu familia, herrando el caballo de este gallardo señorito que viene del norte! Apuesto á que no es de los tunantes del rey Jorge, sino un valiente Gordon por lo ménos.”

Fijáronse en Waverley los ojos de toda la reunion, y él aprovechó aquella oportunidad para pedir al herrero que cuanto ántes herrara el caballo de su guia, pues deseaba continuar su viaje. En verdad, habia ya oido lo bastante para conocer que seria peligroso detenerse mas en aquel pueblo. Los ojos del herrador se fijaron en los suyos con una expresion de sospecha y enfado, que no minoró la impaciencia con que apoyaba su muger la órden de Waverley. „Borrachon inútil! ¿no oyes lo que te dice el lindo caballero?”

„¿Y cómo os llamais, señor mio?” le preguntó Mucklewrath.

„Nada os importa, buen amigo, en pagándoos vuestro trabajo.”

„Pero al estado puede importarle, caballero,” replicó un labrador anciano, que olía fuertemente á whisky; „y aun creo que deberíamos deteneros hasta que veais al Laird.”

„A fe mia, dijo Waverley con altivez, que el detenerme os ha de ser difícil y peligroso, si no me presentais órden de autoridad competente.”

Siguió una pausa y un murmullo confuso entre la concurrencia. „El secretario Murray; „Lord Luis Gordon; tal vez *el caballero* en persona.” Tales eran las sospechas que circulaban apresuradamente entre todos, y manifiestamente crecía la disposición en que estaban de resistir la marcha de Waverley. Este probó á persuadirlos con dulzura; pero intervino su aliada voluntaria Mrs. Mucklewrath, y acalló sus persuasiones, tomando su defensa con una violencia injuriosa, que los que la recibían atribuyeron á Eduardo. „¡Os atreveriais, bribones, á detener á un caballero amigo del príncipe! (porque tambien ella participaba de la opinion general respecto de Waverley, aunque por otro estilo.) ¡Cogerlos, si sois hombres!” y extendía sus dedos largos y musculosos, guarnecidos con uñas que pudiera envidiar un buitre. Le plantaré mis diez mandamientos en la cara al primer pícaro que le ponga un dedo encima.”

„Marchaos á casa, buena muger, le dijo el labrador mencionado ántes; mejor seria que estavierais cuidando los hijos de vuestro marido, que asordándonos aquí de esa manera.”

„¡Sus hijos? replicó la amazona, con una mueca de infinito menosprecio; ¡Sus hijos!”

¡Ojalá te hubieras muerto!
 ¡Ay! qué gustosa viudez
 me pasara en compañía
 de un hermoso montañés!”

Este canticio, que excitó una risa disimulada entre los jóvenes del auditorio, apuró totalmente la paciencia del escarnecido herrador. „Lléveme el diablo, si no le encajo este hierro ardiendo por la garganta,” gritó en un paroxismo de cólera, arrebatando de la fragua una barra encendida; y hubiera ejecutado su amenaza, á no impedirlo parte de la gente, en tanto que otros forcejaban por quitar de allí á la furibunda sierpe.

Waverley quiso marcharse entre aquella confusión, pero no vió por allí su caballo. Al fin observó á alguna distancia á su fiel criado Ebenezer, que tan luego como percibió el giro que tomaban las cosas, habia sacado los dos caballos del tumulto, y montado en uno y teniendo al otro del diestro, respondió á los llamados repetidos y fuertes de Waverley, que le pedía su caballo. „¡No! ¡no! si no sois amigo de la iglesia y del rey, y como tal estais detenido, debeis responder por infracción de pacto á los hombres de bien de la tierra; y yo debo embargar el jaco y la maleta por costos y perjuicios, puesto que mi caballo y yo debemos perder el dia de mañana, ademas del sermón de por la tarde.”

Eduardo impaciente, empujado y estrujado por la plebe á un lado y otro, y esperando á cada momento algun acto de violencia personal, resolvió probar á intimidarlos, y sacó una pistola de faltriquera, protestando por una parte que daría un balazo á quien osase detenerlo, y amenazando por otra á Ebenezer con igual destino si se movía con los caballos. El sabio Partridge dice que un hombre con una pistola equivale á cien desarmados, porque aunque solo pueda matar á uno de ellos, nadie sabe si él mismo ha de ser aquel desdichado individuo. Es, pues, probable que el *levantamiento en masa* de Cairnvreckan habria cedido, y Ebenezer, cuya palidez natural se habia vuelto tres veces mas cadavérica, no hubiera osado resistir á una orden tan severa, si el Vulcano del pueblo, impaciente por descargar en algun objeto mas digno la furia que su cara mitad habia provocado, y no mal contento de hallar este objeto en Waverley, no se hubiera tirado á él, blandiendo con tal resolucion la barra encendida, que en propia defensa le obligó á dispararle el tiro. Cayó el infeliz; y mientras Eduardo, yerto de natural horror, no tuvo presencia de ánimo para desenvainar su espada, ni para sacar la otra pistola, el populacho se le fué encima, lo desarmó, y lo hubiera tratado muy mal, á no contener su furia la presencia de un eclesiástico venerable, que era el pastor de la parroquia.

Este digno sujeto (muy distinto de los Gouk-trapples y Rentowels) se mantenía en buen concepto con el pueblo bajo, aunque predicaba los

frutos prácticos del cristianismo, á la vez que sus dogmas abstractos, y las clases mas altas le respetaban, aunque rehusaba lisonjear sus errores especulativos, y convertir el púlpito del Evangelio en una escuela de moral pagana. Acaso por esta combinacion de fe y de práctica en su doctrina, aunque su memoria ha formado una especie de era en los anales de Cairnvreckan, de modo que los parroquianos para denotar lo que pasó sesenta años ha, todavía dicen que fué en tiempo del buen Mr. Morton, no me ha sido posible descubrir si como miembro de la iglesia pertenecía al partido evangélico ó al moderado. Ni creo que esta circunstancia sea esencial, pues, segun recuerdo, el uno lo capitaneaba Erskine, y el otro Robertson.

Habíase alarmado Mr. Morton con el pistolazo y el tumulto inmediato á la herrería. Después que mandó á los presentes que asegurasen á Waverley, pero sin hacerle daño, dirigió su atención al cuerpo de Mucklewrath, sobre el cual, en una revulsion de afectos, estaba su muger llorando, ahullando, y arrancándose sus ásperos cabellos, casi frenética. Levantaron al herrador, y observaron en primer lugar que estaba vivo, y en segundo que tenia trazas de estarlo tanto como si jamas hubiese oido tronar una pistola. Sin embargo, dió buena escapada: la bala le habia raspado la cabeza, y causándole un aturdimiento que prolongaron su confusion y terror. Alzóse pidiendo venganza contra la persona de Waverley, y convino con dificultad en la propuesta que hizo Mr. Morton, de que se le llevase ante el

Laird como juez de paz, poniéndolo á su disposicion. Los demas presentes aprobaron unánimes la medida propuesta; y aun Mrs. Mucklewrath, que iba ya volviendo de su patatús, dijo que „Ella no se oponia á la proposicion del ministro, quien era muy bueno en su clase, por lo que esperaba verlo con un hermoso vestido episcopal encima, mas grato á sus ojos, que las capas y golillas de Ginebra.”

Terminada, pues, así toda controversia, marchó Waverley para la casa de Cairnvreckan, que distaba como media milla, escoltado por todos los habitantes del pueblo que no estaban enfermos en cama.

CAPITULO VIII.

Un interrogatorio.

El Mayor Melville de Cairnvreckan, caballero de alguna edad que habia pasado su juventud en el servicio militar, recibió á Mr. Morton con gran afecto, y á nuestro héroe con una cortesía grave, cuya formalidad justificaban las circunstancias equívocas en que se hallaba Eduardo.

Examinóse la herida del herrador, y como resultó ser levisima, y las circunstancias en que fué inferida la hacian un acto natural de propia defensa por parte de Eduardo, juzgó el Mayor que aquello no debia pasar adelante, con tal que Waverley le entregase una corta suma para el herido.

„Querria, caballero, continuó el Mayor, que terminasen aquí mis funciones; pero es neces-

rio que averiguemos algo mas sobre el motivo de vuestro viaje por estos paises, en la presente infausta época de trastorno.

Presentóse al punto Mr. Ebenezer Cruickshanks, y comunicó al magistrado cuanto sabia y sospechaba por la reserva de Waverley y las evasiones de Callum Beg. Dijo constarle que el caballo en que Eduardo venia, era de Vich Ian Vohr, aunque no se atrevió á decirlo á su criado anterior, temiendo que la desalmada pandilla de los Mac-Ivors le quemara encima alguna noche su casa y establos. Concluyó exagerando sus servicios á la iglesia y al estado, por haber sido el medio, despues de Dios, (como decia modestamente) para que se prendiese aquel reo sospechoso y formidable. Manifestó esperanzas de recompensa futura y de inmediata indemnizacion por haber perdido su tiempo y aun su buen concepto, con viajar por negocios de estado en un dia de ayuno solemne.

A esto respondió muy serio el Mayor Melville, que Mr. Cruickshanks, léjos de alegar mérito alguno en aquel negocio, debia suplicar se le eximiese de pagar la grave multa fulminada en una circular reciente contra los que no diesen parte al magistrado mas inmediato de los forasteros que llegasen á sus posadas; que como Cruickshanks blasonaba tanto de religion y lealtad, no imputaria su conducta á un mal fin político, sino solo supondria que su celo en favor de la iglesia y del estado habia cedido á la tentacion de cargar al forastero un precio doble por el alquiler del caballo; pero que sin embargo, juzgán-

dose incompetente para decidir sobre el manejo de una persona tan importante, lo reservaba para que el tribunal del distrito lo tomase en consideración luego que se reuniera. Ya nuestra historia no dice por ahora más sobre el huésped del Candelero, que se volvió para su casa mohino y apesadumbrado.

Entonces el Mayor Melville mandó retirar á sus casas á los aldeanos, ménos á dos que funcionaban de alguaciles, y recibieron órden de esperarse á la puerta. Solo quedaron, pues, en el aposento Mr. Morton, invitado por el Mayor, una especie de criado que servia de escribiente, y Waverley. Siguióse una pausa de sentimiento y embarazo, hasta que el Mayor Melville, mirando con mucha compasión á Waverley, y consultando á veces un papel que tenia en la mano, le preguntó su nombre.— „Eduardo Waverley.”

„Así me lo pensaba: ¡ex-capitan de dragones, y sobrino de Sir Everardo Waverley de Waverley-Honour?”

„El mismo.”

„Caballero, siento infinito que me haya tocado este doloroso deber.”

„Un deber, Mayor Malville, excusa cumplimientos.”

„Es verdad; permitidme, pues, os pregunte ¿qué habeis hecho desde que obtuvisteis licencia para separaros de vuestro regimiento, algunas semanas ha, hasta el momento presente?”

„Mi respuesta á una pregunta tan general debe ser conforme á la naturaleza de la acusación que la motiva. Pido, pues, saber de qué se me acu-

sa, y por qué autoridad se me detiene por fuerza y se me interroga."

„Siento deciros, Mr. Waverley, que la acusacion es muy grave, y afecta vuestros deberes como soldado y como ciudadano. Bajo el primer aspecto, se os inputa haber fomentado un espíritu de motin y rebelion en la tropa que mandábais, y de haberles dado el ejemplo de desertar, prolongando vuestra ausencia del regimiento contra las órdenes expresas de vuestro comandante. El crimen civil de que estais acusado es el de alta traicion y de hacer la guerra al rey, que es el mas grave que puede cometer un súbdito."

„¿Y por qué autoridad se me detiene para que responda á tan odiosas calumnias?"

„Por una que no debeis disputar, ni yo desobedecer."

Al decir esto, presentó á Waverley un mandamiento de la suprema córte criminal de Escocia librado en debida forma para prender y asegurar la persona de Eduardo Waverley, Escudero, por sospechoso de infidencia y otros crímenes y excesos graves.

El Mayor Melville imputó á conviccion de reato el asombro que mostró Waverley con esta comunicacion, al paso que Mr. Morton lo atribuyó á la sorpresa de la inocencia injustamente acusada. Ambas conjeturas tenian algo de cierto; pues aunque la conciencia de Eduardo le absolvía de los crímenes que le inputaban, un examen rápido de su conducta lo convenció de que le seria muy difícil justificar su inocencia á satisfaccion de otros.

Después de una breve pausa, continuó diciendo el Mayor Melville: „Mi penoso deber en este lamentable asunto, me fuerza en caso tan grave á exigirlos los papeles que tengais sobre vuestra persona.”

„Los veréis, señor, sin reserva alguna, dijo Eduardo, arrojando en la mesa su cartera y libro de memorias. „Solo uno hay, que desearia me dispensáseis.”

„Temo no poder concederos reserva alguna.”

„Lo veréis, pues; y como no puede servir para el asunto que versa, os ruego me lo volváis.”

Sacó del seno los versos que habia recibido aquella mañana, y los presentó con su cubierta. Leyólos para sí el Mayor, y mandó al escribiente los copiase. Envolvió después la copia en la cubierta, y poniéndola sobre la mesa, entregó el original á Waverley, con aire de gravedad melancólica.

Después que dejó al preso (porque tal debe ya considerarse á nuestro héroe) el tiempo que juzgó suficiente para que reflexionase, continuó el Mayor Melville su exámen, advirtiendo que como Mr. Waverley parecia repugnar preguntas generales, su interrogatorio tendria la mayor especificacion posible. Procedió, pues, á seguirlo, dictando las preguntas y respuestas al amanuense, quien las escribia.

¡Conoceis á un tal Humphry Houghton, que servia en los dragones de G—?”

„Sí Señor; era sargento de mi compañía, é hijo de un arrendatario de mi tio.”

„Precisamente.—¡Y disfrutaba de vuestra confianza y de bastante influjo entre sus camaradas?”

„Jamás tuve ocasión para hacer confianza de ese hombre. Favorecí al sargento Houghton, por ser un mozo hábil y activo, y creo que por igual principio lo respetaban sus camaradas.”

„¿Acostumbrabais valeros de él para comunicaros con los individuos de vuestra compañía procedentes de Waverley-Honour?”

„Ciertamente; como los pobres se hallaban en un regimiento compuesto en su mayoría de Escoceses ó Irlandeses, ocurrían á mí en sus apuros, y en tales ocasiones se valían de su paisano y sargento para que me hablase.”

„¿Conque su influjo se extendía particularmente á los soldados que salieron de las tierras de vuestro tío para seguiros al regimiento?”

„Sin duda. Pero esto ¿qué tiene que ver para el caso presente?”

„Allá voy, y espero me respondais ingenuamente. Despues que os separasteis del regimiento, ¿habeis tenido alguna correspondencia directa ó indirecta con el sargento Houghton?”

„¿Yo! ¿yo tener correspondencia con un hombre de su clase? ¿Como para qué objeto....?”

„Eso debéis explicarlo vos. — Mas, por ejemplo, ¿no le mandasteis pedir unos libros?”

„Me recordais un encargo insignificante que le hice, por no saber leer mi criado. Recuerdo que por una carta le mandé escoger algunos libros, cuya lista le acompañé, y que me los remitiese á Tully-Weolan.”

„¿Y qué libros eran?”

„Correspondían casi exclusivamente á la bella literatura, pues se destinaban á una señorita.”

„¿Y entre ellos, Mr. Waverley, no estaban algunos tratados y folletos altamente subversivos?”

„Había unos tratados políticos, que apenas ví por el forro, y me los envió un amigo oficioso, cuyo buen corazon es mas estimable que su prudencia ó sagacidad política. Parecian ser composiciones muy pesadas y fastidiosas.”

„¿Ese amigo era un tal Mr. Pembroke, clérigo no juramentado, y autor de dos obras eminentemente subversivas, cuyos manuscritos se hallaron en vuestro equipage?”

„Pero de los cuales os aseguro bajo mi palabra de honor que jamas leí seis páginas.”

„Yo no soy vuestro juez, Mr. Waverley; y estas diligencias pasarán á otra parte. —Y para continuar —¿Conoceis á un hombre que se dice Wily Will, ó Will Ruthven?”

„Jamás oí tal nombre hasta ahora.”

„¿Y por medio de esa persona ó de otra no os habeis comunicado con el sargento Humphry Houghton, instigándolo á desertarse con cuantos compañeros pudiera seducir, á efecto de unirse con los montañeses y otros rebeldes que han tomado las armas á las órdenes del jóven pretendiente?”

„Os aseguro que no solo me hallo inocente en la trama que me imputais, sino que la detesto desde lo mas íntimo de mi alma; y no cometeria tal traicion por ganar un trono, ya fuese para mí, ya para otro cualquier hombre que hoy existe.”

„Sin embargo, cuando veo esta cubierta escrita de puño de uno de esos caballeros mal aconsejados que hoy se hallan con las armas en la mano contra su patria, y los versos que incluye, no

puedo ménos de hallar cierta analogia entre la empresa que decis y la de Wogan, que el autor del billete de remision espera que imiteis."

Eduardo reconoció la coincidencia; pero negó que los deseos ó esperanzas de su corresponsal debieran mirarse como pruebas de una ácusacion quimérica por otra parte.

„Pero, si me han informado bien, todo el tiempo que estuvisteis ausente del regimiento lo pasasteis en casa de ese caudillo montañes, ó en la de Mr. Bradwardine de Bradwardine, que tambien ha tomado las armas en favor de esa deplorable causa?"

„No trato de ocultarlo; pero sí niego del modo mas positivo que supiese algunos designios suyos contra el gobierno."

„Sin embargo, presumo no querreis negar que concurristeis con vuestro huésped Glennaquoich á una junta que con pretexto de cazar tuvieron casi todos los cómplices de la traicion para concertar los pormenores del alzamiento?"

„Confieso que estuve en esa concurrencia; pero nada ví ni escuché que pudiera darla el carácter que decis."

„De ella pasasteis con Glennaquoich y parte de su clan á juntaros con el ejército del jóven Pretendiente, y despues que le tributasteis homenaje, volvisteis á disciplinar y armar el resto de los Mac-Ivors, y á unirlos con los rebeldes que marchaban al Sur?"

„Nunca fui con Glennaquoich á tal entrevista; y ahora vengo á saber que se halla en la tierra la persona que mencionais."

Entonces refirió su desgracia en la cacería, añadiendo que á su vuelta se halló privado repentinamente de su empleo, y no negó que entonces, por primera vez, había observado síntomas en los montañeses que indicaban disposición á tomar las armas; pero manifestó que no hallándose inclinado á seguirlos, y no teniendo ya motivo de permanecer en Escocia, se volvía para su país nativo, al que le llamaban los que tenían derecho á dirigir sus pasos y conducta, como podía verlo el Mayor Melville en las cartas que había dejado sobre la mesa.

Entonces el Mayor Melville recorrió las cartas de Ricardo Waverley, Sir Everardo y la tia Raquel; pero las inferencias que de ellas sacó fueron muy distintas de las que Waverley esperaba. Todas respiraban desafecto al gobierno, contenian anuncios perceptibles de venganza, y la de la pobre tia Raquel, que abiertamente reconocia la justicia de la causa de Stuart, podia reputarse una franca manifestacion de lo que sus hermanos solo se aventuraban á indicar.

„Permitid os haga otra pregunta, Mr. Waverley. ¿No recibisteis repetidas cartas de vuestro comandante, aperebiéndoos y mandándoos volver á vuestro puesto, y comunicándoos el uso que hacian de vuestro nombre para esparcir el desafecto en vuestros soldados?”

„No señor. Solo recibí una carta de mi gefe, manifestándome su deseo de que durante mi licencia no residiera exclusivamente en Bradwardine, y confieso haber creido que nadie debia intervenir en esa materia: por último, en el mismo

dia que ví mi destitucion en la gaceta, habia recibido otra carta del coronel G—, previniéndome que me uniese al regimiento, órden que por los motivos explicados ya, recibí muy tarde para poder obedecerla. Si mediaron algunas otras cartas, como lo juzgo probable por la justificacion y prudencia del coronel G—, jamas llegaron á mis manos.”

„He omitido preguntaros sobre un punto de menos consecuencia; pero del cual se ha hablado públicamente para deprimiros. Se dice que en vuestra presencia se propuso un brindis altamente subversivo, y que vos, capitan al servicio de Su Majestad, os desentendisteis, dejando que otro caballero exigiera satisfaccion por aquel exceso. No se os puede hacer este cargo en un tribunal de justicia; pero si como entiendo, los oficiales de vuestro regimiento os pidieron una explicacion sobre el particular, como caballero y soldado no puedo ménos de extrañar que no los hayais satisfecho.

Esto era ya demasiado. Atacado por todas partes con acusaciones en que las mayores falsedades se mezclaban á circunstancias verdaderas, que debian hacerlas creibles, solo, aislado en una tierra extraña, el infeliz Waverley dió casi por perdidas su vida y fama, y apoyando su cabeza en una mano, rehusó resueltamente responder mas, viendo que sus explicaciones cándidas y sinceras solo servian para dar nuevas armas á sus enemigos.

El Mayor Melville, sin manifestar sorpresa ó disgusto por la alteracion que se notaba en Waverley, procedió con gran seriedad á hacerle otras preguntas. „¿De qué me sirve responderos?” di-

jo Eduardo exasperado. Pareceis convencido de mi culpabilidad, y cada respuesta que doy se tuerce en vuestras manos para hacerla apoyar el concepto que teneis formado. Disfrutadlo, pues, y dejad ya de atormentarme. Si soy capaz de la cobardía y traicion que me imputais, no merezco ser creido. Si no merezco la opinion que de mí teneis, (y eso me lo aseguran Dios y mi conciencia) no veo razon para que mi candorosa franqueza deba dar nuevas armas á mis acusadores. No esperéis, pues, sacarme otra palabra." Y volvió á tomar su postura de triste y determinado silencio.

„Permitidme, dijo el magistrado, os recuerde una razon poderosa que debe determinaros á una confesion ingenua. La inexperiencia de la juventud, Mr. Waveley, la hace instrumento de la malignidad astuta, que uno de vuestros amigos, por lo ménos, Mac-Ivor de Glennaquoich, posée en eminente grado, al paso que me inclino á daros la primera cualidad por el candor que mostrais, por vuestros pocos años y ningun conocimiento de las costumbres montaÑesas. En tal caso, aun es digno de indulgencia un paso falso, un error como el vuestro, que tendré la mayor satisfaccion en reputar involuntario, y seré vuestro intercesor con el gobierno. Pero como necesariamente debeis saber la fuerza de los sublevados, sus recursos y sus planes, debo esperar que merezcáis mi mediacion, diciendo francamente cuanto sepais sobre estos particulares. Si lo haceis, creo poder prometeros que el único resultado sensible de vuestra participacion en esas infaus-

tas intrigas, será una cortísima restriccion personal.”

Waverley oyó sin alterarse hasta el fin de aquella exhortacion, y entónces levantándose del asiento, respondió con una energía que antes no habia mostrado. „Mayor Melville, puesto que asi os llamais, hasta ahora he contestado con ingenuidad vuestras preguntas, ó me he negado con moderacion á responderlas, porque solo se referian á mí; pero ya que me considerais bastante bajo para constituirme delator de otros, que sean cuales fueren sus yerros públicos, me recibieron como huésped y amigo, os declaro que miro vuestras preguntas como un insulto infinitamente mas injurioso que vuestras sospechas calumniosas; y ya que mi mala fortuna me ata las manos para tomar satisfaccion de otro modo, sabed que ántes me arrancaréis el corazon del pecho, que una sílaba de revelacion sobre cosas que solo pude saber en la plena confianza de una hospitalidad noble y generosa.

„Miráronse Mr. Morton y el Mayor; y el primero que durante el interrogatorio habia mostrado repetidos síntomas de catarro, tuvo que recurrir á su caja de polvos y pañuelo.

„Mr. Waverley, dijo el Mayor, mi situacion actual me hace incapaz de inferir ofensas ni de recibirlas, y no prolongaré una discusion que tiende á uno de estos dos extremos. Estoy en el caso de reducirlos á prision; pero esta casa será por ahora vuestra cárcel. Temo que no podré persuadirlos á cenar con nosotros—(Eduardo meneó la cabeza); mas haré que os sirvan en vuestro cuarto.”

Nuestro héroe le dió las gracias con una leve inclinacion, y pasó custodiado por los ministros de justicia á un cuarto pequeño, pero decente, donde rehusando tomar alimento alguno, se metió en la cama, y aturdido por los desagradables sucesos y fatiga mental de aquel miserable dia, cayó presto en un sueño profundo. Esto era mas de lo que debia esperarse; pero se cuenta que los Indios Norte americanos cuando están en el palo de los tormentos, se duermen á la menor intermision de agonía, hasta que les aplican fuego para despertarlos.

CAPITULO IX.

Una conferencia y sus resultados.

El Mayor Melville habia detenido á Mr. Morton durante el exámen de Waverley, tanto porque creia poder valerse de su buen juicio y probada lealtad, como porque tambien deseaba que un hombre como él, de candor y veracidad intachable, presenciase aquellos procedimientos que interesaban al honor y seguridad de un jóven ingles de alto rango y heredero presuntivo de una vasta fortuna. Sabia que todos los pasos de aquel negocio serian muy discutidos y analizados rigurosamente, y por lo mismo le convenia que nadie pudiese cuestionar la integridad y justicia de su conducta.

Cuando se retiró Waverley, se sentaron á cenar en silencio el Laird y el Párroco de Cairn-vreckan. Miéntras estuvieron allí los criados ninguno quiso hablar palabra sobre el asunto que

ocupaba sus ánimos, ni se halló en disposición de tocar otro alguno. La juventud y franqueza aparente de Waverley contrastaba mucho con las sombras de sospecha que oscurecían su conducta, y tenía en sus modales cierta noble ingenuidad que parecía muy agena de un intrigante y abogaba poderosamente en favor suyo.

Cada cual meditaba sobre los pormenores del interrogatorio, y les daba diversos coloridos, según sus respectivos sentimientos y disposiciones. Ambos eran hombres de talento, é igualmente capaces de combinar pruebas de varias clases, y deducir de ellas las consecuencias necesarias. Pero la gran diferencia de sus hábitos y educación ocasionaba tal vez gran discrepancia en las deducciones respectivas que sacaban de antecedentes en que ambos convenían.

El Mayor Melville era hombre versado en campamentos y ciudades, vigilante por profesión y cauto por experiencia; había visto mucho mal en el mundo, y por lo mismo, aunque magistrado recto y hombre honradísimo, solía ser injustamente severo en las opiniones que formaba de otros. Al contrario Mr. Morton, había pasado de las tareas literarias de un colegio, donde le amaban sus discípulos y le respetaban sus maestros, á la comodidad y sencillez del cargo que desempeñaba, en que pocas veces tenía ocasión de saber maldades, y aun cuando llegaba algún error á su noticia, solo se ocupaba de él para procurar el arrepentimiento y enmienda de su autor: sus parroquianos que correspondían á su celo afectuoso con amor y respeto, procuraban ocultarle sus faltas, porque

sabian cuan sensibles le eran. Así era un dicho comun en aquellas inmediaciones que el Laird solo sabia lo malo de la parroquia, y el ministro solamente lo bueno, aunque ambos eran respetados y queridos.

Distinguia tambien al pastor de Cairnvreckan su amor á la literatura, que aunque subordinado á sus estudios y deberes eclesiásticos, habia dado á su genio cierta tintura novelesca en su juventud, que no le habian disipado enteramente los incidentes posteriores de la vida real. La temprana muerte de una jóven amable, con quien se habia casado por puro amor, y á la que presto siguió al sepulcro su único hijo, habian servido tambien, aun pasados muchos años, para realzar la dulzura de un carácter naturalmente suave y melancólico. Por lo mismo sus sentimientos en el caso de Waverley, debian diferir mucho de los del disciplinista severo, magistrado estricto y hombre de mundo desconfiado.

Cuando los criados se retiraron, continuó el silencio de los dos amigos, hasta que el Mayor Melville, llenando su copa y arrimando la botella al párroco, empezó diciendo.

„Triste asunto es este, Mr. Morton! Mucho temo que este jovencito se haya puesto al alcance de una sogá.”

„No lo permita Dios!” respondió el clérigo.”

„Amen, dijo el magistrado temporal; mas creo que aun vuestra lógica misericordiosa no podrá negarlo.”

„Seguramente, Mayor, espero que no tendrá tal desgracia, segun lo que hemos oido esta noche.”

„De veras!—Pero mi buen párroco, vos quisierais comunicar la inmunidad eclesiástica á todos los delincuentes.”

„Teneis razon: el sufrimiento y la misericordia son las bases de la doctrina que tengo obligacion de enseñar.”

„Religiosamente hablando, es cierto lo que decís; pero la misericordia con un criminal puede ser una injusticia atroz á la comunidad. No hablo en particular por ese jóven, que deseo cordialmente se indemnice, pues me agrada su modestia y espíritu. Pero temo que sea precipitado á su desventura.”

„¿Y por qué? Centenares de sujetos mal aconsejados tienen hoy las armas en la mano contra el gobierno, muchos sin duda por principios que su educacion y tempranas preocupaciones han dorado con los nombres de patriotismo y heroismo. Cuando la justicia escoja sus víctimas entre esa multitud, (porque seguramente no perecerán todos) debe atender al motivo moral de cada uno. El hombre que por ambicion ó interes personal haya turbado la paz de un gobierno bien ordenado, sea en buena hora victima de las leyes; pero sin duda los jóvenes descarriados por visiones fogosas de caballería y lealtad imaginaria, deben esperar consideracion é indulgencia.”

„Querido Mr. Morton, no conozco tribunal en la cristiandad donde la caballería visionaria y la lealtad imaginaria puedan excusar á reos de alta traicion.”

„Pero yo no veo que el delito de este jóven esté probado satisfactoriamente.”

„Porque vuestra bondad acalla la voz de vuestro

razon. Oidme. Este jóven es de una familia de jacobitas hereditarios. Su tio es cabeza del partido tory en el condado de—, su padre un cortesano desgraciado y desafecto, su maestro un clérigo no-juramentado, autor de dos volúmenes subversivos: este jóven, digo, entra en los dragones de G—, trayéndose de las tierras de su tio un cuerpo de jóvenes, que en disputas con sus camaradas no han dudado sostener á su modo los principios de aristocracia eclesiástica que aprendieron en Waverley-Honour. Estos jóvenes son objetos de predileccion y atenciones singulares para Waverley; de él reciben dinero que no ha menester un soldado, y que es contrario á su disciplina, y están bajo la direccion de un sargento favorito, por cuyo medio llevan una comunicacion demasiado estrecha con su capitan, y afectan considerarse independientes de los demas oficiales y superiores á sus compañeros.”

„Esa, querido Mayor, es una consecuencia natural del afecto que profesaban á su jóven amo, y de hallarse en un regimiento levantado principalmente en el Norte de Irlanda y en Escocia, y por consiguiente rodeados de hombres dispuestos á pelearse con ellos por ser ingleses y pertenecer á la iglesia anglicana.”

„Bien dicho, párroco! Ojalá os oyese alguno de vuestro sínodo!— Pero continuemos. Este jóven obtiene licencia, y se va para Tully-Veolan: los principios del Baron de Bradwardine son bien conocidos, sin hacer mérito de que el tio de este mozo lo sacó avante en 1715; allí se empeña en una quimera, en que segun dicen, deshonoró el

empleo que tenia; el coronel G— le escribe, primero con dulzura y luego con mas seriedad, y creo no dudaréis que lo hizo cuando él lo afirma: la oficialidad lo invita á explicar la quimera en que se enredó, y no responde ni á su gefe ni á sus compañeros. Entre tanto, sus soldados se insubordinan, y cuando se generaliza el rumor de esta rebelion infausta, se descubre que su favorito el sargento Houghton y otro cabo, están en correspondencia con un emisario frances, que se dice autorizado por el capitan Waverley, y segun han confesado, los instigaba á desertarse con la compañía, para unirse á su capitan, que estaba ya con el príncipe Cárlos. Entre tanto, este digno capitan, segun él mismo nos dice, está residiendo en Glennaquoich, con el jacobita mas activo, sutil y desesperado que hay en Escocia; va con él, por lo ménos, á su famosa cacería de reunion, y aun temo que algo mas allá. Entre tanto, se le escriben otras dos cartas, una participándole los desórdenes de su compañía, y otra mandándole unirse al regimiento, paso que ciertamente debió dictarle su sola razon, al ver que la rebelion amenazaba ya por todas partes. Responde negándose absolutamente, y tira su empleo.”

„Ya se lo habian quitado.”

„Pero siente que esta medida se anticipase á su renuncia.—Le embargan el equipage en su campamento y en Tully-Veolan, y en él se hallan una porcion de folletos jacobíticos pestilentes, capaces de corromper á medio reino, y ademas las lucubraciones manuscritas de su digno amigo y maestro Mr. Pembroke.”

„Dice que nunca las leyó.”

„En un caso ordinario, podría crérsese, porque su composicion es tan estúpida y pedantesca, como subversivas sus máximas. Pero ¿podeis suponer que un jóven de su edad anduviese cargando esos farragos si no apreciara los principios que contienen? Luego, cuando llegan avisos de que los rebeldes se acercan, sale como disfrazado, negándose á descubrir su nombre; y si aquel fanático viejo dice verdad, acompañado por un page sospechosísimo, y montado en un caballo de Glennaquoich: en la faltriquera traia cartas de su familia, que expresan profundo rencor á la casa de Brunswick, y unos versos en elogio de un tal Wogan, que abjuró el servicio del parlamento para unirse á los montañeses sublevados, como ahora, en favor de la casa de Stuart, con un cuerpo de caballería inglesa, intimidados con un „Vé tú, y haz lo mismo,” por el súbdito leal y pacífico ciudadano Fergus Mac-Ivor de Glennaquoich, Vich Ian Vohr, *et cetera*. Y por último, continuó el Mayor Melville, acalorándose con sus propios argumentos, ¿dónde hallamos á esta segunda edicion del caballero Wogan? A fé mia, que en el rumbo mas propio para la ejecucion de su proyecto, y disponiendo un tiro al primer súbdito del rey que osa preguntarle sus intenciones.”

El prudente Mr. Morton se abstuvo de argumentos, que solo servirian para endurecer en su opinion al magistrado, y se limitó á preguntarle, ¿qué pensaba hacer con el preso?

„Esa pregunta no es de fácil resolucion en las circunstancias presentes.”

„Y siendo, como es, un jóven de honor, ¿no pudiérais detenerlo aquí en vuestra propia casa, fuera de todo peligro, hasta que haya pasado la actual tormenta?

„No, mi buen amigo; aunque fuera legal su detencion aquí, ni vuestra casa ni la mía estarán por mucho tiempo fuera de todo peligro. Acabo de saber que el comandante en jefe que marchó á las montañas para perseguir y dispersar á los insurgentes, ha rehusado batirse con ellos en Corryerick, y ha marchado hácia el norte con toda la fuerza disponible del gobierno, dirigiéndose á Invernes, ó á la casa de Juan de Groat ó del demonio, dejando libre al ejército montañes el camino de los llanos.”

„Buen Dios! ¿Y ese hombre es traidor, imbécil ó cobarde?

„Creo que ninguna de las tres cosas. Tiene el ordinario valor de un soldado comun, es bastante honrado, hace lo que le mandan, y entiende lo que le dicen; pero es tan propio para obrar por sí en casos arduos, como yo, mi querido párroco, para ocupar vuestro púlpito.”

Esta noticia pública importante, naturalmente distrajo la conversacion de Waverley por algun rato; pero al fin volvieron á tratar de su asunto.

„Creo, dijo, el Mayor Melville, que debo remitir á este jóven con alguna de las partidas sueltas de voluntarios armados que han salido últimamente para contener los distritos desafectos. Ahora las han llamado á Stirling, y mañana ó pasado viene por aquí una de ellas, mandada por ese del Oeste.... ¿Cómo se llama?— Vos lo visteis y

me dijisteis que era el modelo exacto de uno de los santos militares de Cromwuel."

„Gilfillan, el Cameroniano. ¡Me alegraré que con él vaya seguro este jóven. En el calor y agitacion que produce en los ánimos una crisis como la presente, son comunes los atentados, y temo que Gilfillan pertenece á una secta que ha sufrido persecuciones sin aprender clemencia."

„Su encargo estará reducido á poner á Mr. Waverley en el castillo de Stirling, y le daré órdenes muy estrechas de que lo trate bien. Realmente, no discuro mejor modo para asegurarlo, y creo no me aconsejaréis que me eche áuestas la responsabilidad de ponerlo libre."

„¡Pero no pondréis objecion á que mañana lo vea yo en particular?"

„No, ciertamente: vuestra lealtad y honradez me aseguran. Pero ¿qué objeto llevais en esa entrevista?"

„Solo el de ver si logro me comunique algunas circunstancias, que luego puedan servir para disculpar su conducta en algun modo, ya que no logre justificarla."

Con esto se despidieron y retiraron á descansar los dos amigos; agitados ambos por las reflexiones mas tristes sobre el estado del pais.

CAPITULO X.

Un confidente.

CUANDO por la mañana despertó Waverley de un sueño agitado y calenturiento, le saltaron á

la vista con toda claridad los horrores de su situación. Ciertamente, no alcanzaba cómo había de terminar aquello. Podía ser entregado á un consejo de guerra, que en medio de la guerra civil, no sería probablemente muy escrupuloso en la elección de sus víctimas, ni en el exámen y calificación de las pruebas. No era mucho más consoladora la perspectiva de ser juzgado por un tribunal de Escocia, donde sabía que las leyes y fórmulas diferían en muchos puntos de las de Inglaterra, y, aunque erróneamente, creía que no se dispensaba tan cuidadosa protección á la libertad y derechos individuales. Irritábase contra el gobierno, á quien atribuía sus apuros y peligro actual, y maldecía interiormente los escrúpulos que no le habían dejado aceptar la invitación animosa de Mac-Ivor.

„Por qué, decía entre sí, por qué yo como otros hombres de honor, no aproveché la primera oportunidad para ofrecer mi espada al descendiente de los antiguos reyes de Inglaterra, y heredero legítimo de su trono? Toda la excelencia y virtud que ennoblece á la casa de Waverley se funda en su lealtad á la casa de Stuart. Según la interpretación que da este magistrado escocés á las cartas de mi padre y tío, es claro que me invitaban á seguir las huellas de mis mayores, ó al ménos, así debí entenderlas; pero mi fatal estupidez y la oscuridad con que se expresaron por precaución, han confundido lastimosamente mi juicio. Si yo hubiera cedido al primer impulso generoso de indignación, cuando supe que intentaban deshonorarme, ¡cuán diferente se-

ria mi situación ahora! Estaría libre, armado y combatiendo, como mis antecesores, por amor, lealtad y fama. Y en este momento me hallo preso, enredado en calumnias artificiosas, á disposicion de un hombre suspicaz, duro, insensible, y destinado tal vez al silencio de un calabozo, ó á la infamia de una ejecucion pública. —¡Oh Fergus! ¡cuán cierta fué tu profecía, y qué pronto se ha verificado!”

Mientras Eduardo se abandonaba á tan dolorosas meditaciones, é imputaba á la dinastía reinante lo que era obra de la casualidad, ó en parte al ménos de su conducta poco reflexiva, aprovechó Mr. Morton el permiso del Mayor Melville, para hacerle una visita muy temprana.

El primer impulso de Waverley fué suplicarle que no lo incomodase con preguntas ó conversacion; pero se contuvo al ver el aspecto bondadoso y respetable del clérigo que lo habia protegido contra la violencia de los aldeanos sus aprensos.

„Creo, señor, le dijo el desgraciado jóven, que en otras circunstancias debería expresar una gratitud igual al aprecio que hiciera de mi vida; pero tal es ahora el tumulto de mi ánimo, y es tan triste el porvenir que me espera, que apenas puedo daros gracias por vuestra interposicion.”

Respondióle Mr. Morton, que léjos de tener pretension alguna al buen concepto de Waverley, su único deseo y el solo objeto de su visita era encontrar medios de merecerlo. „Mi excelente amigo el Mayor Melville, continuó, como

soldado y funcionario público tiene ciertos deberes, que á mí no me ligan; ni tampoco puedo coincidir siempre en las opiniones que él forma, y en que desatiende acaso las imperfecciones de la naturaleza humana." Detúvose un poco, y luego siguió diciendo: „No os pido vuestra confianza, Mr. Waverley, para instruirme de circunstancias cuya revelacion pueda perjudicar á vos mismo ó á otros; pero mi mas ardiente deseo es que me confieis los particulares que puedan servir para vuestra vindicacion. Puedo aseguraros del modo mas solemne que en mí tendréis un agente fiel y celoso, hasta donde alcancen mis limitadas facultades."

„¿Presumo, señor mio, que sois clérigo presbiteriano?" —Mr. Morton le respondió con una leve cortesía. —„Si me dejara guiar por las preocupaciones de mi educacion, desconfiaría de vuestras ofertas amistosas; pero he observado que en este pais hay prevenciones semejantes contra los pastores de la forma episcopal, y me inclino á creer que todas son igualmente infundadas."

¡Ay de quien piense de otro modo, dijo Mr. Morton, ó crea que en el régimen y ceremonias de la iglesia consisten la fe cristiana ó la virtud moral!"

Empero, continuó Waverley, no veo motivo para molestaros con pormenores de mis infortunos, cuando por mas que los medito yo, me hallo incapaz de explicar muchos de los cargos que me hacen. Sé, á la verdad, que estoy inocente; pero no concibo que me sea posible probarlo."

„Cabalmente, Mr. Waverley, por esa razon me

atrevo á solicitar vuestra confianza. Conozco bastantes personas en este pais, y si fuere necesario, podré relacionarme con muchas mas. Al mismo tiempo, temo que vuestra situacion actual no os permita dar los pasos activos que yo daré gustoso por vos para adquirir noticias, ó descubrir imposturas; y si mis esfuerzos no os sirven, no pueden por lo ménos dañaros.”

Pocos minutos de reflexion convencieron á Waverley de que confiándose á Mr. Morton, por lo relativo á sus intereses, no podia perjudicar á Mr. Bradwardine ni á Fergus Mac-Ivor, que ambos habian tomado abiertamente las armas contra el gobierno, y si podia promover su vindicacion, si las protestas de su nuevo amigo eran tan sinceras como empeñosas. Por lo mismo, le refirió brevemente lo que ya sabe el lector, callando su afecto á Flora, de la cual y de Rosa Bradwardine no hizo mencion alguna en su narracion.

La visita que hizo Waverley á Donald Bean Lean pareció afectar particularmente á Mr. Morton. „Me alegro, le dijo, de que no hayais mencionado al Mayor esta circunstancia, que pueden interpretar muy mal cuantos no conozcan la fuerza de la curiosidad y el influjo de las situaciones novelescas en los ánimos juveniles. Cuando yo era jóven como vos, Mr. Waverley, cualquier expedicion descabellada como esa (perdonad si la expresion es dura) habria tenido para mí un hechizo inexplicable. Pero en el mundo hay hombres que no creen haya quien arrostre peligros y fatigas sin alguna causa po-

derosa, y por lo mismo, suelen inclinarse á dar á ciertas acciones motivos muy ajenos de ellas.

Ese Bean Lean es un bandido famoso en todo este pais, y los cuentos que refieren de su audacia y desreza son materia comun de charla en las noches de invierno. Ciertamente posee talentos superiores á la esfera mezquina en que se halla, y como no le falta ambicion ni le atan escrúpulos, es probable que sin pararse en los medios, procure distinguirse en estas infaustas conmociones politicas.² — En seguida hizo Mr. Morton sus apuntes sobre los varios particulares de la entrevista de Waverley con Donald Bean Lean, y las otras circunstancias que nuestro héroe le habia comunicado.

El interes que aquel buen hombre parecia tomar en sus infortunios, y sobre todo la plena confianza que manifestaba tener en su inocencia, produjeron el efecto natural de serenar el corazon de Eduardo, quien por la fria severidad del Mayor Melville se figuraba ya que todo el mundo se habia coligado para oprimirlo. Apretó afectuosamente la mano á Mr. Morton, y asegurándole que su bondad y simpatía le quitaban del ánimo un peso enorme, le dijo que cualquiera que fuera su suerte, era de una familia que tenia gratitud y medios de manifestarla. El calor de su agradecimiento humedeció los ojos del buen eclesiástico, el cual quedó mucho mas interesado en la causa que habia tomado á su cargo voluntariamente, al observar los sentimientos ingenuos de su jóven amigo.

A continuacion preguntó Eduardo á Mr. Mor-

ton, si sabia el punto á que lo destinaban.

Al castillo de Stirling, respondió su amigo, „y hasta aquí me alegro por vos, pues su gobernador es sujeto de honor y humanidad. Pero dudo que en el camino lo paseis igualmente bien, pues el Mayor Melville se ve precisado á encargar á otro individuo la custodia de vuestra persona.”

„Me alegro mucho, porque detesto á ese magistrado escoces, tan calculador é insensible. Espero no tendré que verlo ya: ni mi inocencia ni mi desgracia merecieron su simpatía; y la exactitud petrificadora con que jamas olvidaba fórmula alguna de cortesía al atormentarme con sus preguntas, sospechas é inferencias, era mas cruel que los potros de la Inquisicion. —No lo disculpeis, señor mio, porque no podré tolerarlo, y mas bien decidme quién deberá conducir á un preso de estado tan importante como yo.”

„Creo que un tal Gilfillan, uno de los secretarios que llaman Cameronianos.”

„Jamás he oido hablar de ellos.”

„Pretenden representar á los Presbiterianos mas estrictos y severos, que en los dias de Cárlos II. y Jacobo II. no quisieron aceptar la tolerancia concedida á otros de su religion. Celebraban sus conventículos en los campos, y como el gobierno escoces los trató con gran violencia y crueldad, se sublevaron mas de una vez durante dichos reinados. Derivan su nombre del de su caudillo Ricardo Cameron.”

„Sí, ya recuerdo. ¿Pero el triunfo de los presbiterianos en la revolucion no extinguió tal secta?”

„No señor; aquel gran suceso no produjo el resultado que ellos querian, y era establecer completamente la iglesia conforme á las bases de la antigua Liga y Pacto Solemne. A la verdad, creo que ni ellos mismos sabian lo que pretendian; mas como formaban un cuerpo numeroso y que no ignoraba el uso de las armas, siguieron formando un partido separado en el estado, y cuando se realizó la union de Inglaterra y Escocia, muy poco les faltó para formar una liga chocantísima con sus antiguos enemigos los Jacobitas, á fin de oponerse á aquella importante medida nacional. De entónces acá se ha disminuido mucho su número; pero aun hay bastantes en los condados occidentales, y varios de ellos, mejor dispuestos que en 1707, han tomado ahora las armas en favor del gobierno. Ese que llaman Dotado Gilfillan ha sido siempre uno de sus cabezas, y ahora manda una partida, que hoy ó mañana pasará por aquí de camino para Stirling, y con la cual piensa mandaros el Mayor Melville. Os recomendaria gustoso á Gilfillan; pero como está empapado profundamente en todas las preocupaciones de su secta, y respira la fiereza que la distingue, hará poquisimo aprecio de la súplica de un teólogo *erastiano*, como cortesmente me llamará. —A Dios, pues, mi jóven amigo; por ahora no debo abusar de la condescendencia del Mayor, para conseguir el permiso de visitaros en el resto del dia.”

CAPITULO XL.

Mejoran algo las cosas.

A medio dia volvió Mr. Morton, manifestándole que el Mayor Melville esperaba de Mr. Waverley le hiciese el honor de acompañarle á comer, sin embargo del desagradable asunto que lo detenía en Cairnvreckan, y del cual se alegraría sinceramente el Mayor de verlo completamente desembarazado. Lo cierto era que el informe y opinion favorable de Mr. Morton habian disminuido algo las prevenciones del veterano, sobre la complicidad supuesta de Eduardo en el motin del regimiento; y en el triste estado que tenia el pais, la mera sospecha de desafecto, ó la inclinacion á unirse con los Jacobitas insurreccionados, podia inferir criminalidad, pero nunca deshonor. Ademas, una persona que merecia la confianza del Mayor, le habia contradicho las noticias alarmantes de la tarde anterior. Segun esta segunda edicion del aviso, los montañeses se habian separado de la frontera de los Llanos, para seguir al ejército real, que marchaba sobre Inverness. El Mayor no podia conciliar esta noticia con los talentos bien conocidos de algunos gefes del ejército montañes, aunque el paso que ella anunciaba debia ser muy satisfactorio para otros. Recordaba que la misma política los habia detenido en el norte en 1715, y esperaba que la insurreccion actual terminase como aquella. Estas noticias lo pusieron

de tan buen humor, que convino gustoso en la propuesta de Mr. Morton para que se tributase alguna atencion hospitalaria á su desgraciado huésped, y añadió voluntariamente que acaso todo vendria á resultar en alguna calaverada juvenil, que podia componerse fácilmente con una corta prision. El bondadoso mediador obtuvo, no sin dificultad, que su jóven amigo aceptase la invitacion del magistrado. No osaba manifestarle su verdadero motivo, que era el buen deseo de que el Mayor Melville informase favorablemente al Gobernador Blakeney sobre aquel asunto. Empero, la viva delicadeza de nuestro héroe le hizo creer que nada conseguiria si le mencionaba este punto. Alegó, pues, que el convite del Mayor probaba que este no creia cosa alguna de las imputaciones hechas á Waverley, en la parte que pudieran mancillar su conducta como soldado y hombre de honor; y que el repeler aquel acto de urbanidad, podria interpretarse como una conviccion de no merecerlo. En fin, logró convencer á Eduardo de que lo mejor en su caso era tratar al Mayor con moderacion y decoro, de manera que él, sofocando su fuerte repugnancia á la fria y puntillosa urbanidad del magistrado, resolvió dejarse guiar por su nuevo amigo.

La entrevista fué bastante formal y seria en el principio. Pero como Eduardo habia aceptado la invitacion, y la bondad de Morton le habia suavizado realmente el ánimo, se juzgó en obligacion de conducirse con desembarazo, aunque no le era posible afectar cordialidad. El Mayor era algo *bon vivant*, y tenia excelente vino.

Contaba mil cuentos de sus campañas, y mostraba en su conversacion gran conocimiento de hombres y costumbres. Mr. Morton poseia un fondo interior de jovialidad plácida y tranquila, que rara vez dejaba de animar cualquiera reunion amistosa en que se hallara sentado á su gusto. Waverley, cuya vida era un sueño, se abandonó al impulso predominante, y presto fué el mas jovial de todos. Tenia naturalmente cualidades brillantes para sostener una conversacion agradable, aunque muchas veces callaba por vergüenza. Pero entónces tomó á punto dejar á sus compañeros de mesa una opinion favorable del que en circunstancias tan desastrosas sabia sufrir sus infortunios con serenidad y buen humor. Los tres parecian muy satisfechos, se hallaban empeñados en una conversacion muy viva, y el Mayor destapaba ya tercera botella de Borgoña, cuando se oyó un tambor á alguna distancia. El Mayor, que en la jovialidad franca de un soldado viejo habia olvidado los deberes de juez, maldijo entre dientes con un juramento militar las circunstancias que lo hacian volver á sus funciones oficiales. Levantóse, y seguido por sus huéspedes, se llegó á la ventana, desde la cual se veia el camino real muy de cerca.

Ibase acercando el tambor, aunque no tocaba ninguna marcha militar mesurada, sino una especie de redoble, parecido al que despierta á los adormecidos artesanos de un pueblo escoces, anunciándoles un incendio. Esta historia lleva por objeto hacer justicia á todos, y por lo mismo debio advertir en obsequio del tambor, que protes-

tó saber tocar todas las marchas ó toques de guerra conocidos en el ejército británico, y habia empezado con la marcha de Dumbarton; pero le hizo callar Dotado Gilfillan, comandante de la partida, que no quiso permitir á sus secuaces marchar al son de aquel toque profano y aun perseguidor, como él decia, y ordenó al tambor que tocara el salmo 119. Como esto se hallaba fuera de su capacidad, tuvo que ocurrir al inocente ran-tan-ran-tan mencionado, para suplir á la sagrada música que ni él ni su instrumento podian desempeñar. Esta anécdota se creerá tal vez inoportuna; pero el profesor de que se trata era nada ménos que el tambor público de Anderton. Trátese, pues, su memoria con el respeto debido.

CAPITULO XII.

Un voluntario ahora sesenta años.

Cuando el Mayor Melville oyó sonar el eco ingrato del tambor, abrió apresuradamente una puerta falsa que caia sobre una especie de terrado que separaba su casa del camino real, por el cual venia acercándose aquella música guerrera. Siguiéronle Waverley y su nuevo amigo, aunque es probable que él les hubiera dispensado gustoso aquella atencion. Pronto vieron venir en marcha solemne, primero al tambor, y despues una gran bandera con cuatro cuarteles, en que se leian las palabras FACTO, IGLESIA, REY, REINOS. A la persona que portaba aquel estandarte seguia el comandante de la partida, hom-

bre flaco, sombrío, de rígido aspecto, y como de sesenta años de edad. El orgullo espiritual que el huésped del Candelero veía en una especie de hipocrestá ceñuda, se hallaba exaltado y aun anublado en la cara de este hombre por un fanatismo sincero y decidido. Era imposible verlo sin que la imaginación le colocase en alguna crisis extraña, cuyo principio regulador fuera el celo religioso. Mártir en la hoguera, soldado en el campo, desterrado peregrino á quien consolara en todas las privaciones terrestres la intensidad y supuesta pureza de su fe; tal vez inquisidor fanático, tan tremendo en el poder como inflexible en la adversidad; cualquiera de estos varios caracteres habria podido convenir al personaje de que tratamos. Entre estos rasgos de energía, tenia algo de burlesca la afectada precisión de sus palabras y presencia; de modo que podia excitar miedo, admiración ó risa, conforme á la disposición que tuviese el ánimo del espectador, ó al aspecto bajo el cual se le presentase Gilfillan. Su traje era el corriente de los labradores del oeste, y aunque de mejores materiales que los comunes á los de infima clase, no se conformaban á la moda de aquel tiempo, ni al uso de los hacendados escoceses en aquel periodo. Sus armas eran un sable y pistolas, que por su aparente antigüedad podian haber visto el camino de Pentland, ó el puente de Bothwell.

Cuando se hubo adelantado algunos pasos á saludar al Mayor Melville, tocándose solemne pero ligeramente su gran sombrero azul de ala tendida, para corresponder al Mayor, que se habia

quitado cortesmente un sombrero pequeño de tres picos galoneado de oro, se figuró Waverley que tenia delante á un gefe de los antiguos Puritanos, en conferencia con un oficial de Marlborough. El grupo de unos treinta hombres armados que seguia á tan digno caudillo, formaba una singular miscelánea. Traian trages ordinarios de diferentes colores, que contrastando con las armas que portaban, los hacia parecer bien estafalarios, porque estamps acostumbrados a que el uniforme constituya un rasgo característico en los militares. Delante venian unos cuantos, que parecian animados por el entusiasmo de su caudillo, y debian ser temibles en un combate en que el celo religioso exaltara su valor natural. Otros venian muy finchados, llenos de la importancia y novedad de su situacion, miéntras los últimos, fatigados al parecer con su marcha se iban quedando atras, ó se apartaban de sus compañeros, para tomar los refrescos que podian proporcionar las tiendas y chozas inmediatas. „Seis granaderos de linea, dijo entre sí el Mayor, recordando su experiencia militar, bastarian para echar noramala á toda esta familia.“

Sin embargo, saludó cortesmente á Mr. Gilfillan, y le preguntó si habia recibido la carta que le habia enviado, y podia encargarse de conducir al castillo de Stirling al preso de estado que mencionaba en ella. „Si,“ fué la respuesta concisa del caudillo Cameroniano, con voz que parecia salir de lo mas íntimo de su persona.

„Pero vuestra escolta, Mr. Gilfillan, no es tan numerosa como yo esperaba.“

„Algunos, respondió Gilfillan, sintiéndose hambrientos y sedientos por el camino, se detuvieron para refrigerar sus pobres almas.”

„Siento mucho que no pensárais hacerlos refrescar en Cairnvreckan: cuanto hay en mi casa está á la disposicion de cuantas personas se hallen ocupadas en servicio público.”

„No hablaba yo de refrigerios carnales, respondió el sectario, mirando al Mayor Melville con cierta sonrisa que podia expresar menosprecio; con todo os doy las gracias; pero mi gente se quedó aguardando que el precioso Mr. Jabesk Rentowel hiciera la exhortacion vespertina.”

„¿De modo, señor mio, que cuando los rebeldes van á derramarse por nuestro territorio, habeis dejado á muchos de vuestros soldados que se queden á oír un sermón de campo?”

Gilfillan volvió á sonreirse con altivez al darle una respuesta indirecta. — „Así los hijos del mundo son mas sabios en su generacion que los hijos de la luz!”

„Sin embargo, continuó el Mayor, como debéis encargáros de custodiar á este caballero hasta Stirling, y entregarlo con estos papeles al Gobernador. Blakebey, os ruego que en vuestra marcha observeis algunas reglas de disciplina militar. Por ejemplo, os aconsejo que lleveis vuestra gente mas unida, y que cada voluntario cubra al que le precede, en vez de ir dispersos, como gansos en un corral, y para evitar una sorpresa, convendria formaseis una pequeña avanzada de hombres escogidos, la cual llevase delante un descubridor, de manera que al llegar

á una poblacion ó bosque. . . . Pero como no veo que me atendais, Mr. Gilfillan, supongo que no debo tomarme el trabajo de deciros mas sobre este punto. Incuestionablemente lo entendeis mejor que yo, y solo quiero advertiros que no debéis tratar con rigor ó descortesía á este caballero que va preso, ni sujetarlo á otras restricciones que las necesarias para seguridad de su persona."

„He examinado mi despacho, dijo Gilfillan, suscrito por el noble y evangélico Guillermo, conde de Glencairn; y no hallo en él que deba recibir órdenes ó instrucciones sobre mi conducta del Mayor Guillermo Melville de Cairnvreckan."

Encendióse el Mayor hasta las orejas bien empolvadas que aparecian bajo sus elegantes bucles militares, y mucho mas cuando observó que Mr. Morton se sonreia en aquel momento. Mr. Gilfillan, respondió con alguna aspereza, os pido diez mil perdones por haber importunado á un hombre de vuestra importancia. Sin embargo, como os criaron para ganadero, si no me engaño, creí oportuno deciros algo sobre la diferencia que hay entre los montañeses y sus animales; y si os encontráis alguna vez con personas que hayan servido, y estén dispuestas á hablaros en el particular, nada perderéis en oirlas. Pero he concluido, y solo me resta recomendar otra vez este caballero á vuestra cortesía, como tambien á vuestra custodia. —Mr. Waverley, mucho siento que nos sepáremos así; mas confío que cuando volvais á este pais, tendré ocasion para ofreceros en Cairnvreckan un albergue mas agradable que ahora.

Con esto apretó la mano á nuestro héroe, del que tambien se despidió afectuosamente Mr. Morton; y habiendo montado Waverley en su caballo, que llevaba de las riendas un fusilero, mientras otros dos iban á los lados, para impedirle que emprendiese fuga, se puso en marcha con Gilfillan y su partida. Al atravesar la aldea, los acompañaron los clamores de los muchachos que gritaban: „Miren, miren al caballero del Sur, á quien van á horcar por haber tirado á Juan Muckle-wrath, el herrero!”

CAPITULO XIII.

Un incidente.

EN aquel tiempo comian en Escocia á las dos de la tarde. Era, pues, como las cuatro de una tarde hermosa de otoño, cuando emprendió su marcha Mr. Gilfillan, con esperanza de llegar á Stirling á prima noche, aunque distaba diez y ocho millas. Caminaba, por lo mismo, á la cabeza de sus carpeones, y de cuando en cuando miraba á nuestro héroe, como si quisiera trabar conversacion con él. No pudiendo el cabo resistir la tentacion, acortó el paso hasta colocarse junto á él, y despues que anduvo en silencio algunos minutos, le preguntó de repente: „¿Sabéis quien era aquel hombre vestido de negro que estaba con el Laird de Cairnreckan?”

„Un clérigo presbiteriano, respondió Waverley.”

„Presbiteriano! Un Erastiano miserable, ó mas bien un preladista oscurecido; un favorecedor de

la negra tolerancia; uno de esos perros mudos que no ladran, y en sus sermones vierten vano terror y engañoso consuelo, sin sentido, sin sabor y sin vida.—Vos seréis también de ese rebaño?”

„No; soy de la iglesia de Inglaterra.”

„Lo mismo que la otra, y no es de admirar que se avengan entre sí. ¡Quién hubiera creído que la santa estructura de la iglesia de Escocia, fundada por nuestros padres en 1642, debía desfigurarse por fines carnales y corrupciones del tiempo! ¡Quién pensara que la obra del sanuario viniese abajo tan pronto!”

Eduardo no juzgó conveniente responder á esta lamentación que sacó un gemido profundo á varios de la comitiva; por lo que Mr. Gilfillan, resuelto á que por lo ménos fuese oyente suyo, cuando no le disputase, continuó su Jeremiada.

„Asombra que cuando los ministros por no ejercer su vocación y deberes ceden á complacencias pecaminosas, como patronato, indemnizaciones y juramentos, y compromisos, y otras corrupciones; asombra, repito, que vos, señor, y otros infelices como vos, trabajen por restablecer vuestra Babel antigua de iniquidad, como en los tiempos sanguinarios en que perseguían y mataban á los santos del Señor! Si no estuvierais obcecado con las gracias y favores, servicios y gustos, empleos y herencias de este mundo corrompido, yo pudiera probaros con la Escritura que fundais vuestra confianza en un trazo asqueroso; y que vuestros sobrepellices y capas pluviales solamente son deshechos de la torpe ramera que se sienta en los siete collados, y bebe la copa de abo-

minacion. Mas creo que en esta parte estais sordos como serpientes, os alucinais con sus hechizos, traficais con sus mercancías, y os embriagais en la copa de su fornicacion!

No podremos decir donde habria parado con su invectiva aquel teólogo militar. La materia era abundante, su voz fuerte y su memoria grandisima; era, pues, de creer que no acabara su exhortacion hasta llegar á Stirling, si no le distrajera un buhonero que se les habia unido en una encrucijada, y suspiraba ó gemia con mucha regularidad en todas las pausas convenientes de aquella homilia.

„Y vos, amigo, quién sois?” le preguntó Dotada Gilfillan

„Un pobre buhonero que va para Stirling, y suplica á vuestra merced le proteja con su compañía en este tiempo calamitoso. Ah! vuestra merced tiene una facultad para investigar y explicar las secretas, sí, las secretas, oscuras é incomprensibles causas de las apostasías de la tierra; sí, vuestra merced descubre la raiz verdadera del asunto.”

„Buen amigo, le dijo Gilfillan, con voz mas suave que la que habia usado hasta entónces, no me trates de merced: no gusto de que pastores, labradores y artesanos me quiten el sombrero, como al Mayor Melville de Cairnreckan, ni me llamen Laird, ni capitán, ni merced; no, mis cortas facultades, que no pasan de veinte mil marcos, han crecido con la bendicion del cielo, pero no ha subido con ellas el orgullo de mi corazon; ni me complazco en ser llamado capitán, aunque tengo un despacho en que se me da ese título

firmada por un noble evangélico, el ilustre conde de Glencairn. Mientras viva, soy y seré Habakuk Gilfillan, que sostendrá la doctrina pura de la santa iglesia de Escocia, tan famosa en otros días, ántes que traficase con el maldito Achan, mientras tenga un ochavo en la bolsa ó una gota de sangre en el cuerpo."

"Ah! dijo el buhonero, ya conozco vuestra posesion junto á Mauehlin; tierra fertilisima! y con unos ganados que no tienen igual en Escocia."

"Dices bien, dices bien, amigo, repuso Gilfillan al instante, pues en este punto no era inaccesible á los alhagos de la lisonja; tienes razon; todos son legitimos de Lancashire, y ni en los portretos de Kilmaurs se encuentran iguales; y de aquí se engolfó en una discusion de sus excelencias, que juzgamos sera tan indiferente á nuestros lectores, como lo fué entónces á nuestro héros. Concluida esta digresion volvió el caudillo á sus controversias teológicas, y el buhonero, ménos profundo en asuntos misticos, se contentaba con gemir y manifestar su edificacion en los intervalos convenientes.

"¡Qué dicha seria para las pobres naciones ciegas y papistas en que he vivido yo, el tener semejante luz que iluminará sus senderos! He ido hasta Moscovia en mi comercio, y he estado en Francia y en los Países-Bajos, y en Polonia y en parte de Alemania; y ¡oh! cómo se enterneceria y doleria el alma de vuestra merced viendo en las iglesias murmullos y cantos, y misas, y los graznidos del coro, y los bailes y juegos paganos del Sábado!"

Aquí entró Gilfillan a tratar sobre el libro de las diversiones y el Pacto, y los protestantes la junta teológica de Westminster, y el catecismo grande y chico, y la excomunion de Torwood y la muerte violenta del Arzobispo Sharp. Este último punto le llevó á la legitimidad de usar armas defensivas, sobre lo cual se expresó con mas juicio del que prometian algunas otras partes de su arenga, y aun atrajo la atencion de Waverley, que hasta entónces caminaba absorto en reflexiones tristísimas. Seguidamente discutió Mr. Gilfillan la cuestion de si un particular podia constituirse vengador de la opresion pública, y defendia con empeño la causa de Jacobo Mitchell, cuando sobrevino un incidente que interrumpió su discurso.

Hundíase ya el sol en el horizonte, cuando la partida iba subiendo un camino encajonado y algo pendiente, que conducia á la cumbre de una colina. Las tierras inmediatas no estaban cercadas; pero eran de superficie muy desigual, y tenían varios cavidades llenas de matorrales espinosos, ó cañadas cubiertas de árboles desmedrados. Un bosquecillo de esta última clase coronaba el cerro que iban subiendo. Los batidores de la partida que eran los mas ágiles y robustos, habian pasado ya de la cumbre, y se perdieron de vista por entónces. Gilfillan, con el buhonero y los tres hombres que rodeaban á Waverley, iba llegando á la cumbre y los otros se habian quedado atras, y venian á una distancia considerable.

Tal era la situacion de las cosas, cuando el bu-

honero, echando ménos, según decia, un perro que lo acompañaba, se paró y empezó á llamarlo con silbidos. Esta señal, repetida mas de una vez, enfadó á su rigoroso compañero, mucho mas porque indicaba poca atencion á los tesoros de instruccion teológica que iba derramando para edificarlo. Por lo mismo le significó gruñendo que no podia perder su tiempo aguardando un gozque inútil.

„Pero si vuestra merced tiene presente el caso de Tobías.....”

„Tobías! exclamó Gilfillan muy acalorado; Tobías y su perro son enteramente paganos y apócrifos, y solo puede traerlos á colacion un preladista ó un papista. Creo, amigo, haberme engañado respecto de vos.”

„Es muy probable, respondió el buhonero con gran fe-cura; mas sin embargo, permitidme que siga chiflando á mi pobre perro.”

Esta última señal recibió una respuesta inesperada; porque seis ú ocho montañeses robustos salieron de los matorrales, y saltando al callejon que formaba la vereda, empezaron á repartir cuchilladas con sus clamores. Gilfillan, sin azorarse con aquella aparicion desagradable, gritó valerosamente: „La espada del Señor y de Gedeon!” y sacando su sable, hubiera competido probablemente con los bravos campeones antiguos del puritanismo, si el buhonero arrebatando su fusil al voluntario mas inmediato, no hubiera dado tal culatazo en la cabeza á su maestro en la fe cameroniana, que lo derribó sin sentido. En la confusion subsecuente, uno de los compañeros de Gil-

fillan descargó un balazo al caballo en que iba nuestro héroe. Waverley cayó con el animal, ó por mejor decir, debajo de él, y recibió algunas contusiones graves. Pero al instante lo alzaron dos de los montañeses, y cogiéndolo cada uno de un brazo, lo sacaron á toda prisa de la vereda y del tumulto que se habia formado. Corrieron con gran velocidad medio sosteniendo y medio arrastrando á nuestro héroe, que pudo sin embargo percibir algunos tiros en el parage de que se alejaba. Estos, como supo despues, los disparaba la gente de Gilfillan á que ya se habian reunido los atrasados y adelantados. Al llegar todos, huyeron los montañeses, pero no sin espulgar ántes á Gilfillan y otros dos de los suyos, que se quedaron en el puesto gravemente heridos. Los voluntarios les dispararon algunos fusilazos; pero viéndose sin gefe y temerosos de otra emboscada, no se empeñaron mucho en reaprender á Waverley, y juzgaron mas prudente seguir su camino para Stirling, llevándose á su capitan y compañeros heridos.

CAPITULO XIV.

Waverley sigue en apuros.

LA velocidad y aun violencia con que arrastraban á Waverley, casi lo privaron de toda sensacion; porque los golpes que se dió al caer, no le permitian moverse por sí, como quisiera. Cuando sus conductores lo notaron, pidieron auxilio á otros dos ó tres camaradas, y suspendiendo á

Eduardo sobre uno de sus capotes, lo cargaron entre todos, relevándose á trechos, y siguieron llevándolo con igual rapidez, sin que él hiciese ya esfuerzo alguno. Hablaban muy poco, y eso en Gaélico, y no aflojaron el paso hasta no haber corrido como dos millas: entónces moderaron su extrema velocidad, aunque siguieron caminando muy aprisa.

Waverley quiso hablarles, pero le respondieron solo, „*Cha n'eil B'ur! agam, No tengo Ingles,*” que, como ya él sabia, es la respuesta constante de un montañés, cuando no entiende ó no quiere contestar á un ingles ó á un escoces de los llanos. Pronunció luego el nombre de Vich Ian Vhor, infiriendo que á él debia su rescate de las garras de Dotado Gilfillan; pero su escolta no se dió por entendida, ni aun con esto.

El crepúsculo habia cedido ya al brillo de la luna, cuando la partida hizo alto al borde de una barranca pendiente, que la luz parcial del astro nocturno hacia parecer llena de árboles y matorrales espesos. Dos de los montañeses bajaron á ella por una vereda imperceptible, como para explorar su fondo, y uno de ellos que volvió á los pocos minutos, dijo algo á sus compañeros, que al punto levantaron otra vez su carga, y empezaron á bajar con gran cuidado por aquel áspero y estrecho sendero. A pesar de sus precauciones, llevó Waverley algunos golpes contra los peñascos y ramas laterales.

En el fondo de la barranca y al márgen de un arroyo, segun parecia, (pues Waverley oyó sonar una corriente considerable de agua, aunque por

la oscuridad no pudo verla), volvió á pararse la partida ante una choza pequeña y de tosquisima construccion. La puerta estaba abierta, y la parte interior parecia tan incómoda y grosera, como debia esperarse por el aspecto de la exterior y el parage en que se hallaba situada. El suelo natural servia de piso; el techo parecia hendido en muchas partes; las paredes eran de piedra suelta y césped, y unas ramas de árboles formaban el techo. En el centro estaba una lumbrada, que llenaba toda la choza de humo, saliendo este por la puerta y por una abertura circular que se notaba arriba. Una sibila vieja montañesa, única moradora de tan infeliz estancia, parecia muy ocupada en preparar algun alimento. Con la luz que daba el hogar descubrió Waverley que su escolta no era del clan de Ivor, pues Fergus cuidaba mucho de que sus vasallos usasen el barragan con listas peculiares á su raza; distincion que antiguamente fué general entre los montañeses, y aun la sostenian los caudillos que se preciaban de su linage, ó pretendian autoridad separada y exclusiva.

Eduardo habia pasado en Glennaquoich bastante tiempo para haber observado una distincion de que oyó hablar repetidas veces; y satisfecho ya de que no podia pretender influjo alguno sobre sus compañeros, revolvió sus desconsolados ojos por lo interior de la choza. Sus únicos muebles eran una cubeta de lavar, una prensa de madera, muy maltratada, y una gran cama, tambien de madera, entablada al rededor, y que se abria por una especie de puerta corrediza. En este recinto pusieron los montañeses á Waverley, despues que

rehusó por señas tomar alimento alguno. La noche fué malísima: su interrumpido sueño le presentaba extrañas visiones, y para disiparlas tenia que hacer constantes y reiterados esfuerzos mentales. A estos síntomas siguió un grande escalofrío con fuerte dolor de cabeza y de todo el cuerpo, de modo que por la mañana los montañeses de su guardia ó escolta, pues no sabia en qué clase ponerlos, conocieron que no podia seguir caminando.

Despues de una larga consulta, marcharon seis de ellos con las armas, dejando allí á un viejo y á un jóven. El primero se dirigió á Waverly, y le puso fomentos en las conusiones, que se hacian ya visibles por su hinchazon y color amoratado. Su maleta, que no se olvidaron de traer los montañeses, le proporcionó lienzo para vendas, y le sorprendió mucho ver que se la entregaban intacta, con todo lo que en ella venia. Su colchon parecia limpio y cómodo, y el anciano asistente le cerró la puerta de la cama, porque no tenia cortinas, dirigiéndole algunas palabras gaélicas, en que infirió lo invitaba á que descansase. Ya tenemos, pues, á nuestro héroe por segunda ocasion bajo la férula de un Esculapio montañés; pero en una situacion mucho mas incómoda que cuando era huésped del buen Tomanrait.

La fiebre sintomática que acompañó á los golpes recibidos por Eduardo, desapareció al tercer dia cediendo al cuidado de sus asistentes y á la fuerza de su constitucion, y pudo ya incorporarse en la cama, aunque no sin dolores. Observó sin embargo que el montañés viejo y su cuidadora no gustaban de que tuviese abierta la puerta de la

cama, para entretenerse en observarles sus movimientos; y al cabo, despues que Waverley abrió repetidas veces la tapa corrediza de su jaula y ellos la cerraron otras tantas, el viejo terminó la disputa, asegurándola tan eficazmente por fuera con un clavo, que ya no pudo abrirse sin quitar ántes aquel impedimento exterior.

Miéntras cavilaba nuestro héroe sobre la causa de tal espíritu de contradiccion en personas cuya conducta no indicaba designios de rapiña, y que en otras cosas parecian deseosos de su alivio y satisfaccion, ocurrióle que en uno de los periodos mas graves de su enfermedad habia visto como volar al rededor de su cama una figura femenina, mucho mas jóven que su enfermera montañesa. Es verdad que solo tenia un recuerdo muy confuso de aquella vision; pero se confirmaron sus sospechas cuando en el curso de aquel dia oyó la voz de otra muger que conversaba en voz muy baja con su asistenta. ¿Quién seria? ¿Y por qué procuraba ocultársele? Exaltóse al punto su imaginacion, y se dirigió á Flora Mac-Ivor. Pero despues de una corta lucha con su lisonjero deseo de creer que su amada se hallase en aquellas inmediaciones, guardando su lecho de dolor como un ángel de piedad, reconoció Waverley que tal conjetura era del todo improbable; pues apenas podia imaginarse que ella hubiese abandonado su albergue comparativamente seguro de Glen-naquich, para bajar á los llanos, que estaban siendo el teatro de la guerra civil, y habitar en aquel escondrijo miserable. Sin embargo, le palpataba el corazon cuando podia oír distintamente los

ligeros pasos de una jóven que entraba ó salía en la choza, ó el murmullo de una voz femenina dulce y delicada, que conversaba con la voz áspera y graznadora de Janet, nombre que entendió tenía su anticuada enfermera

No temendo, pues, objeto de ocupacion en su soledad, se dedicó á formar algun plan que satisficiese su curiosidad, á despecho de los afanes precautorios de Janet y del genizaro viejo montanes, pues el jóven habia desaparecido en la mañana siguiente á su llegada. Al fin, despues de mil reconocimientos, el deterioro de aquel cajon pareció presentarle medios para satisfacer su curiosidad, pues pudo arrancar un clavo de una tabla carcomida. Por aquel pequeño agujero vió á una muger envuelta en un capote que estaba conversando con Janet. Pero desde el tiempo de nuestra madre Eva hasta ahora, la curiosidad desordenada se ha llevado chasco en penitencia. El talle de aquella muger no era el de Flora, ni pudo verla el rostro; y para completar el chasco, miéntras él trabajaba por ensanchar el agujero con el mismo clavo para ver mejor, lo descubrió el ruido que hacia, y el objeto de su curiosidad desapareció al instante, y no vió que despues volviese á la choza.

Desde entónces no se tomaron ya precauciones para impedirle la vista, y no solo se le permitió levantarse, sino que lo ayudaron á ello. Pero no le dejaban salir de la choza, porque el montanes habia vuelto, y él ó el viejo estaban continuamente de guardia. En cuanto Waverley se acercaba á la puerta, el centinela se le ponía de-

lante con resolucion, pero sin violencia, á no dejarlo salir, y le insinuaba con señas que era peligrosa tal tentativa, y que habia enemigos en aquellas inmediaciones. La anciana Janet parecia vigilante y cuidadosa, y Waverley, que aun no tenia fuerzas suficientes para intentar marcharse á despecho de sus huéspedes, tuvo que someterse por necesidad. Su mesa era mejor de lo que podia esperarse en aquel punto, pues le servian aves y aun vino. Los montañeses jamas pretendieron comer con él, y lo trataban con gran respeto, en cuanto no tenia que ver con su vigilancia. Su único pasatiempo era mirar desde la ventana (ó agujero que hacia sus veces) á un riachuelo ancho y furioso, que se precipitaba con estruendo y espuma por un lecho de rocas, cubierto con árboles y matorrales espesos, como diez piés mas abajo de aquella mansion de cautiverio.

Al sexto dia de su encierro se sintió Waverley tan mejorado, que empezó á meditar su fuga de aquella miserable y tediosa prision, creyendo preferible cualquier riesgo de la tentativa á la uniformidad embrutecedora é intolerable de la choza de Janet. Es verdad que le ocurrio duda sobre el rumbo que debia tomar cuando se viera libre. Presentábansele dos planes que parecian practicables, aunque ambos tenian dificultad y peligro. El uno era volverse á Glennaquoich, y reunirse á Fergus Mac-Ivor, por el cual estaba seguro de ser bien recibido; pues el rigor con que le habian tratado, le absolvía en su concepto de toda fidelidad al gobierno existente. El otro

proyecto era dirigirse á un puerto de Escocia y embarcarse allí para Inglaterra. Vacilaba entre estos dos planes, y si se hubiera escapado, probablemente se habria decidido por la facilidad comparativa que presentara la ejecucion de uno ú otro. Pero su fortuna habia determinado que esto no quedase á su arbitrio.

El séptimo dia por la tarde se abrió de repente la puerta de la choza, y entraron dos montañeses, á los que reconoció Waverley por haber sido de los que allí le condujeron. Tuvieron un rato de conversacion con el anciano y su compañero, y en seguida insinuaron á Waverley por señas significativas, que debia disponerse á seguirlos. Fuéle muy grata esta comunicacion. Lo ocurrido durante su enfermedad, hacia evidente que no trataban de hacerle daño alguno personal; y la inaccion fatigaba ya su espiritu novelasco, que en aquellos dias habia recobrado mucha parte de la elasticidad que temporalmente le habian quitado sus últimas desagradables aventuras. Su pasion á lo maravilloso habia cedido á los males extraordinarios y al parecer insuperables que lo habian rodeado en Cairnvreckan, aunque tal disposicion crece con aquel grado menor de peligro que realza la dignidad de quien lo sufre. En efecto, la combinacion de una curiosidad intensa y de una imaginacion exaltada, forma una especie peculiar de valor, algo semejante á la luz que acostumbran llevar los mineros, suficiente para guiarlos y servirles en los peligros ordinarios de su ocupacion; pero que sin duda se les apagará en las manos, si encuentran

el riesgo mas formidable de las mofetas ó vapores mortíferos. Mas ya estaba reanimada entonces, y Waverley contemplaba entre ansiedad, esperanza y temor, el grupo que tenia delante, mientras los recién llegados tomaban una comida frugal y apresurada, y los otros recogian sus armas y se disponian brevemente á la partida.

Estaba sentado en la ahumada choza, algo distante del fogon, en torno al cual se agrupaban los otros, cuando sintió una presion ligera en el brazo. Volvió la cabeza, y era Adelaida, la hija de Donald Bean Lean. Enseñóle con ademán reservado un paquete de papeles: púsose un dedo en los labios por un segundo, y siguió trabajando en ayudar á Janet, que guardaba la ropa de Waverley en su maleta. Era claro su deseo de que él no se diera por entendido; sin embargo, le dirigió repetidas miradas, siempre que pudo sin ser vista, y cuando vió que él la miraba, introdujo el paquete en el dobléz de una camisa que depositó al punto en la maleta.

Este incidente prestó nuevo pábulo á sus conjeturas. ¿Era Adelaida su cuidadora desconocida, era aquella doncella de la caverna el génio tutelar que velaba su lecho durante su indisposicion? ¿Estaba por ventura en manos de su padre? y en tal caso ¿cuál podia ser el objeto de este? Parecia no querer despojarlo, quo era el motivo comun de sus empresas; pues no solo se le habia devuelto su ropa, sino aun le habian dejado su bolsillo, que podia tentar los deseos de aquel ladron consuetudinario. Acaso el paquete podia explicarlo todo; mas por el modo

y señas de Adelaida era claro que solo debia examinarlo á solas. Tampoco ella volvió á mirarle, cuando notó que él habia observado y entendido su maniobra. Al contrario, poco despues salió de la choza, y solo al pasar la puerta, favorecida por la oscuridad, dirigió á Waverley una sonrisa maligna y una inclinacion de cabeza muy significativa, ántes de internarse en la barranca tenebrosa.

El montañes jóven fué y volvió varias veces, despachado por los demas, como para traer noticias. Al fin cuando volvió por tercera ó cuarta vez, se levantaron todos, é hicieron señal á nuestro héroe para que los acompañase. Sin embargo, ántes de marchar dió la mano á la pobre Janet, que tambien le habia servido, y añadió á esta expresion pruebas sustanciales de gratitud por su asistencia.

„Dios os bendiga y prospere, capita Waverley, dijo la anciana en buen escoces, aunque ántes no la habia oido Eduardo proferir una sílaba que no fuese en gaélico. Pero la impaciencia de sus camaradas no le permitió dilucidar aquel misterio.

CAPITULO XV.

Aventura nocturna.

Hubo una pausa momentánea cuando todos salieron de la choza, y el montañes que tomó el mando y en quien recordó Waverley al que obraba como teniente de Donald Bean Lean, impuso á todos el silencio mas rigoroso con murmullos y se-

ñas. Entregó á Eduardo una espada y una pistola, señalando á la vereda, puso la mano en el puño de su claimore, dándole á entender que tal vez seria necesario abrirse camino á viva fuerza. En seguida se puso á la cabeza de los demas, que seguian de uno en uno, siendo Waverley el que iba mas inmediato al comandante. Este caminaba con gran precaucion, como si temiese alarmar, é hizo alto, apénas llegó al término de la subida. No tardó Waverley en penetrar el motivo, pues oyó no léjos el *alerta* de un centinela ingles. Aquel grito resonó por la barranca boscosa en el silencio nocturno, y sus ecos lo repitieron. Por segunda, tercera y cuarta vez se oyó la misma señal á mas y mas distancia. Era claro que tenian cerca una partida de soldados vigilantes, aunque no lo suficiente para descubrir á hombres tan prácticos y diestros como los que entóncés atendian á sus precauciones inútiles.

Cuando espiraron aquellos sonidos en el silencio de la noche, empezaron su marcha los montañeses con bastante velocidad, pero en el silencio mas cuidadoso. Waverley tuvo poco tiempo y ménos humor para hacer observaciones, y solo advirtió que pasaban á alguna distancia de un edificio grande, en cuyas ventanas brillaban todavía una ó dos luces. Un poco mas allá, el montañés delantero se puso á aspirar el aire como un sabueso, y en seguida mandó hacer alto con una seña. Púsose á gatas envuelto en su capote, de modo que apénas se distinguia del terreno brezoso en que se arrastraba, y en esta postura se adelantó á reconocer. Volvió poco despues, despidió á sus

compañeros, quedándose con uno solo, y haciendo comprender á Waverley que debia imitarle, se pusieron los tres en camino andando en cuatro piés.

Después que en tan incómoda postura se arrastraron mas tiempo del que convenia á las manos y rodillas de Waverley, percibió este un olor de humo, que probablemente habian distinguido antes las narices mas delicadas de su guia. Salia de un corral bajo y ruinoso, cuyas paredes eran de piedra suelta, como se acostumbra en Escocia. El montañés guió á Waverley hasta aquella pared baja, y quizá para hacerle comprender el peligro, ó para que apreciara su destreza, le insinuó con su ejemplo que levantara la cabeza y mirase al interior del corral. Hízolo Waverley, y vió una avanzada compuesta de cuatro ó cinco soldados, tendidos en torno de una lumbrada. Todos estaban dormidos, ménos el centinela que se paseaba llevando al hombro su fusil, cuyo cañon reflejaba el brillo rojo de la lumbrera cuando pasaba por delante de ella, y dirigia frecuentes miradas á la parte del cielo en que debia parecer la luna, oscurecida entónces por la niebla.

De alli á dos minutos, por uno de los repentinos cambios atmosféricos propios de las regiones montañosas, sopló un viento fresco, barriendo las nubes que cerraban el horizonte, y el astro de la noche derramó todo su esplendor sobre una llanura vasta y seca, salpicada con matorrales y arbustos por el rumbo de que ellos vinieron; pero abierta á la vista del centinela por el lado á que se dirigian. En aquel momento los cubria

la cerca del corral; mas parecia imposible salir de su sombra sin que al punto fuesen descubiertos.

El montañés levantó los ojos á la bóveda azulada; pero léjos de bendecir aquella hermosa luz, como el rústico de Homero, ó por mejor decir, de Pope, murmuró una maldicion gaélica al importuno brillo de *M Farlane's buat* (es decir, linterna). Estúvose algunos minutos mirando inquieto en torno de sí, y luego pareció tomar su resolucion. Hizo señas á Eduardo para que no se moviese, y dejando con él á su compañero, despues que le dijo algo al oido, se retiró por el mismo rumbo y de igual modo que habia venido, procurando cubrirse con las desigualdades del terreno. Eduardo volvió la cabeza, y lo vió arrastrarse con la destreza de un indio, aprovechando todas las matas y ondulaciones del suelo para no ser visto, y deteniéndose en los parages mas descubiertos, hasta que el centinela le volvia la espalda. Al fin llegó á los matorrales que cubrian parcialmente el llano por allí, y probablemente llegaban hasta la orilla de la barranca en que tantos dias habia pasado Waverley. Entónces desapareció el montañés, mas sólo por unos cuantos minutos, pues repentinamente salió por otra parte de los matorrales, y adelantándose audazmente al llano para que le viesen, tendió su fusil y lo disparó al centinela. La herida que recibió el infeliz en un brazo interrumpió desagradablemente sus observaciones meteorológicas y la tonada que estaba silbando. Contestó sin efecto al tiro, y sus compañeros que se levantaron azorados, corrieron hácia el punto de que habia salido el primer su-

sílazo. El montañés les permitió que viesen perfectamente su persona, y luego se perdió entre los matorrales, conseguido ya el objeto de su audaz estratagema.

Mientras los soldados lo perseguían por aquella dirección, Waverley guiado por su otro asistente, echó á correr por la contraria, que entonces quedaba libre, y era la que debían tomar. Cuando corrieron como un cuarto de milla, se hallaron ya cubiertos de toda observación por un cerrito que habían pasado. Con todo aun oían de lejos los gritos de los soldados que se llamaban unos á otros, y el ruido mas lejano de un tambor que tocaba llamada. Pero estos sonidos hostiles quedaban ya tras de ellos, y como seguían caminando rápidamente, presto dejaron de oírlos.

A la media hora de camino por un terreno abierto y estéril como el anterior, llegaron al tronco de una encina seca, que por sus reliquias demostraba haber sido muy corpulenta. En una hondonada inmediata encontraron á varios montañeses con dos ó tres caballos. Apenas habían pasado con ellos algunos minutos, que probablemente empleó el guía de Waverley en comunicarles el motivo de su dilación, porque repitió varias veces el nombre de Duncan Duroch, cuando se presentó el mismo Duncan, sofocado y con todos los síntomas de haber corrido para escapar el pellejo, pero riéndose y muy satisfecho por el buen éxito de la estratagema con que había burlado á sus perseguidores. Esto, á la verdad, no era difícil para un montañés ágil que conocía perfectamente el terreno, y se-

guia su direccion con una firmeza y confianza que no podian tener sus perseguidores. Aun parecia continuar la alarma que él habia excitado, pues se oian muy léjos algunos tiros que parecian aumentar la alegría de Duncan y sus campañeros.

Entónces recogió el montañés las armas que habia prestado á nuestro héroe, dándole á entender que ya estaban superados felizmente los peligros de la jornada. Waverley montó uno de los caballos, lo que le fué muy agradable por las fatigas de aquella noche, y un resto de flaqueza que le habia dejado su indisposicion reciente. Colocaron en otro su maleta, Duncan subió en el tercero, y echaron á caminar acompañados por su escolta. No tuvieron otra novedad aquella noche, y al amanecer llegaron á la orilla de un rio impetuoso. Los alrededores eran bellos y fértiles. Entre los árboles que coronaban aquellas barrancas se veian tablas de trigo, que en aquel año ofrecian abundante cosecha, parte de la cual estaba ya segada.

En la márgen opuesta del rio, y rodeado en parte por una de sus vueltas, se alzaba un castillo grande y sólido, sobre cuyas torrecillas medio arruinadas resplandecian ya los primeros rayos del sol. Su figura era un cuadrilongo, bastante grande para contener en su centro un patio espacioso. Las torres que habia en cada ángulo superaban á las murallas, y sobre ellas se alzaban otras torrecillas de forma irregular y diferentes alturas. Sobre una de estas se divisaba un centinela, cuya gorra y capa, que agi-

taba el viento, hacian ver que era montañas, así como la bandera blanca que ondeaba en otra torre, anunciaba que la fortaleza estaba guardada por los insurgentes partidarios de la casa de Stuart.

Pasaron de prisa por una aldea corta, donde su presencia no produjo sorpresa ni curiosidad en los pocos labradores que se levantaban á trabajar en la siega, atravesaron un puente estrecho y antiguo de varios arcos, y girando á la izquierda por una calle de ancianos y corpulentos sicomoros, se halló Waverley en frente del edificio lúgubre y pintoresco que de lejos habia ya admirado. Una gran reja de fierro que formaba la defensa exterior de la puerta, estaba abierta para recibirlos, y habiéndoseles franqueado luego esta, que era de roble, y estaba tachonada con muchos y fuertes clavos, entraron al patio interior. Un caballero vestido al uso montañés, y con una cucarda blanca en la gorra, ayudó á Waverley al apearse de su caballo, y con modales muy cortesanos, le dió la bien venida al castillo.

El gobernador, porque así debemos llamarlo, condujo á Waverley, á un aposento medio ruinoso, en que habia un catre de campaña, y habiéndole ofrecido los refrescos que gustase, iba ya á salirse.

„No añadiréis á vuestras atenciones, le dijo Waverley, despues que le dió las gracias en la forma ordinaria, la de informarme dónde estoy, y si debo considerarme ó no como preso?”

„Sobre este particular no puedo explicarme

como quisiera. Sin embargo, os diré brevemente que estais en el castillo de Doune, distrito de Menteith, y no os amenaza peligro alguno.”

„¿Y quién me asegura esto?”

„El honor de Donald Stuart, gobernador de la fortaleza, y teniente coronel al servicio de su Alteza Real, el príncipe Cárlos Eduardo.” Y al decir esto, salió al punto del cuarto, como para cortar la conversacion.

Nuestro héroe, fatigado por las aventuras de la noche anterior, se arrojó en el catre, y á los pocos minutos se quedó profundamente dormido.

CAPITULO XVI.

Continúa el viaje.

WAVERLEY despertó ya bien tarde, y empezó luego á sentir que habia pasado muchas horas sin tomar alimento; mas no tardaron en traerle un almuerzo abundante, aunque no volvió á presentarse el coronel Stuart, como si quisiera evitar las preguntas de su huésped. Con todo, le envió un recado con un asistente, ofreciéndole cuanto pudiera servir al capitan Waverley en el viaje que debia seguir aquella tarde misma. A las preguntas ulteriores de nuestro héroe opuso el asistente la impenetrable barrera de una ignorancia y estupidez verdadera ó afectada; levantó la mesa y los platos, y dejó á Waverley entregado á sus meditaciones.

Cavilaba en su extraña fortuna, que parecia complacerse en ponerlo á disposicion de otros

y no dejarlo dirigir su conducta, cuando casualmente fijó los ojos en su maleta, que habian traído á su aposento miéntras él dormía. Recordó al punto la aparicion misteriosa de Adelaida en la choza de la barranca, y cuando trataba de coger y examinar el paquete que ella habia colocado entre su ropa, se le presentó de nuevo el asistente del coronel Stuart, y se echó al hombro la maleta.

„Decid, amigo, ¿no podré sacar una muda de ropa?”

„El coronel os dará una de sus camisas enrizadas, pero este bulto debe marchar en el carro que sale ahora.”

Dijo, y con la mayor frescura se llevó la maleta, sin aguardar más razones, dejando vacilar á nuestro héroe entre cólera ó enfado. A los pocos minutos oyó salir el carro, y no dudó que por algun tiempo, si no para siempre, le privaban de los únicos documentos que podian explicar de algun modo los misterios que últimamente habian influido en su destino. Con tan melancólicos pensamientos entretuvo tres ó cuatro horas mas de soledad.

Al fin oyó tropel de caballos en el patio, y poco despues vino el coronel Stuart á pedirle que tomase algo ántes de la partida. Aceptó la oferta, porque el almuerzo, aunque habia sido tarde, no lo dejó incapaz de honrar la comida que entónces le presentaban. La conversacion de su huésped era la de un caballero campesino de sencillos modales, mezclada con algunos sentimientos y expresiones de soldado.

Evitaba cuidadosamente hablar de las operaciones militares y opiniones políticas de aquel tiempo, y si Waverley le preguntaba directamente sobre estos particulares, él respondía que no estaba en libertad para hablar de ellos.

Cuando acabaron de comer, se levantó el Gobernador, y deseando á Eduardo un viaje feliz, le dijo que sabia se habian llevado su equipage, por lo que se habia tomado la libertad de habilitarlo con las mudas de ropa que podia necesitar, mientras recobraba la suya. Con este cumplimiento se retiró, y al punto avisó un criado á Waverley que su caballo estaba ya pronto.

Bajó, pues, al patio, en que un dragon tenia del diestro un caballo ensillado: montólo, y salió del castillo, acompañado por unos veinte hombres armados de á caballo. Estos no parecian soldados, sino individuos que habian tomado las armas repentinamente por algun motivo inesperado. Su uniforme, que afectaba imitar el de los cazadores franceses, no estaba muy completo, y los sentaba malísimamente. Waverley, habituado á la perfecta disciplina de su regimiento, vió luego que los movimientos y hábitos de sus conductores no eran de soldados regulares, y que si bien parecian buenos ginetes, su habilidad era de cazadores ó mozos de caballeriza, mas bien que de dragones. Los caballos no estaban enseñados al paso regular, tan necesario para ejecutar formaciones y movimientos combinados y simultáneos, ni parecian acostumbrados al golpeo del sable. Sin embargo, los ginetes parecian ágiles y robustos, é individualmente po-

dian ser formidables como caballería ligera. El comandante de aquella corta fuerza iba montado en una excelente yegua, y llevaba uniforme; pero este nuevo traje no impidió que Waverley reconociese á su antiguo comensal, Mr. Falconer de Balmawhapple.

Aunque los términos en que Eduardo se habia separado de este caballero no eran los mas amistosos, de buena gana habria sacrificado toda memoria de su necia contienda, por volver á disfrutar el deleite social de preguntar y responder, de que por tanto tiempo habia carecido. Mas parecia que aquel jóven ordinario y altivo todavia recordaba con sentimiento su infausto desafío con el Baron de Bradwardine, á que involuntariamente dió motivo nuestro héroe. Evitaba cuidadosamente dar muestra alguna de conocerle, y marchaba á la cabeza de la tropa, que á pesar de su corto número, se llamaba la compañía del capitán Falconer, y la precedia un clarín, que tocaba de rato en rato, y una bandera que llevaba el alférez Falconer, hermano menor de Balmawhapple. El teniente era un hombre mayor, y tenia cara de ser un pillo muy ordinario. Una expresion de buen humor predominaba en sus toscas facciones, que indicaban hábitos de embriaguez; llevaba el sombrero de medio lado, y chiflando una tonada vulgar, bajo la influencia de un cuartillo de aguardiente, caminaba muy gustoso, sin dárselo un pito del estado del país, de la direccion de la tropa, del término de la jornada, ni de ningun otro negocio terrestre.

Este personaje emparejaba de cuando en cuan-

do su caballo con el de Waverley, quien esperó sacar de él algunas noticias, ó á lo ménos entretener el camino conversando.

„Hermo-a tarde, caballero,” fué la salutacion de Eduardo.

„Oh! sí, respondió el teniente, ya veremos la noche.”

„Y parece que la cosecha será buena,” continuo Waverley, prosiguiendo el primer ataque.

„Sí, sí: se cogerá bastante avena; pero los labradores (¡mal rayo los parta!) y los molineros sostendrán el precio antiguo contra los pobres que mantienen caballos.”

„¿Sois acaso cuartel-maestre?”

„Sí, cuartel-maestre, maestro de equitacion y teniente de la compañía. Y sin duda, ¿quién es mas propio para cuidar de las pobres bestias que yo que las he comprado y vendido á todas?”

„Y decid, señor mio, ¿podré saber dónde vamos ahora?”

„Temo que á nada bueno,” respondió aquel comunicativo personage.

„En tal caso, extraño ver en camino á un sujeto de vuestras prendas.”

„Es verdad, mucha verdad; pero cada cómo tiene su por qué. Debeis saber que nuestro *Laird* me compró todas esas bestias para montar su tropa, obligándose á pagármelas segun las necesidades y precios del tiempo. Pero no tenia el dinero de contado, y ya me habian dicho que una obligacion suya era poco ménos que nada, y luego tenia yo que liquidar cuentas con mis habilitadores para el mes de noviembre: por lo

que, habiéndome él ofrecido generosamente esta tenencia, y convencido de que mis méritos del año de *quince* no me harán cobrar mi plata por haber franqueado caballos á los enemigos del gobierno, creí que el modo mejor de asegurar mi pago era irme con ellos; y ya podeis considerar que habiendo comerciado toda mi vida en sogas y lazos, no me importa mucho poner el pescuezo al alcance de un collar de cáñamo."

"Luego no sois militar de profesion!"

"No, no, gracias á Dios, respondió el animoso partidario, no he tenido tan mala estrella. Mi ejercicio es piador y tratante en bestias; y si alguna vez nos vemos en Whitson, ó en la feria de Hawick, y necesitais un caballo de primera, os lo proporcionaré superior y barato, pues Jaime Jinker es hombre que jamas engañó á un caballero. Vos lo sois, y debeis ser inteligente en punto de caballos. Ya veis esa yegua que tiene Balmahwapple; pues yo se la vendí. Es hija de Lick-Ladde, que ganó la bajilla real en Caverton Edge, y de Patas-empolvadas, del Duque Hamilton," &c. &c.

Mas quando Jinker se engolfaba á toda vela en la genealogía de la yegua de Balmawnapple y llegaba ya á sus bisabuelos, y Waverley aguardaba oportunidad de sonsacarle noticias mas importantes, el noble capitan se atravesó esperándolos, y quando llegaron á él, sin hacer mencion directa de Eduardo, dijo con áspero tono al genealogista: "Creia, teniente, haber dado órden muy clara y estrecha para que ninguno hable con el preso."

El transformado chalan no respondió una sílaba, y se fué quedando á retaguardia, donde se consoló de aquella peluca, entablando una vehemente disputa sobre el precio del heno con un labrador que seguia con repugnancia las banderas de Balmawhapple, porque este no le quitara unas tierras, cuyo plazo de arrendamiento habia espirado en aquellos dias. Quedó, pues, Waverley condenado á un triste silencio, temiendo que otra tentativa de su parte para entablar conversacion con alguno de la escolta, diese ocasion al resentido capitán para que desplegase la insolencia de la autoridad, y la dureza de un carácter naturalmente grosero, y que habian corrompido mas y mas sus indecentes hábitos, y la vil adulacion de sus inferiores.

A las dos horas de marcha, estaban junto al castillo de Stirling, en cuyas almenas resplandecia la bandera de la union, al ondear entre los rayos del sol vespertino. Para abreviar el camino, ó tal vez mostrar su importancia é insultar á la guarnicion inglesa, tomó Balmawhapple á la derecha, y atravesó el parque real que rodea la roca en que está situada la fortaleza.

En cualquiera otra situacion hubiera admirado Waverley la novelesca hermosura del sitio interesante por que pasaba; el campo que habia sido teatro de torneos antiguos; la roca desde la cual asistian las damas á las justas, haciendo votos por el triunfo de sus respectivos caballeros; las torres del templo gótico en que debian cumplir esos votos, y sobre todo la fortaleza misma, á la vez castillo y palacio, en que los reyes pro-

miaban el valor, y los caballeros y damas pasaban la noche entre danzas, cantos y festines. Todos aquellos objetos debian interesar á una imaginacion viva y novelesca.

Pero Waverley tenia otros objetos en que pensar, y presto ocurrió un incidente que debia perturbar cualquiera clase de meditaciones. El orgulloso Balmawhapple, al rodear con su pequeño cuerpo de caballería junto á la base del castillo, mandó tocar el clarin y desplegar su estandarte. Este insulto produjo alguna sensacion, pues cuando se alejaron lo bastante para que pudiese apuntárseles con un cañon de la batería del sur, salió un fogonazo de una de las troneras, y ántes que se oyera el estallido, pasó una bala rugiendo sobre la cabeza de Malmawhapple, y enterrándose en el suelo á pocas varas de allí, lo cubrió con la tierra que habia levantado. Con esto no fué necesario espolear á la partida: los caballos de Mr. Jinker mostraron luego toda su velocidad, y los ginetes, retirándose con mas prontitud que orden, no volvieron al trote, como observó el teniente, hasta que una loma los puso á cubierto de otra cortesía como aquella por parte del castillo de Stirling. Sin embargo, debo hacer justicia á Balmawhapple, que no solo iba tras de todos, y procuraba ponerlos en orden, sino correspondió al fuego del castillo, disparando valerosamente un pistoletazo á las almenas; bien que distando estas casi media milla, no he podido averiguar si aquel acto de represalia produjo algun efecto importante.

En seguida pasaron los caminantes al memorable campo de Bannock burn, y llegaron al Tor-

wood, sitio glorioso ó terrible en la memoria de los escoceses, por las proezas de Wallace, o las crueldades de Wudd Willie Grime. En Falkirk, poblacion famosa ya en la historia de Escocia, y que presto debia volver á distinguirse, como teatro de acontecimientos militares importantes, dispuso Balmawhapple hacer alto y descansar aquella noche. Hizose esto con poquisima atencion á la disciplina militar, pues el digno cuartel-maestre solo cuidaba de bñscar el mejor aguardiente. No se creyó necesario poner centinelas, y solo velaron los que pudieron proporcionarse licor. Poquisimos hombres resueltos podian haber acabado fácilmente con aquella partida; pero entre los vecinos algunos eran afectos, muchos indiferentes y los demas se hallaban acobardados. Así nada memorable ocurrió aquella noche, sino que los borrachos interrumpieron cruelmente el sueño de Waverley, berreando sus canciones jacobiticas sin consideracion ni remordimiento.

Al dia siguiente muy temprano continuaron su marcha para Edimburgo, aunque por la palidez de algunos se veia que se habian desvelado en la crápula toda la noche anterior. Segun iban acercándose á la metrópoli de Escocia, empezaron á oir el estruendo de la guerra. El eco lejano pero distinto de cañonazos disparados á intervalos, instruyó á Waverley de que se trabajaba en la obra de la destruccion. Aun Balmawhapple tuvo por conveniente adoptar algunas precauciones, como enviar delante una descubierta, conservar algun órden en el grueso de su tropa, y avanzar con paso regular y seguro.

De este modo encumbraron presto una altura, desde la cual podia ver á Edimburgo tendida al pié del cerro que baja en disminucion desde el castillo. Este se hallaba sitiado, ó mas bien bloqueado por los insurgentes del norte, que habian ocupado la ciudad por dos ó tres dias, y hacia fuego de cuando en cuando sobre los grupos de montañeses que se descubrían en la calle principal, ó en algun otro punto inmediato á la fortaleza. La mañana estaba serena y clara, por lo que cada cañonazo envolvía el castillo en coronas de humo, cuyas extremidades se disipaban lentamente en el aire, mientras el velo central se oscurecia mas y mas con las otras nubes que á poco rato vomitaban las almenas. Todo ello formaba un espectáculo de grandeza sombría, que para Waverley se hacia mas solemne al reflexionar su causa, y que cada explosion de aquellas podia ser el doble funeral de algun valiente.

Antes que llegasen á la ciudad, habia cesado ya completamente el cañoneo. Sin embargo, Balmawhapple, que no olvidaba la tosca salutacion que la bateria de Stirling habia dirigido á su tropa, no parecia deseoso de tentar la paciencia á los artilleros del castillo. Salió, pues, del camino recto, y rodeando al sur, para no pasar á tiro de cañon, se acercó al antiguo palacio de Holyrood, sin haber entrado en la ciudad. Formó sus soldados frente de aquel venerable edificio, y entregó la persona de Waverley á una guardia de montañeses, cuyo oficial le condujo al interior del palacio.

Una galería larga, baja y mal proporcionada,

Rena de figuras llamadas retratos de reyes, que si acaso existieron, fué algunos siglos antes que se inventase la pintura al óleo, servía de vestíbulo á los aposentos que el intrépido Carlos Eduardo ocupaba en el palacio de sus mayores. Oficiales montañeses y llaneros pasaban apretados de una parte á otra, y otros parecían esperar órdenes. Algunos secretarios se ocupan en extender papeletes, listas y despachos. Todos parecían cuidadosos y pendientes de algun negocio importante; pero ninguno hizo caso á Waverley, que tomó asiento en el hueco de una ventana, entregado á reflexiones ansiosas sobre la crisis de su destino, que ya parecía muy próxima.

CAPITULO XVII.

Un conocido antiguo y otro nuevo.

MIENTRAS yacia nuestro héroe sumergido en sus cavilaciones, oyó pasos por detrás, un brazo amigo cinó su cuello, y una voz amiga exclamó: „¿Dijo bien el profeta montañés? ¿O nada importa la segunda vista?”

Waverley volvió la cara, y recibió el afectuoso abrazo de Fergus Mac-Ivor. „Mil veces bien venido á Holyrood; que ya está en poder de su legítimo soberano! ¿No os dije que prosperaríamos, y que si os apartabais de nosotros habíais de caer en manos de los Filisteos?”

„Querido Fergus! mucho tiempo habis que no escuchaba la voz de un amigo. ¿Y dónde está Flora?”

„Segura y espectadora triunfante de nuestros progresos.”

„¿Está aquí?”

„Sí; es decir, en esta ciudad, y pronto la veréis; pero ántes deis saludar á un amigo en quien no pensais, y que ha preguntado mucho por vos.”

Diciendo esto, cogió del brazo á Waverley, llevándolo consigo, y ántes que pudiera saber dónde se le conducía, se encontró en un recibimiento que habian adornado para darle algun aspecto de salon regio.

Un jóven sin peluca, distinguido por la dignidad de su aspecto y la noble expresion de sus bellas facciones, salió de un círculo de oficiales y caudillos montañeses que lo rodeaban. Waverley creyó despues que hubiera descubierto su alto nacimiento y rango en sus modales benignos y magestuosos, aun cuando no lo indicasen la estrella que brillaba en su pecho, y la jarretera bordada que tenia en la rodilla.

„Permita V. A. R. le presente”.... dijo Ferguson con una profunda inclinacion.

„Al descendiente de una de las familias mas antiguas y leales de Inglaterra,” dijo el Príncipe, interrumpiéndolo. „Dispensad, si os interrumpo, querido Mac-Ivor; pero no es necesario maestro de ceremonias para presentar un Waverley á un Estuardo.”

Al decir estas palabras, tendió su mano á Eduardo con la mayor cortesía, y este, aunque no hubiera querido, no pudo ménos de tributarle el homenaje que parecia debido á su rango, y al que tenia derecho sin duda por su nacimiento.

„Siento, Mr. Waverley, continuó, que por circunstancias difíciles de explicar, hayais sufrido algunas molestias entre mis súbditos de Pertshire, y en vuestro viage aquí; pero estamos en tal situación, que apenas conocemos á nuestros amigos, y aun en este momento ignoro si puedo tener la satisfaccion de contaros entre los míos.”

Detúvose un poco; mas ántes que pudiese responder Eduardo, ni aun coordinar sus ideas al efecto, sacó el Príncipe un papel, y continuó diciendo: „Pocas dudas tuviera en el particular, si creyese á este edicto expedido por los partidarios del Elector de Hanover, donde aparece Mr. Waverley entre los nobles y caballeros á quienes amenazan con la pena de alta traicion, por leales á su legítimo soberano. Mas yo no deseo adquirir amigos sino por conviccion ó afecto; y si Mr. Waverley gusta de proseguir su viage al sur, ó de unirse á las fuerzas del Elector, tendrá para ello mi pasaporte y libre permiso; y solo sentiré que mi poder no alcance á libertarle de las consecuencias probables de tal medida. Empero, continuó Cárlos Eduardo, despues de otra corta pausa, si Mr. Waverley se determinare, como su abuelo Sir Nigel, á abrazar una causa que apenas tiene mas recomendacion que su justicia, y á seguir á un Príncipe que apela al amor de sus pueblos para recobrar el trono de sus mayores, ó perecer en la demanda, solo puedo afirmarle que entre estos caballeros y nobles hallará compañeros dignos para empresa tan generosa, y servirá á un señor, que puede ser infeliz, pero nunca ingrato.”

El astuto caudillo de la raza de Ivor supo lo que hizo al proporcionar inesperadamente á Waverley aquella entrevista personal con el real Aventurero. Sus palabras y cortesía penetraron el corazón de nuestro héroe, que ignoraba los artificios y modales de una corte, y sofocaron los consejos de la prudencia. Eduardo se juzgó revestido con una dignidad é importancia inesperada, al ver que imploraba personalmente su favor un Príncipe, cuya noble figura y modales, como también el espíritu que había desplegado en aquella empresa extraordinaria, correspondían á sus concepciones de un héroe de novela; y le obsequiaba en aquellos salones de su palacio paterno, recobrado por la espada que disponía ya para otras conquistas. Rechazado, insultado y amenazado por una parte, le atraía irresistiblemente la causa que ya le habían recomendado como justa las preocupaciones de su educación y los principios políticos de su familia. Estos pensamientos corrieron cual torrente por su imaginación, acallando todas las consideraciones contrarias; el tiempo, además no permitía deliberación alguna, y Waverley arrojándose ante Carlos Eduardo, consagró su corazón y espada á la vindicación de sus derechos.

Levantóle el Príncipe, y lo abrazó con una expresión de gratitud sobrado ardiente para no ser sincera. También dió repetidas gracias á Fergus Mac-Ivor por haberle traído aquel defensor, y volviéndose á los varios nobles, caudillos y oficiales que rodeaban su persona, les presentó á Waverley como un joven de las más altas espe-

rantas, en cuya decision entusiasta por su causa podian ver una prueba de los sentimientos que animaban á las familias nobles de Inglaterra en aquella importante crisis. Este era un punto en que vacilaban los partidarios de la casa de Stuart, y como su poca fe en la cooperacion de los Jacobitas ingleses impedia que se le uniesen muchos nobles de Escocia, y disminuia el aliento de los que ya lo habian verificado; podia serle muy útil que se declarase abiertamente por su partido el representante de la casa de Waverley Honour, cuyas opiniones eran tan conocidas. Así lo previó Fergus desde el principio. Amaba realmente á Waverley, porque sus afectos y planes nunca se oponian unos á otros; esperaba unirlo con Flora, y se alegraba de verlo comprometido con él en la propia causa. Mas, como indicamos ántes, celebraba tambien como politico la adquisicion de un partidario tan importante, y no le desagradaba la importancia personal que ganaba con el Príncipe, por la parte que tuvo en ella.

Al mismo tiempo, Cárlos Eduardo parecia desear de probar á los presentes la importancia que daba á su nuevo campeón, comunicándole desde luego las circunstancias de la posicion, en el tono de la mas íntima confianza. „Mr Waverley, le dijo, habeis permanecido últimamente tan aislado, por causas que no comprendo bien, que os supongo ignorante sobre los pormenores y antecedentes de mi situacion actual. Sabreis mi desembarco en el distrito lejano de Moildart con solos siete amigos, y los numerosos caudillos y clans, cuyo entusiasmo leal hizo pa

recer de repente á un aventurero solitario á la cabeza de un ejército valeroso. Quizá tambien ha llegado á vuestra noticia que el comandante en jefe del Elector de Hanover marchó á las montañas con una fuerza bien disciplinada y numerosa para darnos batalla, pero que le faltó el aliento cuando solo distábamos ya tres horas de marcha, por lo que dejándonos á un lado, se dirigió hácia el norte para Aberdeen, quedando abierto é indefenso el camino de los llanos. Para no perder ocasion tan favorable, marché á esta metrópoli, echando por delante dos regimientos de caballería, que amenazaban hacer tiras al montañas que osara pasar de Stirling; y mientras los magistrados y ciudadanos disputaban sobre defenderse ó rendirse, mi buen amigo Lochiel (poniendo la mano en el hombro de aquel hábil y valiente caudillo) les ahorró el trabajo de seguir sus deliberaciones, entrándose con quinientos Camerones por las puertas de la ciudad. Hasta aquí fuimos perfectamente; mas entre tanto, el aire fresco de Aberdeen entonó los nervios de nuestro valeroso antagonista, se embarcó para Dunbar, y acabo de saber positivamente que ayer ha desembarcado allí. Sin duda trata de marchar sobre nosotros, para recobrar esta capital. En tales circunstancias, hay dos opiniones en mi junta de guerra: una es, que hallándonos probablemente inferiores en número, y ciertamente en disciplina y recursos militares, sin mencionar nuestra absoluta falta de artillería, y la debilidad de nuestra caballería, debemos retroceder hácia las montañas, y prolongar allí la guerra, hasta

que nos lleguen auxilios de Francia, y hayan tomado las armas á nuestro favor todos los clanes montaÑeses. Los de opinion contraria dicen que un movimiento retrógrado en las circunstancias presentes desacreditará sin duda nuestras armas y empresa, y léjos de atraernos mas partidarios, desalentará á los que ya se nos han unido. Los oficiales que alegan estos últimos argumentos, y entre los cuales se halla vuestro amigo Fergus Mac-Ivor, afirman que si los montaÑeses ignoran la disciplina militar ordinaria de Europa, tambien los soldados que van á combatir no están acóstumbrados al modo peculiar y formidable con que atacan ellos; que podemos confiar en la decision y aliento de los caudillos, y que como estos han de arrojarse entre las filas enemigas, es seguro que los seguirán sus clanes; y en fin, que habiendo sacado el acero, debemos tirar la vaina, y confiar nuestra causa á la guerra y al Dios de las batallas. ¿Querrá Mr. Waverley favorecernos con su opinion en circunstancias tan árduas?

Ruborizóse Waverley entre placer y modestia por la distincion que implicaba aquella pregunta, y con no ménos espíritu que prontitud, respondió que no se aventuraba á dar opinion como inteligente en la milicia; pero que le seria mas satisfactoria la resolucion que le presentase cuanto ántes oportunidad de acreditar su celo en el servicio de su Alteza Real.

„¡Respuesta de un Waverley! exclamó Carlos Eduardo; y para que tengais un rango correspondiente á vuestro nombre, permitidme que

en vez de la compañía que os han quitado, os ofrezca en mi servicio el empleo de mayor; en concepto de que me serviréis de ayudante mientras os colocais en un regimiento de los que muy pronto deben organizarse."

"Perdone V. A. R., respondió Waverley, recordando à Balmawhapple y à su mezquina compañía, si no acepto empleo alguno, hasta el tiempo y lugar en que pueda levantar un cuerpo de hombres que mande con provecho del servicio de V. A. R. Entre tanto, serviré como voluntario à las órdenes de mi amigo, Fergus Mac-Ivor."

"Al ménos, dijo el Príncipe visiblemente complacido con tal respuesta, dadme el gusto de que os arme al estilo montañés. Y se desciñó el sable que tenia puesto, cuyo tahali estaba bordado de plata, y su guarnicion era de acero trabajada curiosa y ricamente. La hoja, dijo el Príncipe, es legitima de Andres Ferrara, y ha sido una especie de vinculacion en nuestra familia; pero estoy convencido de que la paso à mejores manos que las mias, y tambien os daré unas pistolas de la misma fábrica. — Coronel Mac-Ivor, debéis tener mucho que decir à vuestro amigo, y no quiero estorbaros mucho tiempo; recordad sin embargo que os esperamos à los dos esta noche. Como puede ser la última que disfrutemos en este palacio, y marcharemos à lidiar con una conciencia pura, bien podemos divertirnos en la víspera de una batalla."

Despachados así, salieron del recibimiento el caudillo y Waverley.

CAPITULO XVIII.

Empieza á descubrirse el misterio.

„**Q**UE os parece?" fué la primer pregunta de Fergus, cuando bajaban por la escalera principal.

„Un príncipe digno de que por él vivamos ó muramos," fué la contestacion entusiasta de Waverley.

„Bien sabia yo que habiais de pensar así cuando lo conociérais, y trataba de que os vieseis ántes, pero lo impidió la dislocacion de vuestra pierna. Con todo, no le faltan sus debilidades, ó por mejor decir, se halla en una posicion difícil, y sus oficiales irlandeses, que le rodean continuamente, son malisimos consejeros, y no saben qué hacer entre un torbellino de pretensiones. ¿Lo creeréis? He tenido que reservar por ahora un diploma de conde, concedido en premio de servicios hechos ahora diez años, por no excitar la envidia de C— y M—. Hicisteis muy bien de no aceptar el empleo de ayudante. Dos hay vacantes ahora; pero Clan-naid y Lochiel y casi todos nosotros hemos pedido uno para el jóven Aberchallader, y los llaneros é irlandeses quieren el otro para F—. Si cualquiera de estos viera frustradas sus esperanzas por causa vuestra, os ganariais enemigos. Además, me sorprende que el Príncipe os haya ofrecido el empleo de mayor, cuando sabe muy bien que otros, incapaces de levantar ciento y cincuenta hombres, nada ménos querrian que ser tenientes coroneles. Pero

paciencia y barajar, primo! Por ahora todo va bien, y es fuerza que para la noche esteis equipado ya con vuestro nuevo traje; pues, en verdad, vuestro exterior no es muy propio de una gorte."

„Si: mi chaqueta ha pasado sus trabajos despues que nos separamos, y probablemente vos lo sabeis tan bien como yo, y acaso mejor."

„Honrais mucho mi segunda vista. Estábamos tan ocupados, primero con los preparativos para dar batalla á Cope, y despues con nuestras operaciones en los llanos, que solo me fué posible hacer encargos generales á los destacamentos que dejamos en Pertshire, para que si daban con vos, os respetaran y protegieran. Pero contadme todas vuestras aventuras, pues las hemos sabido muy parcial y confusamente."

Entónces Waverley le detalló largamente las circunstancias que ya sabe el lector, y que Fergus oyó con mucha atencion. Entre tanto, habian llegado ya á la puerta de su alojamiento, que era la casa de una robusta viuda cuarentona, que sonreia con mucha benignidad y gracia al jóven y gallardo caudillo, pues gustaba de buenas caras y buen humor, sin cuidarse de opiniones políticas. Allí los recibió Callum Beg, saludando afectuosamente á Eduardo. „Callum, dijo Fergus, llámate á Shemus an Snachad." (Jaime de la aguja). Este era el sastre hereditario de Vich Ian Vohr. „Shemus, Mr. Waverley, va á ponerse el *cath dath*, (color de batalla, ó barragan) y sus calzones cortos deben estar dentro de cuatro horas. Ya sabes la medida de un hombre bien proporcionado...."

„Y puede vuestra merced ahorcar á Shemus, si hay otros mejor cortados en las montañas.”

„Preven una capa del barragan de los Mac-Ivors, y una banda, continuó el caudillo, y una gorra azul de terciopelo del Príncipe. Mi chupa verde con galon de plata le vendrá perfectamente, y aun está sin estrenar. Di al alferez Maccombich que le escoja una buena rodela entre las mias. El Príncipe ha dado á Mr. Waverley sable y pistolas, y yo lo habilitaré con una daga y una bolsa; añadid un par de zapatos bajos, mi querido Eduardo, (añadió volviéndose á él) y seréis un hijo de Ivor hecho y derecho.”

Dadas estas disposiciones, necesarias, continuó el caudillo el punto de las aventuras de Waverley. „Es claro, le dijo, que habeis estado en poder de Donald Bean Lean. Debeis saber que cuando marché con mi clan para unirme al Príncipe, dí orden á ese digno miembro de la sociedad para que desempeñara cierto servicio, y luego se me uniera con toda la fuerza que pudiese reunir. Pero el señor mio, léjos de verificarlo, y viendo la costa limpia, tuvo por mas conveniente hacer la guerra por su cuenta, y ha recorrido el pais robando, segun creo, á los amigos y enemigos, con pretexto de cobrar *malla negra*, unas veces en mi nombre, y otras (¡maldita sea su desvergüenza!) en el ilustre suyo. ¡Por vida mia, que si vuelvo á ver el túmulo de Barmore, me verá tentado á colgar ese pícaro! Ahora reconozco particularmente su mano en el modo con que os libertó del bribonazo Gilfillan, y puedo asegurar que el mismo Donald hizo el papel de buhone-

ro en aquella ocasion. Pero no alcanzo cómo no os robó, ni os exigió rescate, ni sacó alguna otra ventaja de teneros en su poder.”

„¿Cuándo y cómo supisteis mi prision?” preguntó Waverley.

„El Príncipe me lo dijo, respondió Fergus, y me hizo muchas preguntas sobre vuestra historia. Luego mencionó que estabais en poder de una de nuestras partidas del norte, (y ya veis que no debía yo importarle con averiguaciones), preguntándome qué haria con vos. Yo le aconsejé que os mandase traer aqui como preso, porque no queria perjudicaros mas con el gobierno ingles, en caso de que insistierais en el propósito de volveros al sur. Debeis recordar que yo ignoraba la acusacion que os habian hecho de alta traicion, la cual presumo ha tenido alguna parte en vuestra resolucion presente. Ese bruto inútil de Balmawhapple marchó á traerlos de Doune, con lo que él llama su compañía de caballeria. En cuanto á su trato grosero, ya sabeis que profesa antipatía natural á todo hombre decente, y ademas presumo que aun le remuerde su aventura con Bradwardine, tanto mas, quanto que en mi concepto, la narracion que de ella hizo á su modo, fué el origen de los malos informes que llegaron á vuestro antiguo regimiento.”

„Así es probable, dijo Waverley. Pero sin duda, querido Fergus, tendréis ya tiempo para darme algunas noticias de Flora!”

„Solo podré deciros que está buena, y viviendo por ahora en esta ciudad, con una parienta nuestra. Resolvime á traerla, porque des-pues de

nuestras ventajas, hay muchas damas de rango en nuestra corte militar; y os aseguro que no deja de darme alguna importancia el ser hermano de una persona como Flora Mac-Ivor; y donde hay tal barullo de solicitudes y pretensiones, debe uno valerse de cuantos medios decentes pueda, para hacerse lugar."

Esta última sentencia ofendió algo los sentimientos de Waverley. No podía sufrir que la admiración que incuestionablemente debía excitar el mérito de Flora, sirviese de apoyo á las pretensiones ambiciosas de su hermano; y aunque tal conducta convenia con muchos puntos del carácter de Fergus, le chocó, pareciéndole hija de un vil egoismo, y tan indigna de su orgullo independiente, como del noble espíritu de su hermana. Fergus, á quien su educacion en la corte de Francia habia hecho familiares tales intrigas, no observó la impresion desfavorable que habia producido su franqueza en el ánimo de su amigo, y concluyó diciendo: „Probablemente no veremos á Flora hasta la noche, que vendrá al concierto y baile que da el Príncipe. Tuve con ella un pleito por no haber querido salir á despedirse de vos. No me hallo en ánimo de renovarlo, pidiéndola que reciba vuestra visita en la mañana; y acaso con esto solo conseguiré impedir que os vieseis á la noche."

Cuando estaban en esta conversacion, oyó Waverley debajo de las ventanas, que caian á una plazuela, los ecos de una voz bien conocida. „Os aseguro, mi digno amigo, decia el orador, que era es una derelccion completa de la disciplina mi-

litar; y si no fuerais lo que se llama un *tyro*, merecerian vuestras intenciones una reprobacion severisima. Porque un prisionero de guerra en manera alguna debe ser molestado con prisiones, ni emparedado *in ergastulo*, como habria sucedido con haber encajado á ese caballero en el sótano de *Balmawhapple*. Lo mas que puede hacerse con tal prisionero es asegurarlo *in carcere*, esto es, en una cárcel pública."

En seguida se oyó la gruñidora voz de *Balmawhapple*, que parecia retirarse enfadado, pero no se le percibió distintamente sino la palabra „vagamundo." Ya habia desaparecido cuando bajó *Waverley* á saludar al digno *Baron de Bradwardine*. El uniforme que ya usaba parecia dar nueva rigidez y tension á su figura perpendicular y elevada, y la importancia del mando y autoridad militar habian aumentado en igual proporcion la formalidad de su aspecto y el dogmatismo de su conversacion.

Recibió á *Waverley* con su acostumbrado afecto, y al punto manifestó deseo de saber las circunstancias que habian mediado para que lo die-ran de baja en su regimiento. „No, dijo, porque tuviera el mas leve temor de que su jóven amigo hubiese hecho cosa alguna que pudiera merecer un tratamiento tan duro como el que habia recibido del gobierno, si no porque era muy regular y conveniente que el *Baron de Bradwardine* tuviese la confianza y facultad necesarias para refutar cuantas calumnias se dirigiesen al heredero de *Waverley-Honour*, á quien tenia tanto derecho para considerar como su propio hijo."

Fergus Mac Ivor, que estaba ya con ellos, le refirió brevemente las circunstancias ocurridas á Waverley, y concluyó con el recibimiento lisonjero que le habia hecho el Príncipe. Escuchólo el Baron en silencio, y á la conclusion apretó la mano á Waverley con el mayor afecto, y le dió el parabien por haber entrado en el servicio de su legítimo soberano. „Porque, decia, aunque todas las naciones han reputado justamente como un motivo de escándalo y deshonor la infraccion del *sacramentum militare*, ya lo prestara cada soldado individualmente, lo que llamaban los romanos *per conjurationem*, ya lo prestase uno en nombre de los demas; sin embargo, ninguno duda que la fidelidad jurada así se desata y disuelve por la *dimissio* ó expulsion de un soldado; pues este, no siendo así, quedaba de tan mala condicion como los carboneros, salineros y otros esclavos de la tierra. Esto es conforme á la doctrina del sábio Sanchez, en su obra *De Jurejurando*, que sin duda habreis consultado en el caso presente. En cuanto á los que os han calumniado con embustes, protesto al cielo que á mi juicio han incurrido justamente en la pena de la *Memoria lex*, llamada tambien *Lex Rhemnia*, citada por Tullio en su oracion *In Verrem*.—Sin embargo, Mr. Waverley, yo debí esperar que ántes de que os destinaseis á servicio alguno especial en el ejército del Príncipe, hubieseis averiguado qué clase tenia en él vuestro amigo el Baron de Bradwardine, y si ño le hubiera sido muy satisfactorio colocaros en el regimiento de caballería que levantará inmediatamente.”

Eduardo eludió esta queja, alegando la necesidad de responder inmediatamente á la propuesta del Príncipe, y que entónces no sabía si su amigo el Baron estaba en el ejército, ó sirviendo en algú otro punto.

Terminada así la etiqueta, preguntó Waverley por Miss Bradwardine, y supo que habia venido á Edimburgo con Flora Mac-Ivor, escoltada por una de las partidas de Fergus. Este paso habia sido necesario, pues Tully Veolan era una residencia muy desagradable y aun peligrosa para una señorita sin abrigo, por su inmediacion á las montañas, y tambien á una ó dos poblaciones grandes, que por celo en favor del Presbiterio, y acaso mas por odio á los *Cateranes*, se habian declarado por el gobierno, y formado cuerpos irregulares de partidarios, que tenian escaramuzas frecuentes con los montañeses, y aun atacaban á veces las casas de los caballeros jacobitas.

„Os propondria, continuó el Baron, me acompañaseis á mi alojamiento, y admiraseis de paso la calle Alta, que sin la menor duda es más hermosa que ninguna de Lóndres ó Paris. Pero mi Rosa, ¡pobre muchacha! se consterna con el fuego del castillo, aunque la hé probado con Blondel y Cochorn que no es posible lleguen aquí las balas; y ademas me ha encargado S. A. R. vaya al campamento de nuestro ejército, para que los soldados no pierdan tiempo en *conclamase vasa*, es decir, arreglar sus mochilas y equipages para la marcha de mañana.

„Eso es cosa muy fácil para casi todos nosotros, dijo riéndose Mac Ivor.

„Perdonad mi contradiccion, coronel Mac-Ivor, pues no creo sea tan fácil como pareceis opinarlo. Convengo en que casi toda vuestra gente salió de las montañas expedita y libre de cargas y equipages; pero es indecible el cúmulo de baratijas inútiles que han recogido en su marcha. Vá á uno de vuestros soldados (con perdon sea dicho) con una gran luna de espejo en las espaldas.”

„Si, dijo Fergus todavía de buen humor, si le hubieseis dicho algo, os hubiera respondido que todo era ganancia. Pero vaya, querido Baron, sabeis tambien como yo, que cien Hulanos ó una sola compañía de los Panduros Schmirschitz, harian mas destrozo que el caballero del espejo y todos sus compañeros juntos.”

„Eso es indubitable, dijo el Baron; los montañeses son, como dice un autor pagano, *ferociores in aspectu, mitiores in actu*; de semblantes horribles y pavorosos, y mas benignos de lo que debia esperarse por su fisonomía. Pero me deteneis aquí charlando con vosotros, caballeros, cuando debia estar ya en el parque del rey.”

„Pero ¿á la vuelta comeréis con Waverley y conmigo? Os aseguro, Baron, que aunque me trato á la montañesa cuando es preciso, recuerdo mi educacion de Paris, y sé perfectamente *faire la meilleure chère*.”

„Y quién diablos lo duda, respondió el Baron riéndose, cuando solo trais las cazuelas, y la buena ciudad tiene que dar los materiales?— Bueno; yo tengo tambien asuntos en la ciudad; pero no vengo hasta las tres, y á ver si los víveres pueden guardarse tanto.”

Con esto se dispidió de sus amigos, y fué á desempeñar la comision que se le habia dado.

CAPITULO XIX.

Una comida militar.

JA:ME de la Aguja era hombre de palabra, cuando el aguardiente no intervenia en el contrato, como tercero de mejor derecho, y ademas Callan Beg, que aun se juzgaba deudor á Waverley, no habiendo este querido que le indemnizase á costa del huésped del Candelero, aprovechó esta oportunidad para satisfacer su obligacion, haciendo la guardia al sastre hereditario de Sliochd nan Ivor, hasta verle terminar la obra pendiente. Shemus, deseoso de quitarse aquella molienda, hacia volar su aguja por el barragan, cual si fuera un relámpago; y como á la vez cantaba en gaélico una tremenda escaramuza de Fin Macoul, despachaba lo ménos tres puntadas en la muerte de cada héroe. En consecuencia no faltó el vestido en el término prefijado, pues la chupa venia perfectamente á Waverley, y lo demas era materia de poco trabajo.

Cuando hubo tomado nuestro héroe „el ropage del antiguo Gaul,” bien calculado para dar un aspecto de fuerza á una persona, que aunque alta y bien proporcionada, era mas elegante que robusta, se miró mas de una vez al espejo, y no pudo ménos de convenir que en él se reflejaba un mozo muy gallardo; flaqueza que espero le perdonarán mis lectores, pues tenia razon ciertamente. Debajo de la gorra colgaba en rizados su

cabello castaño, pues no usaba peluca, sin embargo de ser moda universal en aquel tiempo. Su persona prometia firmeza y agilidad, y la dignificaban los grandes pliegues del barragan que formaba su traje. Sus ojos azules parecian de aquellos

Que derrite Cupido, y Marte inflama;

y cierto aire de embarazo que realmente provenia de poco trato con el mundo, prestaba interes á su fisonomía, sin dañar á su expresion de gracia é inteligencia.

„Es guapo mozo, es guapo mozo, dijo Evan Dhu (convertido ya en el alférez Maccombich,) á la rolliza patrona de Fergus.

„Tiene buena figura, contestó la viuda Flockhart, pero es ménos gallardo que vuestro coronel, alférez.”

„No trataba yo de compararlos, repuso Evan; solo digo que Mr. Waverley parece un mozo de provecho, y que no gritará *basta!* en una quimera. Y en verdad que sabe manejar bien la rodela y el sable. Yo mismo he hecho ejercicio con él en Glennaquoich, y tambien Vich Ian Vohr, varios domingos por la tarde.

„Dios os lo perdone, alférez Maccombich! ¿Es posible que el coronel haga tal cosa?”

„Toma, toma! Mrs. Flockhart, somos jóvenes; y santos mozos, diablos viejos.”

„Y qué, os batiréis mañana con Sir Juan Cope, alférez Maccombich?

„Eso yo os lo aseguro, siempre que él nos aguarde, respondió el alférez.”

„Y haréis frente á esos dragones tan bravos, alférez Maccombich?”

„Garra á garra, como dijo Conan á Satanas, Mrs Flockhart, y llévase el diablo á quien tenga las uñas mas cortas!”

„Y tambien se pondrá el coronel en ese peligro?”

„Eso podeis jutarlo, Mrs. Flockhart; por San Pedro bendito, que llevará la delante ra.”

„Misericordia!— Y si lo matan los colorados?”

„A fe que si perece, Mrs. Flockhart, conozco yo uno que no ha de vivir para llorarlo. Pero todavía hoy vivimos, y es fuerza que nos deis de comer. Ahí viene Vich Ian Vohr que ya cerró su maleta, y Mr. Waverley que se cansó de mirarse al espejo, y el Baron de Bradwardine, ese viejo canoso charlatán, que mató al jóven Ronald de Ballankairloch, viene tambien para acá escoltado por su fastidioso bailfo, el que llaman Macwhupple, como el cocinero frances del Laird de Kittlegab, que anda siempre cargando al perro que voltea el asador; y yo, patrona mia, tengo mas hambre que un gavilan. Así, pues, decid á Catuja que se dé prisa, y marchad vos á prenderos, pues ya sabeis que Vic Ian Vohr no ha de sentarse hasta veros á la cabecera de la mesa; y por vida vuestra no se os olvide la botella de aguardiente.”

Esta indicacion produjo la comida. Mrs. Flockhart sonriéndose entre su luto, como el sol en medio de la niebla, se colocó á la cabecera de la mesa, pensando tal vez entre sí que bien podia durar una rebelion que la colocaba entre personas tan superiores á sus comensales ordinarios. Sentáronse á sus lados Waverley y el Baron, y Fergus se la puso en frente. Los hombres de paz y

guerra, es decir, el Bailío Macwheeble y el alférez Maccombich, despues de muchas cortesías profundas á sus superiores y uno á otro, tomaron sus asientos á uno y otro lado del caudillo. La comida era excelente, en atencion al tiempo, lugar y circunstancias, y Fergus tenia un buen humor excesivo. Inaccesible al temor, é inflamado por su ambicion, temperamento, y juventud, veia en idea coronadas sus esperanzas, y era del todo indiferente á la probable alternativa de pe-recer en un combate. Disculpóse indirectamente el Baron por haber traído consigo á Macwheeble, con decir que ambos habian estado proveyendo á los gastos de la campaña. „Y á fe-mia, continuó el anciano, que como esta será pa-ra mi la última, voy á concluir lo mismo que empecé. Siempre me ha sido mas difícil adquirir el nervio de la guerra, (como llama un autor famoso á la *caisse militaire*,) que sus huesos, carne ó sangre.”

„Cómo! habeis levantado el solo cuerpo de caballería que tenemos, y nada os ha tocado de los lises de oro de la *Doutell*!”

„Nada, Glennaquoich, otros mas vivos se me adelantaron.”

„Ese es un escándalo, repuso el jóven mo-tañés; pero voy á partir con vos el resto de mi subsidio: con eso tendréis algunos cuidados ménos esta noche, y mañana todo será igual, por-que de un modo ú otro, estaremos bien habilitados ántes que el sol se ponga.” Waverley le hizo la misma oferta, ruborizándose.

„Os doy las gracias, mis jóvenes amigos, di.

jo el baron, pero no he de atacar vuestros peculios. Ya el Bailío Macwheeble me ha buscado la suma que necesito.”

Aquí el Bailío empezó á girar y contonearse en la silla con muestras de la mayor inquietud. Por fin, despues de muchas tocidas preliminares y de mil expresiones fastidiosas de su devocion al servicio de Su merced, de dia ó de noche, vivo ó muerto, empezó á insinuar „que los banqueros habian pasado al castillo toda su existencia en metalico; que sin duda el platero Sandie Goldie haria mucho por Su merced; pero que ya no habia lugar de extender el instrumento necesario; y por lo mismo, si el Señor de Glennaquoich ó Mr. Waverley gustasen proporcionar....”

„Basta de necedades, señor mio, dijo el Baron en tono que hizo enmudecer á Macwheeble; haced lo que os previne ántes de comer, si no queris salir luego de mi servicio.”

El Bailío no se atrevió á contradecir una órden tan perentoria, aunque le hizo igual efecto que si le intimaran una transfusion de sangre de sus venas á las del Baron. Sin embargo, despues de algunos contoneos mas, se dirigió á Glennaquoich, diciéndole que si tenia mas plata efectiva de la que necesitaba en lo pronto, él podia en aquellas circunstancias girársela con toda seguridad y mas que regular provecho.

Rióse mucho Fergus de semejante propuesta, y cuando se lo permitieron sus carcajadas, le respondió: „Muchas gracias, Bailío; pero ya debéis saber que nosotros los soldados acostumbramos generalmente hacer nuestra banquera á la

patrona.— Ea, Mrs. Flockhart, dijo sacando tres ó cuatro luises de un bolsillo bien lleno, que la echó en el delantal, esto me basta por ahora, y así toma el vos lo restante. Sed mi banquera si vivo, y mi albacea si perezco; pero cuidado con no dar algo á las *cailliachs* montañesas que griten mas recio el *coronach* por el último Vic Ian Vohr.”

„Ese, dijo el Baron, es un *testamentum militare*, que entre los Romanos tenia el privilegio de ser nuncupativo.” Pero las palabras del caudillo ablandaron, derritieron el sensible corazon de Mrs. Flockhart; púsose á llorar con tiernos sollozos, y rehusó positivamente encargarse de aquella manda, por lo que Fergus se vió precisado á recogerla.

„Bien está, dijo; si caigo habrá de tocarle al granadero que me rompa la crisma, y yo cuidaré de que le cueste buen trabajo.”

Entónces el Bailío Macwheeble quiso meter de nuevo su cucharada; porque hacia un sacrificio en estarse callado cuando se trataba de monedas.

„Quizá convendria mejor enviar el dinero á Miss Mac Ivor, en caso de mortalidad ú otros accidentes de la guerra. Esto podia verificarse en forma de una donacion *mortis causa* á favor de la señorita, y despacharse con una plumada.”

„La señorita, dijo Fergus, si tal sucediere, tendrá mas que pensar en otras cosas, que en esos miserables luises.”

„Cierto, innegable, indubitable; pero vuestra merced no ignora que los duelos....”

„¿Suelen hacer mas impresion á los hambrientos que á los hartos?—Cierto, Bailío, muy cierto; y aun creo que esa reflexion podria consolar á al-

gunos por la pérdida de una generacion entera. Pero hay ciertos pesares que no conocen hambre ni sed, y la pobre Flora” Detúvose aquí, y todos los concurrentes simpatizaron con su emocion.

Entónces el Baron recordó naturalmente el abandono de su hija, y una gruesa lágrima humedeció los ojos del veterano. „Si perezco yo, Macwheeble, vos teneis todos mis papeles, y sabeis todos mis asuntos: portaos bien con Rosa.”

El Bailío tambien era hombre de carne y hueso; y aunque tenia sin duda sobre sí mucha escoria y porquería, no le faltaban buenos sentimientos, sobre todo, cuando se trataba del Baron ó de su hija. Levantó, pues, un ahullido lamentable, clamando que „si llegara tan infausto día mientras Duncan Macwheeble tuviese un ochavo, podia contar con él Miss Rosa. Si por fin la buena baronía de Bradwardine y Tully-Veolan, con su fortaleza y quinta, (y en cada pausa sollozaba y gemia,) bosques, prados y potreros—cercas y paredes—edificios—huertas — palomares—con los derechos de barca y red en el agua y lago de Veolan—parroquia y vicaría—incidencias y dependencias—derechos de pasto — leña, carbon y renta— (aquí ocurrió á la punta de su larga corbata para limpiarse los ojos, que á pesar suyo rebosaban en lágrimas con las ideas conjuradas por aquella gerigonza técnica) segun consta mas por menor en los títulos y escrituras de dicha baronía—y situada entre la parroquia de Bradwardine y el condado de Perth— si todo lo que va expresado con sus entradas, salidas, usos, costumbres, derechos y servidumbres, debe pasar de lá

hija de mi señor á Inch-Grabbit, que es un Whig y Hanoveriano, para que lo administre su apoderado Jaime Howie, que no sirve para cobrador, y resultará bailío hecho y derecho....”

El principio de esta lamentacion habia sido algo tierno, pero su conclusion produjo irresistible risa en todos los presentes. „No importa, Bailío, le dijo el alférez Maccombich, porque ya vuelven los tiempos viejos de rompe y rasga, y Sneckus Mac-Snackus y todos vuestros amigos restantes habrán de ceder al claymore mas largo.”

„Y ese claymore será el nuestro, Bailío,” añadió Fergus, al ver que Macwheeble se demudaba con aquella intimacion.

„Nuestros montes nos ofrecen
para pagarles metal,
y en vez de grandes talegas,
cuchilladas llevarán.

Lan laran lan.

Pronto, pronto nuestras deudas
su finiquito verán,
pues hombres así pagados
al cobro no volverán.

Lan laran lan.

Pero vamos, Bailío, no hay que afligiros, y bebéd vuestro vino con gozo! El Baron volverá bueno y victorioso á Tully-Veolan, y unirá las posesiones de Killancureit con las suyas, puesto que el marrano cobardon no ha querido servir al Príncipe como caballero.

„Seguramente, dijo el Bailío enjugándose los

ojos, sería providencia muy acertada. Unas y otras tierras colindan, y es natural que las administre una misma persona."

„Y yo tambien, añadió el Caudillo, debo atender á mis asuntos; pues habeis de saber que me falta por completar una obra de caridad, y es convertir á Mrs. Flockhart, introduciéndola al gremio de la iglesia católica, ó por lo ménos á vuestro conventiculo episcopal, que es medio camino. ¡Ah Baron! si oyerais su hermoso contratenor, cuando por la mañana temprano riñe á Catuja y á Marica, vos que entendeis de música, temblaríais á la idea de oirla chillar en la salmodia.

El Señor os lo perdone, Coronel: ¡cómo os burlais de mí! Mas espero que tomaréis té ántes de iros á palacio, y me es preciso ir á disponerlo.

Con esto salió Mrs. Flockhart, dejándolos en su conversacion, que, como debe suponerse, giraba principalmente sobre las próximas operaciones militares.

CAPITULO XX.

El Baile.

EL alférez Maccombich marchó en comision al campo montanes, y habiéndose retirado el Bailio Macwheeble á digerir su comida y la intimacion de ley marcial que le habia hecho Evan Dhu en alguna miserable cervecería, Waverley, el Baron y el Caudillo se dirigieron al palacio de Holyrood. Los dos últimos iban de muy buen humor, y el Baron se chanceaba en el camino con nuestro héroe sobre la buena figura que te-

nia en su nuevo trage. Si teneis algun designio contra el corazon de alguna muchacha escocesa, os aconsejo que al cortejarla no olvideis aquellas palabras de Virgilio:

Nunc insanus amor duri me Martis in armis,
Tela intermedia atque adversos detinet hostes.

„O mas bien,” dijo Fergus, escuchad mi cancion mas humilde:

No quiso al Señor del llano,
ni ser una dama inglesa;
sino con Duncan se marcha,
en su capoton envuelta.

En esta conversacion llegaron al palacio de Holyrood, y á su entrada fueron anunciados respectivamente, segun la etiqueta.

Es bien sabido que muchos caballeros de alto rango, educacion y fortuna, se comprometieron en la infausta y desesperada empresa de 1745. Tambien las damas de Escocia abrazaron muy generalmente la causa del animoso y gallardo Príncipe, que apelaba al amor de sus compatriotas, mas bien como un héroe de novela, que como un político hábil y calculador. No debe extrañarse, pues, que Eduardo, habiendo pasado la mayor parte de su vida en la seclusion solemne de Waverley-Honour, quedará deslumbrado con la hermosura y elegancia que presentaban en aquel momento los salones del pa-

Hoy el amor insano me sujeta
de Mavorte feroz entre las armas,
entre los dardos, frente al enemigo.

lacio escoces, que habian permanecido yermos por tantos años. Es verdad que los adornos materiales carecian del esplendor correspondiente por haberse dispuesto segun lo permitia la prisa y confusion del momento; mas con todo, el afecto general era imponente, y podria llamarse brillante, atendiendo al rango de las personas que formaban la concurrencia.

Poco tardaron los ojos del amante en descubrir al objeto de su culto. Flora Mac-Ivor estaba en el acto de volver á su asiento, colocado al otro extremo del salon, y Rosa Bradwardine la acompañaba. Entre la mucha elegancia y belleza reunidas allí, se habian atraido ambas la atencion pública en grado considerable, pues sin duda eran de las mas hermosas entre las presentes. El Príncipe obsequió mucho á las dos, y principalmente á Flora, con quien bailó; cuya preferencia debió tal vez á su educacion extranjera, y á saber los idiomas frances é italiano.

Cuando lo permitió la confusion consiguiente al fin de la contradanza, Eduardo siguió á Fergus casi por instinto al lugar en que estaba sentada Miss Mac-Ivor. La sensacion de esperanza con que habia fomentado su pasion léjos del objeto amado, parecia desvanecerse en su presencia; y como quien se afana por recordar los pormenores de un sueño olvidado, habria él dado un mundo en aquel momento por tener presentes los motivos en que habia fundado una creencia que ya le parecia tan engañosa. Siguió á Fergus con los ojos bajos, zumbándole los oidos,

y con los sentimientos de un criminal que al pasar lentamente por entre la multitud reunida para presenciar su suplicio, no recibe sensaciones claras ni del rumor que llena sus oídos, ni del tumulto á que dirige sus ojos desencajados.

Flora al verlo llegar, pareció un poco, poquísimamente afectada y descompuesta. „Aquí os traigo un hijo adoptivo de Ivor,” la dijo Fergus.

„Y yo lo recibo como un segundo hermano,” respondió Flora.

En estas palabras puso un ligero énfasis, que solo pudo ser perceptible á los oídos predispuestos de un amante acongojado por sus temores. Mas Eduardo lo distinguió perfectamente, y combinándolo con todo su tono y aspecto, decía con bastante claridad: „Jamás consideraré á Mr. Waverley como objeto de otra conexión mas íntima.” Suspendióse nuestro héroe, la hizo una cortesía, y miró á Fergus, que se mordió el labio, con cuyo movimiento de cólera probó que también interpretaba siniestramente el recibimiento hecho por su hermana á su amigo. „¡Así termina pues mi sueño!” Este pensamiento fué el primero que ocurrió á Waverley, y fué tan profundamente doloroso, que dejó sin color sus mejillas.

„¡Dios mío! exclamó Rosa Bradwardine, ¡aun no está bien restablecido!”

Estas palabras proferidas con gran emoción, las oyó el Príncipe; acercóse luego, y tomando á Waverley de la mano, le preguntó afectuosamente si estaba indispuerto, y añadió que deseaba hablarle. Waverley, haciendo un esfuerzo extraordinario y repentino, que era indispensable en

aquellas circunstancias, volvió sobre sí lo bastante para seguir al caballero en silencio á un ángulo solitario del salon.

Allí lo detuvo el Príncipe un rato, haciéndole varias preguntas relativas á las grandes familias Toris y Católicas de Inglaterra, sus conexiones, su influjo, y el estado de su adhesion á la casa de Stuart. Sobre estos particulares solo hubiera podido responderle Eduardo muy generalmente en cualquier tiempo, y debe suponerse que en la agitacion actual de su ánimo, sus respuestas fueron indistintas y aun confusas. El Caballero se sonrió una ó dos veces al ver su trastorno; pero continuó la misma conversacion, aunque tuvo que hacer su principal gasto, hasta asegurarse de que Waverley habia recobrado su presencia de ánimo. Es probable que esta larga audiencia tuvo tambien por objeto acreditar la idea que el Príncipe descaba inculcar á sus partidarios, á saber, que Waverley era hombre de mucho influjo político. Pero sus últimas expresiones manifestaban que para prolongar tal conferencia tenia un motivo amistoso, y del todo personal respecto de nuestro héroe. „No puedo resistir á la tentacion, le dijo, de alabar mi discrecion como confidente de una dama. Ya veis, Mr. Waverley, que todo lo sé, y os protesto que estoy profundamente interesado en el asunto. Pero es necesario, mi jóven y buen amigo, que refreneis algo mas vuestros sentimientos. Hay aquí muchas personas cuyos ojos pueden ver lo propio que los míos, aunque sus labios no tengan acaso la misma prudencia.”

Dijo, dió la vuelta con mucha gracia, y se mezcló en un grupo de oficiales, que distaba pocos pasos, dejando meditar á Waverley sobre sus últimas expresiones, que si no eran inteligibles en el todo, sí lo eran suficientemente en la precaucion que le aconsejaban. Hizo, pues, un esfuerzo para mostrarse digno del interes que le manifestaba su nuevo señor, obedeciendo al punto sus insinuaciones; volvió al sitio en que todavía estaban sentadas Flora y Miss Bradwardine, y despues que dirigió sus cumplimientos á la última, logró entrar en una conversacion sobre materias generales, con mejor éxito del que esperaba.

Si tú, caro lector, has tomado alguna vez caballos de posta en—, ó—, (sin duda llenarás al ménos uno de estos huecos, ó probablemente los dos con el nombre de algun lugar inmediato á tu residencia), debes haber observado, y siempre con dolor simpatético, la repugnante agonía con que los pobres pencos aplican al principio sus pescuezos matados á las colleras de las guarniciones. Pero cuando el postillon ha logrado con argumentos irresistibles que anden una milla ó dos, ya quedan insensibles á la impresion primera; y estando *calientes*, como dirá el dicho postillon, correrán desembarazados y gustosos, cual si tuvieran la cruz intacta. Esta comparacion corresponde tambien al estado mental de Waverley en aquella noche memorable, que la he preferido, (especialmente cuando es, en mi concepto, originalísima) á cualquiera otra ilustracion mas espléndida que pudiera proporcionarme el Arte poética de Byshe.

Un esfuerzo mental es como la virtud, que lleva

en sí misma la recompensa; y además nuestro héroe tenía otros motivos que lo estimulaban á seguir oponiendo una indiferencia y serenidad afectada al desden visible de Flora. Al punto le vino á sostener en su resolución el orgullo, que aplica su cáustico á las heridas del corazón, como un remedio útil, aunque doloroso. Distinguido por el favor de un Príncipe; destinado, según debía esperar, á hacer un papel brillante en la revolución que amagaba á un reino poderoso; probablemente superior en ventajas mentales, y por lo ménos igual en cualidades personales á casi todas las personas nobles y distinguidas con quienes alternaba entónces; jóven, rico, de alto nacimiento, ¿debía tal vez abatirse por el ceño de una belleza caprichosa?

Aunque eres, ninfa, yerta y desdeñosa,
al tuyo iguala en altivez mi pecho.

Animado por el sentimiento que expresan estos dos versos (aunque entónces todavía no estaban escritos), determinó Waverley convencer á Flora de que no le desalentaba un desden, acaso mas perjudicial á ella que á él mismo, si debía creer á su vanidad. Sosteníale también en esta resolución la indistinta y secreta esperanza de que ella preciase mas su afecto, al ver que en cierto modo no dependía de sus halagos ni de sus repulsas. Por último, las palabras del Príncipe tenían un tono misterioso y alentador, aunque él temía que solo se refiriesen á los deseos que mostraba Fergus de verlo unido con su hermana. Pero todas las circunstancias de tiempo, lugar é inciden-

tes se combinaban á la vez para dictarle una conducta varonil y decisiva, y remitir el resultado á la decision de la suerte. Ademas, si él solo se mostraba desalentado y triste la vispera de una batalla, ¿qué vuelo no tomaria la calumnia, que tan empeñosamente habia trabajado ya contra su fama? „¡Jamás, jamás, dijo entre sí, tendrán mis gratuitos enemigos tal ventaja sobre mi reputacion!”

Bajo el influjo de estas sensaciones, y animado á veces por las sonrisas de inteligencia y aprobacion que le dirigia el Principe al pasar junto al grupo, esforzó Waverley las facultades de su imaginacion y elocuencia para atraerse la admiracion general de los concurrentes. La conversacion fué tomando gradualmente el tono mas propio para que desplegara sus talentos y adquisiciones. Los peligros próximos del siguiente dia exaltaban la alegría de aquella reunion, léjos de refrenarla. Todos tenian ya los nervios templados para lo futuro, y estaban dispuestos á gozar lo presente. Tal temple de ánimo es muy favorable al ejercicio de la imaginacion, á la poesia y á la elocuencia, compañera suya. Waverley, como hemos observado otras veces, poseia en algunos ratos una fluidez admirable de retórica, y entónces hirió mas de una vez los sentimientos mas elevados, abandonándose luego á una fácil y graciosa jovialidad. Le sostenia y excitaba la simpatía de otros genios presentes análogos al suyo, que sentian el impulso de su misma inspiracion, y aun otros de carácter mas frio y calculador, se dejaban llevar por el torrente. Mu-

chas damas no quisieron seguir bailando, y con varios pretextos se unieron al grupo en que estaba „el gallardo jóven ingles.” Presentáronle á varias de primer rango, y sus modales, libres en aquel momento del embarazo que los anublaba por lo comun, causaron general satisfaccion y delcote.

Flora Mac-Ivor era la que únicamente parecia mirarlo con cierta frialdad y reserva, aunque no podia ménos de admirar en él unas cualidades que nunca le habia visto desplegar con igual efecto en el tiempo que le trataron. Aun ignoro si en aquel momento se arrepentiria de haber desdeñado á un amante que parecia tan digno de ocupar un rango elevado en la sociedad. Hasta entónces habia contado seguramente entre los defectos incurables de Eduardo su embarazo natural y modesto, que como ella se habia educado en la córte de Francia, y conocia poco la reserva de las costumbres inglesas, le parecia timidez y acaso imbecilidad. Mas si acaso tuvo alguna deseo pasajero de que Waverley hubiera sido siempre tan amable como en aquel momento, su influjo solo fué momentaneo, pues en aquellos dias habian ocurrido ciertas circunstancias que la confirmaron irrevocablemente en su resolucion sobre las pretensiones de nuestro héroe.

Rosa Bradwardine, animada por otros afectos, abria toda su alma á las palabras de Waverley. Triunfaba con secreto orgullo en el tributo público de admiracion que obtenia el hombre cuyo mérito habia excitado en su alma de antemano tan tiernas y profundas sensaciones. Sin se-

los, temores ó dudas, agena de todo egoismo, se abandonaba al gusto puro de observar el murmullo general de aplauso. Cuando hablaba Eduardo, escuchaba absorta su voz; cuando otros le respondian, fijaba en él los ojos, y parecia esperar que replicase. Acaso el deleite que ella disfrutó aquella noche, aunque pasajero y seguido por muchas aficciones, era en su naturaleza el mas desinteresado y puro de que es capaz el corazon humano.

„Baron, dijo el Príncipe, no gustaria yo mucho de poner á mi dama en conversacion con vuestro jóven amigo. Aunque parece algo singular y novelesco en sus ideas, ciertamente es uno de los jóvenes mas fascinadores que he conocido.”

„Por vida mia, señor, dijo el Baron, que el mancebo á ocasiones tiene tanta gravedad como yo que soy un sexagenario. Si V. A. R. le hubiese visto pasarse todo el dia cabizbajo y distraido en los contornos de Tully-Veolan, á manera de un hipocondriaco, ó segun dice Burton en su Anatomía, como un enfermo frenesiaco ó letárgico, no pudiera entender cómo le ha venido repentinamente esa linda charla y jovialidad.”

„Ciertamente, dijo Fergus Mac-Ivor, esto solo puede ser una inspiracion del barragan; pues aunque Waverley es y ha sido siempre un hombre de juicio y honor, hasta ahora me ha parecido muchas veces bien distraido y tímido en su trato.”

„Tanto mas tenemos que agradecerle, dijo el Príncipe, por haber reservado para esta concurrencia, las brillantes cualidades que ni sus amigos mas íntimos le habian descubierto. —Pero va-

mos, señores; ya va siendo tarde, y es fuerza madrugar para el negocio que nos espera mañana. Tome, pues, cada uno su hermosa compañera, y sírvanse honrar con su presencia un pequeño refresco."

Dijo, los encaminó á otro salon, y ocupó el trono y dosel colocado á la cabecera de una larga fila de mesas, con un aire de dignidad y cortesía muy propio de su real cuna y elevadas pretensiones. Apénas habian pasado una hora en aquel lugar, cuando tocaron los músicos la señal de separarse, tan conocida en Escocia.

„Buenas noches, pues, dijo Cárlos Eduardo levantándose; ¡buenas noches, y sed felices! — Buenas noches, hermosas damas, que habeis honrado tan generosamente á un Príncipe desterrado y proscripto. — Buenas noches, amigos valientes: pueda la felicidad que hemos disfrutado esta noche ser un auspicio de nuestra vuelta breve y triunfante á estos nuestros salones paternos, y de muchas y muchas reuniones futuras de placer y alegría en el palacio de Holy Rood!"

Cuando el Baron de Bradwardine recordaba despues aquella despedida del Príncipe, nunca dejaba de repetir con acento melancólico:

*Audiit, et voti Phœbus succedere partem
Mente dedit; partem volucres dispersit in auras.*

que significa en castellano:

Parte de aquella súplica benigno
piensa otorgarle, Febo, y la restante
por los aires aligeros disipa.

CAPITULO XXI.

La Marcha.

LAS contrapuestas pasiones de Waverley, y los afectos que agitaban su ánimo, habían cedido á un sueño profundo, aunque tardío. Estaba soñando con Glennaquoich, y había transferido á los salones de Ian nan Chaistel la festiva reunion que poco ántes animaba los de Holy-Rood. También resonaba distintamente el *pidroch* montañés, y esta por lo ménos no era ilusion, pues los pasos altivos del gaitero mayor del clan Mac-Ivor recorrian la plazuela que estaba ante la puerta del alojamiento de su Caudillo, y segun observó Mrs. Flockhart, que parece no gustaba mucho de música, „hacia rechinar hasta la piedra y mezcla con su ingrata discordancia.” Por consiguiente, no tardó en interrumpir el sueño de Waverley, con el cual harmonizaba al principio.

El ruido que hacian en el aposento los zapatos de Callum, (porque ya Mac-Ivor habia vuelto á destinarlo al servicio de Waverley,) fué la próxima señal de marcha. „¿No se levanta vuestra merced? Vich Ian Vohr y el Príncipe han marchado á esa barranca larga y verde que llaman el Parque del Rey, con muchos guapos que andan ahora por sus piés, y tendrán que ir en los de otros ántes que anochezca.”

„Levantóse Waverley, y con el auxilio y direccion de Callum se puso y arregló sus barraganes. Durante esta operacion le dijo Çallum, que

su *dorlach* de cuero con cerradura habia llegado de Doune, y habia vuelto á salir con el equipage de Vich Ian Vohr."

Waverley comprendió luego que se trataba de su maleta en aquella perifrasis. Pensó en el paquete misterioso de la muchacha de la caverna, que parecia huir de sus manos en el momento mismo de cogerlo. Mas aquel no era tiempo de satisfacer curiosidades: despidióse, pues, y marchó con Callum, sin querer aceptar *la mañana* que Mrs. Flockhart le brindaba; siendo probablemente el único hombre capaz de rehusar tal obsequio en todo el ejército de Carlos Eduardo.

„¿Callum dijo al asistente, mientras bajaban por un inmundo callejon hácia las extremidades meridionales de Canongate, ¿cómo podré hacerme de un caballo?"

„Con el diablo deis ajustar el suyo, dijo Callum. Vich Ian Vohr va marchando á pié á la cabeza de su clan, (sin hablar del Principe, que hace lo mismo), con su rodela al hombro, y vos no deis diferenciaros."

„Bien dices, Callum. Dame la rodela.—Ya estamos armados. ¿Qué tal parezco?"

„Lo mismo que el montañes pintado en la puerta de la cervceria de Luckie Middlemass, respondió Callum, creyendo hacerle un gran elogio, porque en su concepto, la pintura que distinguia la casa pública de Luckie Middlemass era una obra superior. Empero Waverley no comprendió toda la fuerza de aquella comparacion lisonjera, y ya no le hizo mas preguntas.

Cuando pasaron los puercos arrabales de la

metrópoli, y salieron al campo, Waverley sintió reanimado su espíritu, recordó con firmeza los acontecimientos de la noche anterior, y pensó con resolución y esperanza en los que debían ocurrir muy luego.

Pasada una pequeña altura, que se llama la colina de S. Leonardo, le presentó un espectáculo singular y animado el Parque del Rey, que es una abra entre el monte conocido por la Silla de Arturo, y las eminencias en que hoy está edificada la parte meridional de Edimburgo. Ocupábalo entonces el ejército montañés, que se disponía para emprender su marcha. Ya Waverley había visto algo semejante cuando asistió á la cacería con Fergus Mac-Ivor; pero la reunion presente era mucho mayor, y excitaba incomparablemente mas interes. Las peñas que formaban el fondo del cuadro, y aun el cielo mismo, resonaban con el rumor de los gaiteros, que tocando cada cual su *pibroch* propio, convocaban á sus caudillos y clanes. Los montañeses, levantándose del suelo, en que habían dormido al aire libre, con el murmullo y agitacion propios de una multitud irregular y confusa, como abejas alborotadas en sus colmenares, parecian poseer toda la flexibilidad de accion necesaria para ejecutar maniobras militares. Sus movimientos aparentaban ser espontáneos y confusos, pero admiraban el orden y regularidad de sus resultados; de modo que la conclusion debia merecer los elogios de un general, aunque un pedante de milicia pudiese ridiculizar el método con que se obtenia.

La complicada mescolanza que producian los

varios clanes al colocarse apresuradamente bajo sus banderas respectivas para ponerse en marcha, era por sí misma un espectáculo interesante y animado. No tenían que alzar tiendas, pues generalmente y por su voluntad habían dormido al cielo raso, aunque ya declinaba el otoño, y empezaban las heladas nocturnas. Después que estuvieron formándose un rato, se vió una fluctuación confusa de barraganes, plumas y banderas, que desplegaban el orgulloso mote de Clanronald, *Ganion Coheriga*; (opóngase quien o-e); *Loch-sloy*—*Adelante, fortuna, y remacha los hierros*, distintivo del Marques de Tullibardine; *Bydand*, de Lord Luis Gordon, y las señas y emblemas propios de otros muchos caudillos y clanes.

Por fin aquella multitud ondeante y revuelta formó una columna estrecha, cerrada y larguísima, que atravesaba toda la extensión del valle. A su cabeza iba desplegado el estandarte del Príncipe, que tenía una cruz roja sobre fondo blanco, y el mote *Tandem triumphans*. La escasa caballería, compuesta principalmente de caballeros de los llanos, y con sus criados y acompañantes, formaba la guardia avanzada del ejército, y en el postrer límite del horizonte se veían ondear sus estandartes, que eran mas de los que correspondían á su corta fuerza. Muchos miembros de este cuerpo, entre los cuales reconoció Waverley casualmente á Balmawhapple y á su teniente Jinker, (aunque este se hallaba con otros varios en clase de oficial reformado, por consejo del Baron de Bradwardine), aumentaban el movimiento de la escena, aunque no su regulari-

dad, corriendo á galope entre aquella multitud para colocarse en el lugar preferente que les correspondia. Las fascinaciones de las Circes de la Calle Alta, y las potaciones fuertes con que se confortaron la noche anterior, habian detenido probablemente á estos héroes en Edimburgo algun tiempo mas del que les permitia su deber matutino. Los mas prudentes de aquellos dormilones rodeaban por un flanco de la infantería, para ir á su puesto en la vanguardia, y se abrian camino por los cercados que estaban á la derecha, saltando las cercas de piedra suelta, ó derribándolas al paso. Las apariciones y desapariciones irregulares de aquellos cortos grupos, y la confusion ocasionada por los que procuraban (aunque generalmente sin efecto) abrirse paso por entre la muchedumbre de los montañeses, á pesar de sus maldiciones, juramentos y oposicion, aumentaban la movilidad pintoresca del cuadro, aunque disminuian la regularidad militar de la marcha.

Miéntras Waverley contemplaba aquel singular espectáculo, cuyo interes realizaban de cuando en cuando los cañonazos que disparaba el castillo á las guardias montañeses que se alejaban de sus inmediaciones para unirse al grueso de su ejército, Callum, con su desembarazo acostumbrado, le recordó que la gente de Vich Ian Vhor, iba casi á la cabeza de la columna de marcha, que aun estaba léjos, y „que andaria muy pronto luego que disparasen el cañonazo.” Apresuró el paso Waverley con tal advertencia, aunque echaba de camino algunas ojeadas sobre las confusas

nubes de guerreros que tenia delante y bajo de sí. Empero la proximidad disminuyó algo la impresion ventajosa que producía el ejército visto á mayor distancia. Los que ocupaban las primeras filas de cada clan estaban bien armados con sable, rodela y fusil, á cuyo armamento añadian todos la daga, y los mas la pistola de acero. Pero estos eran sujetos distinguidos, es decir parientes del Caudillo, aunque lejanos y que tenian un título inmediato á su proteccion y apoyo. En ningun ejército de la cristiandad podian verse hombres mas fuertes y gallardos, y los hábitos de libertad é independencia que poseian, (aunque sabian perfectamente someterlos á las órdenes de su caudillo,) y la disciplina peculiar adoptada en las guerras de las montañas, los hacian igualmente formidables por su valor y esfuerzo individual, y por la conviccion racional que tenian de que era necesario obrar simultaneamente, y dar la mejor ocasion de triunfo á su modo nacional de cargar al enemigo.

Pero tras estos venian individuos de clase inferior, que formaban el paisanage del pais, y aun que no querian se les tuviese por tales, y aun solian alegar con apariencia de justicia que eran de linage mas antiguo que el de sus señores, llevaban sobre sí la librea de una miseria extremada, pues iban mal vestidos y peor armados, medio desnudos; su talla era mezquina, y todo su aspecto miserable. Cada clan de importancia traia consigo alguno de estos llotas: asi los M'Couls, aunque se decian descendientes de Conhal, padre de Finn ó Fingal, eran una especie de Gi-

beonitas ó siervos hereditarios de los Stuarts de Appine. Los Macbeaths, descendientes del infeliz monarca de este nombre, estaban sujetos á los Morays y al clan Donnochy, ó á los Robertsons de Athole, y podrian citarse otros muchos ejemplos, si no temiese yo herir el orgullo *clunímico*, y atraer una tempestad montañesa contra la libreria de mi editor.—En consecuencia estos mismos Ilotas, aunque forzados á salir á campaña por la autoridad arbitraria de los caudillos que los hacian cortar leña y sacar agua, estaban generalmente mal comidos, mal vestidos y peor armados. Es verdad que esta última circunstancia provenia principalmente del desarmamento general, que en lo ostensible habia tenido efecto por todas las montañas, aunque los mas de los caudillos habian logrado eludirlo, conservando las armas de sus parientes y súbditos mas distinguidos, y entregando las de ménos valor que recogian á los mencionados satélites inferiores. Era, pues, consiguiente que estos infelices saliesen á la guerra en mallísima disposicion, como ya dejamos indicado.

De aquí provenia que en cuerpos cuya vanguardia estaba admirablemente bien armada, segun su estilo, la retaguardia parecia una reunion tumultuaria de bandoleros. Aquí se veia una hacha, allí una espada sin vaina: por acá un fusil sin llave, mas allá una hoz atada en un palo: y aun algunos solo llevaban sus dagas, y garrotes ó estacas que habian quitado á las cercas de los plantíos. El aspecto desalinado y feroz de aquellos hombres, que miraban con toda la admiracion de la

ignorancia las producciones mas ordinarias de las artes domésticas, producía sorpresa en los habitantes mas cultos de los llanos, pero tambien les inspiraba terror. Sabiase tan poco de las montañas en aquel periodo, que el carácter y aspecto de sus habitantes, cuando salian á buscar aventuras guerreras, sorprendia tanto á los llaneros de la Escocia meridional, como si una invasion de negros africanos ó indios Esquimalos hubiera bajado sobre ellos de las montañas septentrionales de su propia tierra. No debemos, pues, admirarnos si Waverley, que solo habia juzgado en general á los montañeses por las muestras que de cuando en cuando le presentaba la politica astuta de Fergus, se quedó atónito y helado, al ver que un cuerpo de cuatro mil hombres, caya mitad por lo ménos, carecia de armas, osaba acometer la empresa de mudar la suerte y alterar la dinastia del imperio británico.

Mientras él avanzaba por un flanco de la columna que aun permanecia inmóvil, se disparó como señal de marcha un cañon de hierro, única picza de artillería perteneciente al ejército que meditaba una revolucion tan importante. El Principe habia querido guardar en Edimburgo aquel estorbo inútil; pero le sorprendió el empeño que tomaron los caudillos montañeses para llevarlo consigo, alegando las preocupaciones de su gente, que no acostumbrada al uso de la artillería, la daba una importancia ridícula, creyendo que habia de contribuir esencialmente á una victoria que solo podian esperar de sus fusiles y sables. Nombráronse, pues, unos cuantos artilleros fran-

ceses para la dotacion de aquella máquina militar, que arrastraba un tiro de jacas montañosas, y al cabo solo servia para hacer señales.

Apénas hubo resonado entónces, se puso en movimiento la línea entera. Los batallones que avanzaban prorrumpieron en un fuerte grito de alegría, que se perdió entre el discorde rumor de las gaitas, sofocado luego parcialmente por las pisadas graves de tantos hombres que marchaban simultaneamente. Agitábanse y resplandecian las banderas, y los de acaballo corrian á formar la descubierta, desapareciendo á los ojos de Waverley cuando giraban en torno á la base de la Silla de Arturo, bajo la cadena de rocas basálticas que domina el pequeño lago de Duddingston.

La infantería siguió la misma direccion, regulando su paso por el de otro cuerpo que ocupaba un camino hácia el sur. Eduardo tuvo que darse alguna prisa para llegar al sitio que ocupaban los Mac-Ivors en la línea de marcha.

CAPITULO XXII.

Un incidente produce reflexiones inútiles.

CUANDO llegó Waverley á la seccion de la columna que ocupaba el clan Mac-Ivor, hizo alto este, se formó y lo recibió con un toque triunfal de sus gaitas y una fuerte aclamacion de los guerreros, que casi todos le conocian personalmente, y se llenaron de gozo al verle con el traje de su pais y tribu. „Gritais, dijo un montañes del clan

inmediato á Evan Dhu, como si viniera el caudillo á ponerse á vuestra cabeza."

„*Mar e Bran is e a brathair*, Si no es Bran, es su hermano," fué la respuesta proverbial de Maccombich.

„Oh! conque este es el gallardo *Sassenach Duinhe-wassal* que ha de casarse con la bella Flora?

„Eso puede ser, ó puede no ser; y ni á tí ni á mí nos importa, Gregorio."

Adelantóse Fergus á recibir y abrazar afectuosamente al voluntario; mas creyó de necesidad disculparse con él por la corta fuerza de su batallón, (que no pasaba de trescientos hombres), diciéndole que muchos de sus súbditos andaban de partida. Lo cierto era que la defeccion de Donald Bean Lean le habia quitado por lo ménos treinta hombres útiles, con cuyos servicios contaba, y que muchos de sus adherentes agregados habian tenido que obedecer al llamamiento de sus caudillos respectivos, que tenían mejor derecho á su obediencia. Tambien su rival hereditario, el gefe de la gran rama septentrional de su clan, habia reunido su gente, aunque no se declaraba todavía ni por el gobierno ni por los insurgentes, y sus intrigas habian disminuido algo la fuerza que Fergus puso en campaña. Mas en compensacion de estos accidentes, convenian todos en que los guerreros de Vich Ian Vohr igualaban por su equipo, armas y destreza en su manejo, á las mejores tropas de cuantas seguian las banderas de Carlos Eduardo. El anciano Ballenkeiroch funcionaba de mayor, y tanto él co-

mo los demas oficiales que habian conocido en Glennaquoich á Waverley, le dispensaron una cordial acogida, considerándolo partícipe de sus peligros futuros y de la gloria que esperaban.

Despues que el ejército montañes pasó el pueblo de Duddingston, siguió el camino real entre Edimburgo y Haddington, hasta pasar el Esk en Musselburgh; y allí en vez de tomar por el llano inmediato al mar, se dirigieron hácia el interior, y ocuparon la altura nombrada Carberry-Hill, célebre ya en la historia escocesa por ser el sitio en que la amable María se rindió á sus vasallos rebeldes. El Príncipe mandó tomar esta direccion por haber sabido que el ejército del gobierno habia dormido la noche anterior al Oeste de Haddington, con intencion de inclinarse á la costa, y acercarse á Edimburgo por aquel camino. Esperábase que si los montañeses conservaban la altura que lo dominaba, podrian tener oportunidad de atacar ventajosamente al enemigo. Por lo mismo hizo alto el ejército en las cumbres de Carberry-Hill para dar descanso á los soldados, y conservar una posicion central, desde la cual pudiera dirigir su marcha al punto que exigieran los movimientos del enemigo. Mientras permanecian allí, vino corriendo un mensajero á llamar á Mac-Ivor de parte del Príncipe, y dijo que las avanzadas habian tenido una escaramuza con algunos caballos enemigos, y que el Barón de Bradwardine habia enviado unos cuantos prisioneros.

Apartóse Waverley de la línea, guiado por su curiosidad, y presto vió cinco ó seis dragones que

corrian cubiertos de polvo á decir que el enemigo venia marchando por la costa al rumbo del poniente. Adelantose un poco mas, y oyó un gemido que salia de una miserable choza. Acercóse, y distinguió una voz, que aunque interrumpida frecuentemente por el dolor, procuraba repetir una oracion devota en el ingles provincial de su condado nativo. El acento de la afliccion halló siempre una tierna simpatía en el pecho de nuestro héroe. Entró á la choza, y al principio solo pudo distinguir entre su oscuridad una especie de bulto colorado; pues los que habian despojado al herido de sus armas y parte de su ropa, le habian dejado el capote de dragon en que yacia envuelto.

„Por amor de Dios, exclamó el herido al oír los pasos de Waverley, dadme una sola gota de agua!”

„La tendreis, respondió Eduardo, levantándolo en sus brazos, llevándolo á la puerta de la choza, y dándole á beber de su cantina.

„Quiero conocer esa voz, dijo el hombre; pero mirando con ojos desencajados el traje de Waverley,—„no, continuó, este no es el amito.”

Este era el nombre comun que daban á Eduardo en Waverley Honour, y su sonido le atravesó el corazon con los mil recuerdos que le habian despertado ya los acentos bien conocidos de su nativo suelo. „Houghthon! exclamó fijando la vista en aquellas facciones que á toda prisa iba ya desfigurando la muerte, ¿sois vos?”

„Ya no esperaba yo volver á escuchar una voz inglesa, dijo el herido; me dejaron aquí para que

viviese ó muriese, cuando vieron que nada les decía sobre la fuerza del regimiento. Pero ¿por qué os estuvisteis tanto tiempo lejos de nosotros, y nos habeis dejado expuestos á las tentaciones de ese demonio del abisino, Ruffin...!—Estad seguro de que os hubiéramos seguido todos por entre agua y fuego.”

„Ruffin...! os aseguro, Houghton, que os han engañado vilmente.”

„Así lo creí muchas veces, respondió Houghton, aunque nos enseñaron vuestro propio sello, y por eso fusilaron á Timms, y á mi me pusieron de soldado raso.”

„No apureis vuestras fuerzas con tanto hablar, dijo Eduardo. voy al punto por un cirujano que os socorra.”

En esto vió acercarse á Mac-Ivor que volvía de la junta de guerra, y salió á recibirlo. «Buenas noticias! le gritó el caudillo; ántes de dos horas estaremos agarrados. El Príncipe se ha puesto á la cabeza de la vanguardia, y al sacar su espada nos dijo: Mirad, amigos, como he arrojado la vaina! Venid, pues. ¡Vivé! que al instante nos ponemos en marcha.”

„Un momento...! un momento...! Este pobre prisionero está espirando.—¿Dónde habrá un cirujano?”

„¿Dónde? Si no los tenemos. Solo andan por ahí dos ó tres franceses, que, según creó, solo son aprendices de bolicario.”

„Pero el infeliz va á morir desangrado.”

„Pobrecillo! pero antes que llegué la noche tendrán igual suerte otros mil; conque así vamos.”

„No puedo: sabed que es hijo de un arrendatario de mi casa.”

„¡Oh! si es de los vuestros, debe atendérsele; os enviaré á Callum; pero *diaoul! ceade millia molligheart*, continuó el impaciente Caudillo, ¿en qué piensa un soldado viejo como Bradwardine, para enviarnos aquí moribundos que nos estorben?”

Callum vino con su prontitud acostumbrada; y ciertamente el interes que mostró Waverley por el herido hizo subir su concepto entre los montañeses. Hubiérales sido muy difícil comprender la filantropía general que habria hecho casi imposible á Waverley abandonar á cualquier hombre en aquel estado; mas al saber que el herido era dependiente suyo, convinieron unánimemente en que la conducta de Waverley era la de un caudillo bondadoso y considerado que merecia el afecto de su gente. Como al cuarto de hora espiró el pobre Houghton, suplicando á su jóven amo que cuando volviese á Waverley-Honour, atendiese al anciano Job Houghton y á su esposa, y no pelease con aquellos salvages sin calzones contra la antigua Inglaterra.

Cuando hubo exhalado ya el último aliento, Waverley qué con sincero dolor y no pocos remordimientos habia contemplado las últimas agonias de la mortalidad, que por primera vez se presentaban á sus ojos, ordenó á Callum que introdujese el cadáver en la cabaña. Hizolo el jóven montañés, no sin examinar los bolsillos del difunto, que observó estaban ya muy bien espulgados. Tomó sin embargo el capote, y con la precaucion de un perro que oculta un hue-

so, lo encubrió entre algunos matorrales, y señalando el parage cuidadosamente, observó que si volvía por allí, se lo llevaría á su anciana madre Elspat, para que con él hiciera un excelente cobertor.

Fueles necesario darse bastante prisa para volver á su lugar en la columna de marcha, que avanzaba ya rápidamente á ocupar las alturas que dominan al pueblo de Tranent, entre las cuales y el mar debía marchar el ejército enemigo.

Aquella melancólica entrevista con su antiguo sargento moribundo excitó muchas reflexiones inútiles y dolorosas en el ánimo de Waverley. La confesion de aquel hombre ponía en claro que los procedimientos del coronel G—habian sido arreglados y aun indispensables, por los pasos dados en nombre de Eduardo para inducir á un motin á los soldados de su compañía. Entónces recordó por primera vez la circunstancia del sello, y que lo habia perdido en la caverna del ladron Donald Bean Lean. Era bastante claro que aquel astuto bribon se lo habia cogido para formar una intriga en el regimiento, y Eduardo no tuvo ya duda sobre que los papeles que le habia puesto su hija en la maleta le darian mas luz para descifrar tantos enredos. Entre tanto resonaba en sus oidos como un doble funeral: la repetida queja de Houghton. ¡Amol ¡por qué nos abandonasteis!

„Sí, dijo, he obrado respecto de vosotros con la ligereza mas insensata. Os saqué de vuestros hogares, os quité la proteccion de un señor bueno y generoso, y cuando os hube sujetado á todo

el rigor de la disciplina militar, rehusé yo soportarla, y abandoné los deberes que me habia impuesto, entregando á las maquinaciones del crimen los que debia proteger, y aun mi propia reputacion. ¡Indecision mental y aturdimiento! Si no sois verdaderos vicios, ¿á cuántos pesares abris la puerta!"

CAPITULO XXIII.

Víspera de batalla.

AUNQUE los montañeses iban marchando con mucha rapidez, declinaba ya el sol cuando llegaron á la cumbre de las alturas que dominan un vasto llano, que se extiende por el norte hácia el mar, en el que están situados, aunque á distancia considerable unos de otros, los pueblos pequeños de Seaton y Cockenzie, y el de Preston, que es mayor. El camino de la costa para Edimburgo pasaba por este llano, al que salia de las cercas de Seaton-House, y en el pueblo de Preston entraba otra vez en los declives de un terreno cercado. El general ingles se habia decidido á tomar este camino hácia Edimburgo, tanto por ser mas cómodo para su caballeria, quanto con la esperanza de encontrar de frente en él á los montañeses, si estos marchaban de Edimburgo en direccion contraria. Equivocose en esto; porque el Príncipe ó sus consejeros, con sano juicio, le dejaron libre el camino real, y ocuparon las alturas que lo dominaban.

Cuando los montañeses llegaron á ellas, inmediatamente se formaron en batalla. Casi en el

instante mismo apareció la vanguardia inglesa, que desembocaba por entre los árboles y cercas de Seaton, con el objeto de ocupar la llanura entre las lomas y el mar; siendo solo como de media milla el espacio que mediaba entre ambos ejércitos. Waverley vió perfectamente que los escuadrones de caballería con sus descubiertas por delante, salían uno tras otro de los desfiladeros, y se formaban en el llano, oponiendo su frente al del ejército montañés. Seguíanlos un tren de artillería ligera, que cuando llegó el flanco de los dragones, también se puso en línea, y se apuntó á las alturas. Venían detras unos tres ó cuatro regimientos de infantería que marchaban en columna, cuyas bayonetas armadas parecían setos de acero, y sus armas brillaron como relámpagos, cuando á la voz de orden se desplegaron en batalla con extrema rapidez, presentando su frente á los montañeses. Cerraba la marcha un segundo tren de artillería con otto regimiento de dragones, y formaron por el flanco izquierdo de la infantería, dando frente al sur toda la línea inglesa.

Mientras el enemigo ejecutaba aquellas evoluciones, los montañeses mostraban igual prontitud y celo para el combate. Segun iban llegando los clanes á las lomas que se hallaban al frente de los ingleses, se iban formando en línea, de modo que en un momento mismo se encontraron ambos ejércitos en orden perfecto de batalla. Cuando lo hubieron verificado ya los montañeses, levantaron un tremendo alarido, que repitieron los ecos de las otras alturas que tenían á la retaguardia.

Las tropas de línea que venian animosas, respondieron con una fuerte aclamacion bélica, y dispararon uno ó dos cañonazos contra una avanzada de los montañeses. Estos manifestaban gran impaciencia por empezar luego el ataque, y Evan Dhu alegaba á Fergus para persuadirle que el „ *siddier roy* estaba titubeando, como un huevo sobre un baston, y que ellos tenian la ventaja de la embestida, pues aun las viejas (Dios las bendiga!) podian cargar cerro abajo.”

Mas el terreno á que hubieran bajado los montañeses, aunque no muy extenso, era impracticable por pantanoso, y hallarse intersectado con cercas de piedra suelta, y atravesado en toda su longitud por una zanja muy ancha y profunda; circunstancias todas que debian proporcionar terribles ventajas á la fusilería de los ingleses. Por lo mismo interpusieron los gefes su autoridad para contener la furia impetuosa de los montañeses, y solo se permitió bajar á algunos tiradores que escaramucearan con las avanzadas enemigas, y reconocieran el terreno.

Vióse entónces un espectáculo militar no ménos interesante que extraordinario. Los dos ejércitos, tan diferentes en aspecto y disciplina, aunque ambos admirablemente instruidos en su táctica peculiar, de cuya lucha pendia por lo ménos el destino temporal de Escocia, se presentaban frente á frente, como dos gladiadores en la arena, meditando cada cual el modo mas ventajoso de atacar á su enemigo. En el frente de las líneas se distinguian perfectamente los principales gefes y estados mayores de cada ejército, que observa-

ban con anteojos los movimientos del contrario, y despachaban órdenes, ó recibían las noticias que traían los ayudantes y ordenanzas, que animaban la escena galopando en diversas direcciones, como si la decisión de aquella jornada pendiese de la velocidad de sus caballos. Los tiradores ocupaban á veces con sus escaramuzas parciales el espacio que dividía los dos ejércitos, y de cuando en cuando se veía caer alguna gorra ó sombrero, ó que sus camaradas retiraban algún herido. Con todo, aquellos choques irregulares nada importaban, pues á ninguna de las dos fuerzas convenía avanzar en aquella dirección contra la otra. El paisanaje de las caserías inmediatas se asomaba con precaución, como si esperase el éxito de la próxima batalla; y á no mucha distancia se veían fondeados en la bahía dos buques de cruz ingleses, cuyas cofas y bergas se hallaban llenas de espectadores ménos tímidos.

Cuando hubo durado un poco aquella tremenda suspensión, Fergus y otro caudillo recibieron órdenes de marchar con sus clanes hácia el pueblo de Preston, amenazando así á Cope su flanco derecho, para obligarlo á mudar de posición. En consecuencia de tales disposiciones ocupó Mac-Ivor el cementerio de Tranent, punto dominante y lugar muy cómodo, según dijo Evan Dhu, „para cualquier caballero que tuviera la desgracia de ser muerto, y gustase de tener sepultura eclesiástica.” El general inglés destacó dos cañones escoltados por una fuerte sección de caballería para que lo desalojasen; y se acercaron tanto, que Waverley pudo reconocer el estandarte de la compañía que

antes mandaba, y oír que las trompetas y tím-
 bales tocaban el *vance* que tantas veces había él
 obedecido. Oyó al mismo tiempo la voz bien co-
 nocida de su coronel, á quien tanto había res-
 p. tado. dar la voz de órden en el dialecto inglés.
 Mirando al rededor de sí en aquel instante, vió
 el extraño traje y aspecto de sus asociados mon-
 tañeses, oyó sus murmullos en un idioma ininteli-
 gible y bárbaro, miró su propio traje, tan diver-
 so del que había usado siempre desde su infan-
 cia, y ansió despertar de lo que le parecía un
 sueño extraño y horrible. „Buen Dios! dijo entre
 sí, con que soy traidor á mi patria, desertor de
 mi estandarte, y enemigo de mi nativa Inglaterra,
 como dijo aquel pobre moribundo!”

Antes que pudiera sobreponerse á tan triste
 recuerdo, vió adelantarse la elevada y noble figu-
 ra militar de su antiguo comandante que trataba
 de reconocerlos. „Ya puedo pegarle, dijo Callum,
 levantando con precaución su fusil por sobre la
 cerca, tras de la cual estaba tendido, como á se-
 senta varas de distancia.

Estremecióse Eduardo como si fuera á presen-
 ciar un parricidio; porque las canas venerables y
 el aspecto noble del veterano hicieron revivir en
 su alma el respeto casi paternal que inspiraba
 á todos sus oficiales. Mas antes que pudiera
 decir „Tente,” un montañés anciano, que esta-
 ba junto á Callum, le sujetó el brazo. „No pier-
 das ese tiro. le dijo el profeta,” aun no ha llega-
 do su hora. Pero guárdese de mañana! Desde
 aquí le veo colgar una mortaja sobre su pecho.”

Callum que parecia de pedernal para otras con-

sideraciones, era sin embargo supersticioso. Púose pálido con las palabras del *Taishatr*, y levantó su arma. El coronel G—, ignorante del riesgo que había corrido, hizo dar vuelta á su caballo, y volvió muy despacio á ponerse á la cabeza de su regimiento.

Entretanto el ejército inglés había formado nueva línea, inclinándola uno de sus flancos hacia el mar y apoyando el otro en el pueblo de Preston; y como el ataque de esta nueva posición era igualmente difícil, se mandó replugar el destacamento de Fergus al puesto que ántes ocupaba. Esta maniobra produjo una mudanza correspondiente en el ejército del general Cope, que volvió á quedar en línea paralela con la que formaban los montañeses. En tales maniobras se acabó la tarde, y ambos ejércitos se prepararon á pasar la noche sobre las armas en sus posiciones respectivas.

„Nada se hará esta noche; dijo Fergus á su amigo Waverley; „antes de envolvernos en los capotes, vamos á ver qué hace el Barón en la retaguardia de la línea.”

Hicieronlo, y hallaron que el buen veterano, después de haber despachado sus patrullas nocturnas y puesto sus centinelas, se ocupaba en leer al resto de su tropa el servicio vespertino de la iglesia anglicana. Su voz era fuerte y sonora; y aunque sus anteojos que le colgaban de la nariz, y el traje militar de Saunders Saunderson que fungia de asistente, podian parecer burlescos, las circunstancias de peligro en que estaban, el uniforme guerrero del auditorio, y la vista de los caballos que tenían detras ensillados y enfiados, hacian

interesante y solemne aquel acto de devoción.

„Hoy me confesé, ántes que despertaseis, dijo Fergus á Waverley en voz baja: pero no soy católico tan estricto que me niegue á tomar parte en las oraciones de este buen hombre.”

E. luardo convino, y se quedaron allí hasta que el Baron terminó su rezo.

Cuando cerró el libro, „Ahora, muchachos, dijo, á ellos mañana con manos pesadas y conciencias limpias.”

En seguida saludó afectuosamente á Fergus y Waverley, que le dijeron deseaban saber su opinion sobre el estado de las cosas. „Oh! ya sabeis lo que dice Tácito: *In rebus bellicis maxime dominatur Fortuna*. Pero credme, amigos, ese hombre no sabe lo que tiene entre manos. Está resfriando el espíritu de los pobres mozos que manda, con tenerlos á la defensiva, lo que implica siempre inferioridad ó miedo. Ahí pasarán la noche sobre las armas, tan apurados é incómodos como un sapo bajo un rastrillo, al paso que los nuestros amanecerán mañana frescos y animosos. Conque buena noche.—Tengo cierto cuidado; pero si mañana salimos con bien, os lo consultaré, Glennaquoich.”

„Casi puede aplicarse á Mr. Bradwardine lo que dice Enrique de Fluellen,” dijo Waverley á su amigo, cuando volvian ya para su vivaque.

Aunque parece un poco estrafalario,
tiene mucho valor é inteligencia.”

„Es soldado muy viejo, respondió Mac-Ivor, y á veces me asombro de ver que reúne tanta san-

dez y tanto juicio. ¿Cuál será el cuidado que dice? Tal vez algo de Rosa.—Oíd! ya están poniendo sus guardias los ingleses.”

El redoble de los tambores y el acompañamiento de los pitos resonó en las alturas, se perdió en el aire, tornó á resonar, y al fin volvió á quedarse todo en silencio. Oyéronse luego los clarines y timbales de la caballería, que tocaban una bella sonata guerrera propia del caso, y sus ecos espiraron en la brisa nocturna, con una cadencia inexplicablemente melancólica.

Los dos amigos que habian llegado á su puesto, echaron una ojeada en torno ántes de entregarse al descanso. El cielo resplandecía por el poniente con mil estrellas; pero una niebla fría que se alzaba del oceano, cubria el horizonte oriental, y se tendia en guirnaldas blancas por el llano en que yacia el ejército enemigo. Sus avanzadas llegaban hasta la orilla de la zanja grande que corria por la falda de las alturas, y en intervalos diferentes habian encendido grandes hogueras, que despedian esplendor nebuloso y sombrió por entre la espesa niebla que las rodeaba con un halo indefinido.

Los montañeses en muchedumbre „espesa como las hojas de Valumbrosa,” yacian tendidos en las cumbres, y á excepcion de las centinelas, se hallaban sepultados en sueño profundo. „Cuán- tos de estos valientes, Fergus, dormirán con sueño mas grave ántes de mañana en la noche!”

„No debeis pensar en eso. Solo debeis recordar vuestra espada, y quien os la dió. Cualesquiera otras reflexiones vienen ya muy tarde.”

Eduardo procuró acallar el tumulto de sus afectos con la opiata que contenía una observación tan innegable. El y su amigo formaron un lecho abrigado y cómodo, combinando sus capotes. Sentáronse Callum á la cabecera (pues era su obligación velar sobre la persona del caudillo), y con un tono bajo y uniforme empezó una larga y triste canción gaélica, que pronto les concilió el sueño, como si fuera el sonido de un viento lejano.

CAPITULO XXIV.

La Batalla.

Pocas horas habian dormido, cuando los despertaron diciéndoles que el Príncipe los llamaba. Iban ya en su busca, á tiempo que dió las tres el reloj de una aldea inmediata. Halláronle rodeado por sus oficiales mas distinguidos y los gefes de los clanes, sentado sobre un haz de yerba seca en que habia dormido la noche anterior. Cuando llegaba Fergus se disolvía cabalmente áquella junta de guerra. „Animo, valientes amigos,” dijo Carlos Eduardo, y al instante se puso cada uno al frente de los que mandaba; un amigo fiel ofrece guiarlos por un camino tortuoso y estrecho, aunque practicable, que girando á nuestra derecha nos hará pasar esas quiebras y pantanos, conduciéndonos á la llanura limpia y firme en que está situado el enemigo: Vencida está dificultad, Dios y vuestras espadas harán lo restante.

Estas palabras produjeron un gozo unánime, y cada gefe se apresuró á formar su tropa con el

mayor silencio posible. El ejército emprendió movimiento por su derecha, y entró muy luego en la vereda que atravesaba el terreno pantanoso, marchando con gran rapidez y admirable silencio. La niebla no había subido á las alturas, por lo que al principio los guiaba la luz de las estrellas. Mas estas desaparecieron luego ante el brillo próximo del día, y la cabeza de la columna que seguía bajando se unió, por decirlo así, en el vasto océano de niebla, que revolvia sus blancas olas por toda la llanura y sobre el mar que la terminaba. Entónces ocurrieron algunas dificultades por la oscuridad, la desigualdad y estrechez del camino, y la precision de marchar en orden. Empero tales obstáculos eran ménos graves para los montañeses por sus hábitos de vida, que lo habieran sido para cualesquiera otros soldados, por lo que siguieron con rapidez y firmeza el movimiento emprendido.

Cuando el clan de Ivor iba saliendo al llano en pos de los que marchaban delante, se oyó entre la oscuridad el „*Quién vive!*” de un centinela, aunque no se distinguía su persona. „Silencio! dijo Fergus, silencio! Ninguno responda si aprecia su vida. Adelante! adelante!” y siguieron marchando con silencio y rapidez.

El centinela disparó á bulto su carabina, é inmediatamente se le oyó correr en su caballo. „*Hylax in limine latrat*, dijo el baron de Bradwardine que escuchó el tiro. Ahora ese bribon los alborota.”

El clan de Fergus había llegado ya á la llanura en que poco ántes habían levantado una gran

cosecha de trigo, y en cuya uniforme superficie no habia ni árboles, ni matorrales, ni desigualdad alguna. El resto del ejército venia detras á paso redoblado, cuando empezaron á tocar generala los tambores del enemigo. Mas como no traian el plan de sorprenderlo, no los desconcertó aquel anuncio de que sus adversarios estaban ya sobre aviso y preparados. Solo produjo el efecto de apresurar las disposiciones para el combate, que fueron muy sencillas.

El ejército montañés que ocupaba ya el extremo oriental de la vasta llanura que se ha mencionado tantas veces, se formó en dos líneas, que corrian desde el pantano hasta el mar. La primera debia cargar al enemigo, y la segunda servir de reserva. La corta fuerza de caballería, mandada por el Príncipe en persona, se hallaba entre ambas líneas. El ilustre aventurero habia manifestado su resolucion de cargar á la cabeza de la primera línea; pero cuantos le rodeaban se opusieron á tal intentona, y lograron con dificultad quitársela de la cabeza.

Moviéronse al mismo tiempo las dos líneas, yendo la primera completamente lista para el combate. Cada uno de los clanes que la componian formaba una especie de falange separada, angosta de frente, y con diez, doce ó quince de fondo, segun su fuerza respectiva. Los mejor armados y mejor nacidos, pues tales palabras eran sinónimas allí, iban al frente de aquellas subdivisiones irregulares. Los que seguian tras ellos marchaban al mismo paso, y su empuje dava impulso físico, y nuevo ardor y con-

anza á los primeros que debian arrostrar el peligro.

Tirad el capote, Waverley, le dijo Fergus, arrojando el suyo; ántes que el sol suba sobre el mar, habremos ganado seda para nuestros barraganes.

Por todas partes se quitaron los montañeses sus capotes, prepararon sus armas, y hubo una tremenda pausa como de tres minutos, en que todos ellos quitándose las gorras, levantaron sus rostros al cielo, dirigiéndole una oración breve y fervorosa. En aquel momento sintió Waverley que el corazón quería salirse del seno. No era miedo, no ardor, sino una combinacion de ambos sentimientos, un impulso nuevo y profundamente enérgico, que al principio heló y asombró su alma, exaltándola despues con una especie de locura. Todo se combinaba para inflamar su entusiasmo guerrero: tocaban las gaitas, y precipitábanse los clanes, formados en espesas columnas. Segun avanzaban, contenian el paso, y los murmullos que se dirigian los soldados unos á otros se convirtieron al cabo en un alarido tremendo.

En aquel instante, el sol que habia salido ya, disipó la niebla. Levantáronse los vapores como un telon que se corre, y aparecieron ambos ejércitos en el acto de cerrar uno con otro. La línea de los ingleses hacia frente á sus adversarios, resplandecia con todos los arreos de un ejército bien equipado, y la flanqueaban su artillería y caballería. Pero su vista no produjo en los montañeses terror alguno.

„Adentro, hijos de Ivor,” gritó Fergus, ¡ó los

Camerones sacarán la primera sangre! y al punto se precipitaron con un alarido espantoso.

Lo restante es bien sabido. La caballería, al cargar por el flanco á los montañeses que avanzaban, recibió una descarga de sus fusiles, y llenándose de un terror vergonzoso, se detuvo, se desordenó y huyó precipitadamente. Los artilleros, abandonados por la caballería, huyeron despues que dispararon sus piezas, y los montañeses, que arrojaron sus fusiles al descargarlos, y echaron mano á sus sables, se arrojaron con desesperada furia sobre la infantería.

En este momento de confusion y terror llamó la atencion de Waverley un oficial ingles que permanecia solo junto á uno de los cañones, y cuando se fugaron los artilleros que lo servian lo apuntó y descargó él propio contra el clan de Mac-Ivor, que era el grupo de montañeses mas inmediato. Interesado Eduardo por su valor y gallardia, logró adelantarse aun á los guerreros mas ágiles, y llegando antes que ellos, le intimó se rindiese. La respuesta del oficial fué tirarle una estocada, que Waverley recibió en su rodela, y al desviarla, se rompió la espada del ingles. En aquel momento mismo levantó su hacha Dugald Malroy para herirle la cabeza. Waverley paró el golpe, y el oficial viendo que su resistencia era ya inútil, y agradecido al generoso empeño que mostraba Eduardo por salvarle la vida, rindió el pedazo de espada que le quedaba en la mano, y fué entregado por Waverley á Dugald, con eficaz encargo de que lo tratase bien y no lo robase pro-